Liahona

Diciembre de 1981
Número 12
Año 27

GM
M205.5
L696SP
v.27
1981

LIAHONA

Publicación de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días

Diciembre de 1981
Número 12
Año 27

La Primera Presidencia: Spencer W. Kimball, N. Eldon Tanner, Marion G. Romney, Gordon B. Hinckley.

Consejo de los Doce: Ezra Taft Benson, Mark E. Petersen, LeGrand Richards, Howard W. Hunter, Thomas S. Monson, Boyd K. Packer, Marvin J. Ashton, Bruce R. McConkie, L. Tom Perry, David B. Haight, James E. Faust, Neal A. Maxwell.

Comité Asesor: M. Russell Ballard, hijo, Loren C. Dunn, Rex D. Pinegar, Charles Didier, George P. Lee, F. Enzio Busche.

Editor de las revistas de la Iglesia: M. Russell Ballard, hijo.

Revistas Internacionales: Larry Hiller, *Director gerente;* David Mitchell, Bonnie Saunders. *Liahona:* Raquel R. V. Tokarz, *Coordinación editorial;* Elizabeth Smania, *Ayadante. Director de arte:* Roger W. Gylling. *Produccion:* Norman F. Price. *Director Administrativo:* Verl F. Scott.

Editora responsable de Liahona: Raquel R. V. Tokarz. **Para España:** Betty Ventura.

Corresponsales: Misión de Madrid: San Telmo 26, Madrid 16;
Misión de Sevilla, Virgen de Regla 6, 1°, Iz., Sevilla 6;
para la Misión de Barcelona, Betty Ventura, Mariano Cubí 5, 1°, 1ª, Barcelona 6.

Indice

Jesús de Nazaret, *Spencer W. Kimball* 1
En honor al Señor, *Joy Saunders Lundberg* 9
Ora, escucha y medita, *H. Burke Peterson* 10
El amor de mi hermano mayor, *D. Brent Collette* 16
Una voz de advertencia en la oscuridad, *Isabelle Hanson* 21
Preguntas y respuestas 22
Llamada a servir, *JoAnn Jolley* 27
La Sociedad de Socorro me ayuda a progresar, *Patricia W. Higbee* 33
Aarón, *Victor Ludlow* 37
El regalo de Navidad, *Layne H. Dearden* 45
Aventuras de un joven marino inglés, Parte II, *William G. Hartley* 48
Creación (poesía), Heraclia G. de Maldonado 53
Miriam, *Layne T Derrick* 54
Canti de una abuela (poesía), *Gladys M. de Brunetto* 56
Noticias de la Iglesia 57
Un himno al Señor, *Jorge Isaac González* 69

Recuerdos del Profeta sobre la Navidad 1
Rabanos picantes para Navidad, *Ted Sheil* 3
Un regalo parala Iglesia, *Virginia G. Jones* 7

Para subscribirse: Solicite su subscripción al representante de la Liahona en la rama donde resida, o a la Oficina Regional de Madrid. El precio de la subscripción es de 456 pesetas anuales o 38 pesetas cada mes.

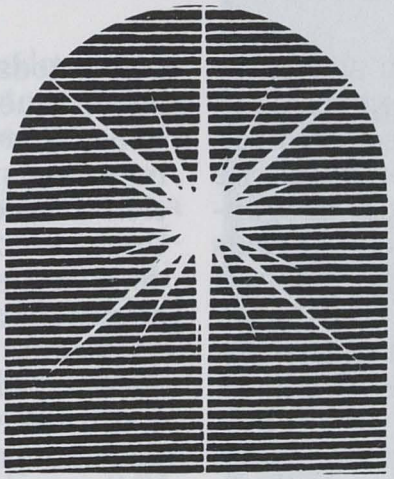
© 1981 by the Corporation of the President of The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints. All rights reserved.

La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días, Sierra de Guadarrama s/n°, San Fernando de Henares (Madrid), España.

Printed in the Federal Republic of Germany

PBMA 0642 SP

En la cubierta: Escultura de papel por Phyllis Luch



JESUS DE NAZARET

por el presidente Spencer W. Kimball

En este mes celebramos el nacimiento de nuestro Señor Jesucristo. Hace algunos años, por esta misma época, mi esposa y yo nos encontrábamos en la Tierra Santa con el élder Howard W. Hunter y su esposa. En Nochebuena nos mezclamos con miles de personas religiosas y de curiosos que habían ido allí de todas partes del mundo. Tuvimos que inclinarnos para pasar por la pequeña abertura que conduce a la Iglesia de la Natividad, y gradualmente fuimos abriéndonos paso hasta llegar a la cripta en la cual varias religiones aseguran que se encuentra el sagrado lugar del pesebre en donde nació el Salvador.

Mientras mirábamos la estrella de metal que hay en el suelo, ésta pareció desvanecerse y fue como si viéramos allí la escena del tosco establo abierto en la roca y a una encantadora joven de hermoso rostro y dulce espíritu, en contemplación amorosa de un niño recién nacido, envuelto en pañales a la usanza hebrea de la época. Con toda seguridad, ya lo habrían lavado y frotado con sal, y lo habrían envuelto en un trozo cuadrado de tela con la pequeña cabeza sobre una de las puntas y los piececitos sobre la punta diagonalmente opuesta; luego lo envolverían y atarían las puntas del pañal alrededor del precioso cuerpecito. También le sujetarían las manos a los costados del cuerpo, aunque ocasionalmente se las soltarían y frotarían con aceite de oliva; quizás a veces también lo empolvaran con polvos de hojas de arrayán. Envuelto en esa forma, estaría más cómodo durante el viaje a Egipto, y hasta podrían sujetarlo a la espalda de su madre.

Cuando considero lo agradecidos que nos sentimos por el nacimiento de Jesús, pienso en si no estaremos

haciendo más hincapié en su venida al mundo que en las experiencias que El tuvo. ¿Es acaso el nacimiento lo más importante de nuestra vida? Podríamos preguntarnos la razón por la cual hemos nacido, el propósito de nuestra venida al mundo.

Recordemos que han nacido miles de millones de personas desde la creación del mundo.

Caín nació, pero terminó en la oscuridad. ¿Qué fue de esa vida?

Nerón nació, pero su forma de vivir no justificó su nacimiento.

Adolfo Hitler nació. ¿Qué hizo de su vida? Por causa de él millones de personas murieron de hambre o fueron exterminadas por otros medios en distintos lugares de tortura.

Sí, el hombre nació para morir . . . a todo ser humano le llegará la muerte. Millones de seres han muerto en el anonimato, sin que nadie se enterara siquiera de su existencia. La pregunta que cabe hacerse es: ¿Han cumplido "la medida de su creación"? Ciertamente, lo que tiene real importancia no es *si* mueren ni *cuándo* mueren, sino que no mueran en el pecado. Muchos perecieron en la ignominia de sus pecados durante el diluvio.

Cristo también murió. Pero la suya es una muerte que *tiene significado*. Mediante ella, El expió por nuestros pecados, nos indicó el camino hacia la perfección, nos mostró la forma de lograr la exaltación. Su muerte fue voluntaria y tuvo un propósito muy importante. Su nacimiento fue humilde, su vida perfecta, su ejemplo motivador. Su muerte nos abrió puertas, y por ella se ponen al alcance de la humanidad entera todo don y todas las bendiciones. Podría haber muerto muchos años antes de haber logrado para nosotros el primero de sus objetivos: la resurrección e inmortalidad. Pero debió continuar en una vida más larga y llena de peligros a fin de establecer firmemente el camino hacia la perfección.

Durante más de tres décadas llevó una vida amenazada por el peligro. Desde el terrible asesinato perpetrado por Herodes contra todos los varones recién nacidos de Belén, hasta la despiadada acción de Pilato que lo entregó a la sanguinaria muchedumbre, Jesús estuvo sometido a constante peligro. Vivió bajo la amenaza de que a su cabeza le hubieran puesto precio y que finalmente pagaran por ella treinta miserables piezas de plata; hasta sus amigos se apartaron de El, y no fueron sólo enemigos humanos los que complicaron su existencia, sino que también Satanás y sus huestes lo persiguieron incesantemente. No obstante, aun después de la muerte parece que no pudo abandonar esta tierra hasta después de haber capacitado a sus líderes para que siguieran sin El; durante cuarenta días preparó a los Apóstoles para que dirigieran la Iglesia.

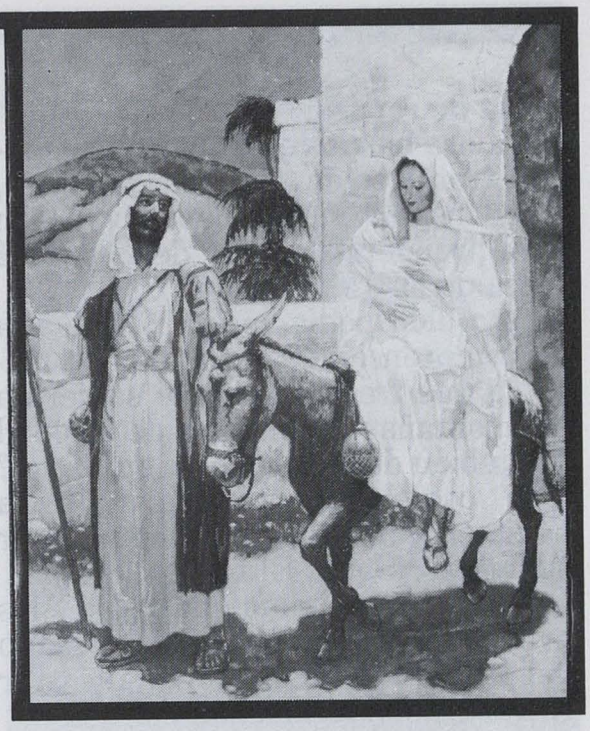
Al estudiar su vida, vemos en ella el continuo cumplimiento de profecías. Tal como se había predicho, fue "varón de dolores, experimentado en quebranto" (Isaías 53:3). ¿Cómo podía guiar a su pueblo, cómo podía mostrarnos la forma de guardar sus mandamientos, a menos que El mismo experimentara el dolor y el gozo? ¿Cómo podía haberse sabido que la perfección es posible, cómo se nos podía persuadir a tratar de alcanzarla, si alguien

no nos hubiera demostrado que es algo factible? Por todo esto, El vivió enfrentando pruebas día y noche, toda su vida.

Su diaria manera de vivir fue una confirmación de su poder, su capacidad y su fortaleza. Desde su nacimiento tuvo una existencia difícil. Nació en un pesebre, como un huésped indeseado, lejos de las comodidades típicas del hogar israelita de la época, "porque no había lugar para ellos en el mesón" (Lucas 2:7).

Siendo todavía muy pequeño, fue necesario llevarlo rápidamente a un país lejano a fin de salvar su preciosa vida. Aquélla fue una jornada peligrosa, llena de apresuramiento y temor, un duro viaje para el nino, que quizás todavía era amamantado por su madre. En la travesía sufrirían aflicciones y fatiga, tendrían que enfrentar tormentas de arena y adaptarse luego a una tierra extraña y nueva con costumbres diferentes. El regreso a Nazaret implicó un viaje aún más arduo y difícil tratando de huir de otro gobernante cruel.

Sus pruebas fueron continuas. Quizás su hermano Lucifer le haya oído decir, cuando apenas contaba con doce años: "¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me es necesario estar?" (Lucas 2:49.) Recordemos la ocasión en que Satanás trató de hacerlo caer. El enfrentamiento en el mundo premortal había sido en circunstancias más equitativas; pero en el que tuvieron en este mundo, Jesús era todavía joven, mientras que Satanás ya contaba con gran experiencia, y por medio de sutilezas y desafíos trató de destruirlo. Pero ante todas las tentaciones que le presentó, el rechazo fue siempre firme: "Vete, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él sólo servirás" (Mateo 4:10).



¡Qué vida tan solitaria la suya! Y ya no hubo nada privado en su existencia. En casi todos los casos, al efectuar sus milagros, pedía a la persona que había sido sanada: "Mira, no digas a nadie nada" (Marcos 1:44). Pero el recipiente de su poder y bondad iba y lo divulgaba todo, "de manera que ya Jesús no podía entrar abiertamente en la ciudad, sino que se quedaba fuera en los lugares desiertos" (Marcos 1:45).

Toda palabra que salía de su boca era refutada por alguien, y El se veía obligado a defender cada uno de los principios que enseñaba.

"¿Por qué tus discípulos no ayunan?"

"¿Por qué no se lavan las manos al comer el pan?"

"¿Por qué profanas el día sabático sanando enfermos?"

¡Y pensar que hasta trataron de matarlo porque sanaba enfermos en

el día de reposo!

Ya era bastante el que sus enemigos trataran de tenderle trampas, pero incluso sus amigos "vinieron para prenderle; porque decían: Está fuera de sí" (Marcos 3:21).

¿A quién podía recurrir en busca de comprensión? ¿Sería ésta la causa de que frecuentemente subiera a las montañas en procura de soledad y también del consuelo de su Padre? Solo, completamente solo, no tenía nadie en quien confiar, ningún lugar adonde ir. Como El mismo lo dijo:

"Las zorras tienen guaridas, y las aves de los cielos nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene donde recostar su cabeza." (Lucas 9:58.)

Se iba a las colinas, pero lo seguían; se hacía a la mar, y al regresar encontraba a la multitud esperándolo. Se acostaba a descansar en la embarcación, y lo despertaban súbitamente con una dura crítica: "Maestro, ¿no tienes cuidado que perecemos?" (Marcos 4:38). Y cuando ya se cernía sobre El la sombra de la muerte, les dijo a sus discípulos: "¿No os he escogido yo a vosotros los doce, y uno de vosotros es diablo?" (Juan 6:70.) A partir de ese momento, continuó andando con aquel que, bien sabía El, lo traicionaría.

¡Cuánta soledad! ¡Cuánto desasosiego! ¡Escapar y esperar, sabiendo que la muerte estaba cercana! "No quería andar en Judea porque los judíos procuraban matarle" (Juan 7:1). Trató de pasar de incógnito, "pero no pudo esconderse" (Marcos 7:24).

Una de sus grandes decepciones fue el regreso a su tierra, donde lo recibieron sin honra y sólo con rechazo y desprecio: "¿No es éste el carpintero, hijo de María . . .?" (Marcos 6:3.) Para ellos, era sólo un hombre común.

Siempre tuvo que enfrentarse a la violencia. Por su captura se ofreció una recompensa; se ordenó a la gente que revelara su paradero para poder apresarlo. El espectro de la muerte lo precedió, anduvo con El, se sentó a su lado, lo siguió dondequiera que iba.

¡Cuán difícil tiene que haberle sido contenerse de maldecir a sus enemigos, a El, que con unas pocas palabras pudo maldecir a una higuera para que se secara! (Véase Mateo 21:18-21.) En lugar de hacerlo, el Señor oró por ellos. Responder violentamente a la violencia y buscar venganza son dos reacciones muy humanas; pero aceptar humillaciones como El lo hizo es divino. Estuvo sometido a pruebas continuamente; permitió que el traidor lo besara para entregarlo, sin resistir; al ser capturado por una muchedumbre enfurecida, no dejó que Pedro, su leal Apóstol, lo defendiera, a pesar de que éste estaba dispuesto a morir por El. Contando con doce legiones de ángeles que saldrían en su defensa a una sola palabra suya, se entregó humildemente, pidiendo a sus valientes Apóstoles que no intentaran defenderlo. Aceptó el maltrato y las ofensas sin quejas ni deseos de revancha. ¿Acaso no había dicho "amad a vuestros enemigos"? (Véase Mateo 5:44.)

Con serena y divina dignidad, el Salvador soportó la burla y el escarnio (véase Mateo 27:26-30). Sufrió atropello sin que saliera de sus labios una palabra de condenación; lo abofetearon y golpearon, y El permaneció firme y decidido a cumplir su sacrificio. Siguió literalmente su propio consejo de poner la otra meji-

lla cuando lo golpearon. No obstante, no se acobardó, no negó sus propias enseñanzas, no se contradijo. Cuando los testigos falsos que habían sido comprados mintieron sobre El, no pareció condenarlos. A pesar de que dieron vuelta sus palabras y lo interpretaron mal, permaneció calmo y seguro de sí. ¿Acaso no había enseñado a orar "por los que os ultrajan y os persiguen"? (Véase Mateo 5:44.)

El, que había sido Creador del mundo y de todo lo que existe en éste, que había hecho la plata de la cual se forjaron las monedas con las que se compró su vida, que tenía señorío sobre quienes podían defenderlo a ambos lados del velo, El, el Señor, lo soportó todo y sufrió en silencio.

Cuando la muchedumbre empezó a pedir a gritos que soltaran a Barrabás (Lucas 23:21), El no mostró amargura, ni rencor, ni condenación, sino sólo serenidad, divina dignidad y autodominio. ¡Barrabás por Cristo! Barrabás libre, Cristo crucificado. El peor y el mejor; el justo y el injusto; el Santo crucificado, el degenerado malhechor liberado. Sin embargo, no hubo deseo de venganza, no hubo protesta, no hubo vituperación de parte del Salvador.

Ciertamente, grandes fueron las pruebas por las que pasó. Aunque fue declarado inocente, el Santo, el Hijo de Dios, fue azotado por sus enemigos. Con una sola palabra que hubiera salido de sus labios, podría haberlos destruido, convertido en polvo y cenizas. Pero El lo sufrió todo.

Después le pusieron la corona de espinas. ¡Qué terrible tormento! No obstante, la sufrió con ecuanimidad, con fortaleza, con total autocontrol.

La mente humana no puede imaginar tanto sufrimiento. La sangre que hicieron brotar las espinas era lo que el populacho quería. ¿No habían dicho: "Su sangre sea sobre nosotros, y sobre nuestros hijos"? (Mateo 27:25.) Ya nada podía detenerlos; estaban ávidos por saciar su sed de sangre y, aunque la crucifixión también lo haría, primero debían satisfacer el bestial apetito de su sadismo, debían lanzar con inhumana crueldad sus inmundas escupidas sobre la santa faz.

Lastimado y sangrando, lo obligaron a cargar la pesada cruz en la que le darían muerte. Mientras en sus fuertes espaldas no llevaban carga alguna, lo vieron a El sudar, y cargar, y arrastrar, y esforzarse, víctima indefensa de su maldad. Pero, ¿era realmente indefenso? ¿No tenía acaso las doce legiones de ángeles a sus órdenes? ¿No estaban éstos agonizando con su agonía y,

aún así, impedidos de ir en su ayuda o de rescatarlo a menos que El se lo ordenara?

El siguió su camino solo. Le clavaron clavos en las manos y los pies, atravesando la carne blanda y estremecida. La agonía de dolor aumentó. Echaron la cruz en el foso y el golpe desgarró más aún la carne. ¡Qué tremendo sería el sufrimiento! Entonces, le atravesaron las muñecas con otros clavos a fin de asegurarse de que el cuerpo no se resbalara de la cruz salvándole así la vida. Las burlas aumentaron al desfilar la muchedumbre frente a la cruz, blasfemando y sometiéndole al escarnio de sus miradas lascivas.

"A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar." (Marcos 15:31.)

¡Qué tentación tan grande tienen que haber sido estas palabras para el Señor! El podía haberse liberado de la cruz y haberse presentado ante ellos sin una sola marca. Tiene que haber sido un gran desafío; pero El ya había tomado una decisión y en su angustia había sudado gotas de sangre al enfrentarse a su misión: la de seguir adelante atravesando toda clase de humillaciones hasta encontrar la muerte, a fin de llevar la vida a aquellos mismos hombres y sus descendientes.

Al llegar al término de su vida mortal, se contuvo, venciendo la tentación de "demostrarles" su poder. Lucifer, que lo había tentado en el desierto, en la montaña y en la cúspide del templo, con toda seguridad haría una labor eficiente al incitar a sus seguidores. Ellos usaron las mismas tácticas, las mismas palabras: "Si tú eres el Rey de los judíos, sálvate a ti mismo". Y luego, el ladrón a quien habían crucificado junto a El le dijo: "Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros" (Lucas 23:37, 39). A su alrededor también había otras personas, cuya conducta también se aproximaba a lo criminal: los arrogantes sacerdotes con sus largos mantos bordados, los dirigentes del pueblo — ordinarios, bajos, viles — todos ellos a despotricar, insultar, burlarse y escarnecer al Maestro.

Llegó la hora final y, aunque rodeado de gente, estaba solo. Solo, con los ángeles que esperaban para consolarlo; solo, con su Padre que sufría con El sabiendo bien que el Hijo debía recorrer en la soledad el sangriento y tortuoso sendero; solitario, exhausto, afiebrado y agonizante ya, exclamó: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" (Mateo 27:46.)

Solo había estado también en el jardín, rogando a su Padre que le diera la fortaleza para beber de la amarga copa y no desmayar.

El, que había dicho "Amad a vuestros enemigos", demostró en esos momentos cómo poner en práctica esas palabras. Mientras agonizaba en la cruz con sufrimientos que ningún ser humano ha conocido ni conocerá nunca, pidió por aquellos que lo habían crucificado: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen" (Lucas 23:34). ¿No fue éste un acto supremo de amor? ¡Divino amor que perdonaba a los que lo mataban, a los que clamaban por su sangre! El había dicho "Orad por los que os ultrajan y os persiguen" (Mateo 5:44), y eso es exactamente lo que hizo en su última hora.

Su vida fue el perfecto ejemplo de sus propias enseñanzas. "Sed, pues, vosotros perfectos", nos dijo (Mateo 5:48). Y con su vida, su muerte y su resurrección, Jesús nos mostró el

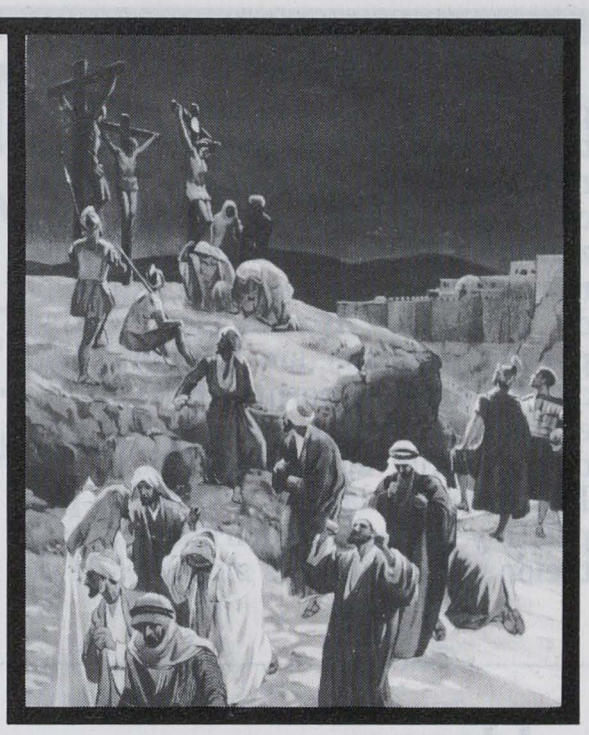
camino para lograrlo.

Así como la vida y la muerte son importantes para alcanzar la perfección, también el nacimiento lo es. Con esta idea, volví a Belén, al Belén de la actualidad, donde nuestro grupo trataba de moverse en medio de la multitud. De todos lados nos codeaban y empujaban, y nos sentimos perdidos en medio de aquel mar de cuerpos y rostros desconocidos; en ese ambiente nos era difícil concentrar nuestra mente en la sagrada razón de nuestro viaje allí. Había muy poco a nuestro alrededor que nos inspirara reverencia o nos ayudara a satisfacer el anhelo que sentíamos de quedarnos a solas con nuestros pensamientos.

Un taxi nos llevó hasta la colina desde la cual se contempla el campo donde estaban los pastores con sus rebaños. En el pequeño valle también se encuentra el campo de Rut y Booz. Ante nuestros ojos se presentaban las ondulantes tierras donde los pastores cuidaban de las ovejas, y en la cresta de la colina hay una cueva en la cual dormían y, según afirma la tradición, esa noche se mantuvieron en vigilia. Contemplando aquel valle, en el único lugar cercano a Belén donde pudimos hallar un poco de intimidad, estuvimos de pie en la oscuridad, mirando al mismo cielo estrellado que observaron los pastores en aquella otra Nochebuena.

Al igual que el canto de los ángeles que ellos oyeron, a nosotros nos pareció oír también una música lejana y suave, como una sinfonía armónica que penetraba profundamente en nuestro corazón cantando la inolvidable melodía:

"¡Gloria a Dios en las alturas,
y en la tierra paz, buena voluntad



para con los hombres!" (Lucas 2:14.)

Al sentir las cadencias de las palabras celestiales, los cuatro cantamos:

En la Judea, en tierra de Dios,
fieles pastores oyeron la voz . . .
(Himno Nº 42)

Después, en medio de la noche estrellada, nos quedamos allí, en silencio, muy cerca el uno del otro; cercanos física, mental, espiritual y emocionalmente, nuestras almas en comunión. No había luces, aparte de los titilantes farolitos de los cielos; no había otro sonido que el del débil susurrar de nuestras voces. Nuestro Padre estaba muy cercano; su Hijo estaba muy cercano. Oramos. Al unísono, nuestros cuatro corazones elevaron su amor y gratitud, que se mezclaron esa noche con las oraciones de toda la humanidad.

Expresamos nuestro agradecimiento. Expresamos nuestro amor. Como una compuerta que se levanta

para dejar pasar las aguas por largo tiempo contenidas por la represa, nuestras voces, apenas audibles, contenidas por las intangibles fuerzas del mundo celestial, se mezclaron con reverencia en una oración de gratitud. Agradecidos, Padre, porque sabemos sin ninguna duda que Tú existes; porque sabemos que el Niño nacido en Belén es en realidad tu Hijo; agradecidos porque la Iglesia es verdadera, cumple su propósito y puede conducirnos a la exaltación. Con palabras similares le dijimos que lo conocemos, que lo amamos, que lo seguimos, y volvimos a consagrar a su causa nuestra vida y todo lo que tenemos.

Desde entonces han pasado algunos años; pero en esta época siempre volvemos a consagrarnos enteros a la obra del Señor, e invitamos a las personas de todo el mundo a que se unan con nosotros en nuestra oración de gozo, amor y gratitud por la vida y las enseñanzas de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, el Hijo de Dios.

Ideas para los maestros orientadores

1. Relatar una experiencia personal que le haya ayudado a comprender mejor la importancia que tiene el Salvador en nuestra vida; o hablar de alguna de las muchas historias hermosas que se encuentran en las Escrituras y que nos dan un ejemplo del amor e interés que El siente por nosotros.

2. Preguntar a los miembros de las familias que se visitan si han tenido alguna experiencia que puedan relatar y que les haya ayudado a sentir mayor aprecio por la vida y la misión de Jesucristo.

3. Alentar a las familias a que formen el hábito de estudiar diariamente la vida del Salvador, a fin de poder conocerlo mejor y vivir como El quiere que vivamos.

4. ¿Hay en este artículo alguna cita o pasajes de Escritura que las familias pueden leer en voz alta? ¿Hay algún otro pasaje que el maestro orientador desee leer junto con las familias que visita?

5. ¿Sería de mayor beneficio el mensaje si los maestros hablaran sobre él con el jefe de la familia, antes de la visita?

EN HONOR AL SEÑOR

por Joy Saunders Lundberg

Habíamos invitado a un huésped de honor para estar con nosotros en la noche de hogar anterior a la Navidad. Después que nos habíamos reunido en la sala, le dije por qué la habíamos invitado.

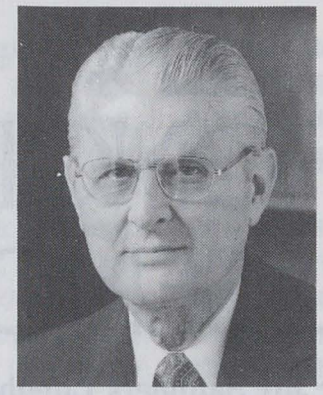
—María, hemos observado tus acciones y hemos visto que eres una persona que ama al Señor. Ya que no podemos invitarlo a El personalmente para celebrar su nacimiento, hemos decidido invitar a alguien que se esté esmerando por ser como El. Por eso te hemos escogido a ti.

María es una mujer soltera de bellas cualidades quien, a pesar de tener sus propios problemas, hace el bien a los demás sin llamar la atención sobre su persona. Se le llenaron los ojos de lágrimas a medida que cada uno de nuestros hijos le dijo qué cualidad cristiana había observado en ella.

Sin embargo, cuando le tocó el turno a nuestro hijo de ocho años, el pequeño estaba tan lleno de felicidad que no pudo hablar. Durante el año había necesitado instrucción especial a fin de mejorar su habilidad para leer, y María lo había ayudado durante todo el verano negándose a recibir pago alguno por sus clases. Habían pasado ya varios meses, y nuestro hijo estaba obteniendo gran progreso en sus actividades escolares.

Todos pudimos sentir la profundidad de los sentimientos que nuestro hijo trataba de expresar. Fue un momento tan sagrado que nos pareció que Jesús mismo hubiera venido para estar con nosotros.

El sentimiento espiritual que todos experimentamos en aquella Navidad nos ayudó a tomar la determinación de que desde ese momento en adelante invitaríamos a nuestro hogar a una persona o familia ejemplar para honrar al Salvador en la época de la Navidad. Al hacer esto, hemos sido inspirados a esforzarnos más diligentemente todos los días de nuestra vida por ser como El.



Ora, escucha y medita

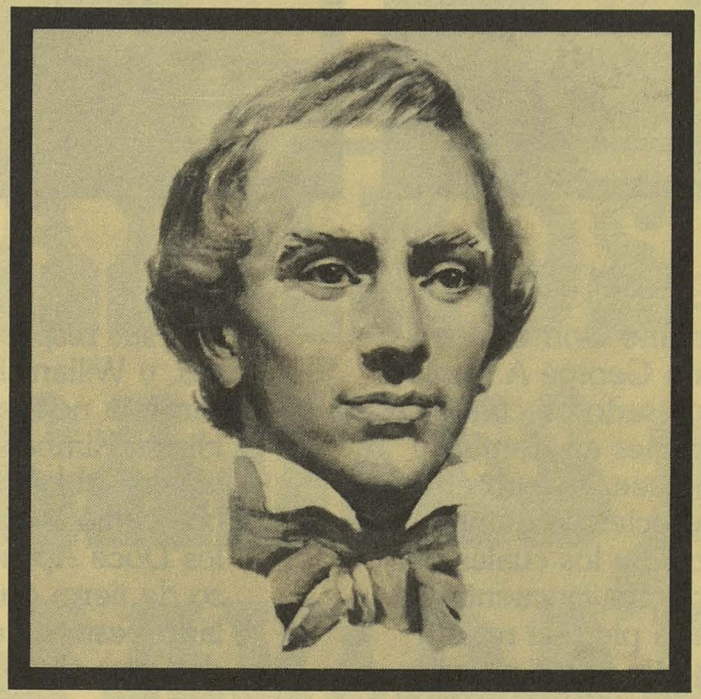
por el obispo H. Burke Peterson
Primer Consejero en el Obispado Presidente

El propósito más grande y la meta más loable que podamos tener en esta vida es aprender a conocer al Salvador, lo cual lograremos a medida que sigamos su ejemplo guardando sus mandamientos. Este conocimiento aumenta cuando testificamos de El; pero a menos que obedezcamos los mandamientos y testifiquemos de El, no lograremos nuestro propósito en la vida. El mundo está lleno de personas buenas que hacen muchas cosas maravillosas, pero que, sin embargo, no tienen un testimonio del Salvador y de su misión.

En nuestra búsqueda de una vida recta, todos nos enfrentamos a pruebas, desilusiones, desalientos y frustraciones. Parecería que los problemas no terminaran jamás. Todos estamos expuestos a ellos, sin ninguna coraza que nos proteja o nos exima de tenerlos.

Cuando era obispo y luego presidente de estaca en Arizona, sinceramente pensaba en lo afortunadas que eran las Autoridades Generales porque, a excepción de lo relacionado con la administración de la Iglesia, no tenían nada de qué preocuparse. Más tarde recibí mi llamamiento y pude comprender que todas las Autoridades Generales tienen problemas, en su vida personal, en su núcleo familiar, y con su salud; y esto requiere el mayor esfuerzo de su parte. Algunas son pruebas que ciertamente no me gustaría intercambiar con ellos.

Todos conocemos los problemas de salud del presidente Kimball. Recuerdo un día, varios años atrás, cuando se me llamó a servir en el Obispado Presidente y fuimos invitados a un cuarto del templo donde se apartaría a las nuevas Autoridades Generales. Antes de la ceremonia los hermanos iban a darle una bendición al presidente Kim-



Recuerdos del Profeta sobre la Navidad

(del diario del profeta José Smith)

Así como en el mes de diciembre celebramos el nacimiento del Salvador, recordamos también que el profeta José Smith nació el 23 de diciembre de 1805. A continuación presentamos una serie de relatos procedentes de su diario, que nos cuentan cómo celebró él algunas de las Navidades después que fue llamado como Profeta y Presidente de la Iglesia:

1835 Es Navidad, y he estado todo el día en casa gozando de mi familia; hace mucho tiempo que no había tenido este privilegio tan especial.

1838 Mi hermano Don Carlos y mi primo George A. Smith han regresado de cumplir sus misiones en Kentucky y Tennessee. Viajaron dos mil cuatrocientos quince kilómetros, de los cuales mil cuatrocientos cincuenta los viajaron a pie y el resto del viaje en barco o vapor. Visitaron varias ramas; y al acercarse a su destino fueron reconocidos por un populacho que los persiguió, lo cual hizo que recorrieran ciento sesenta kilómetros en dos días y dos noches. Tuvieron muy poco de comer y casi se congelaron por las noches.

1841 Es Navidad, y Brigham Young, Heber C. Kimball, Orson Pratt, Wilford Woodruff, John Taylor, junto con sus respectivas esposas, y Willard Richards pasaron la noche en casa de Hiram Kimball; después de la cena el hermano Kimball cedió a cada uno de los Doce Apóstoles un trozo de tierra que queda del lado oeste de otra propiedad que él tiene en Nauvoo.

1843 Esta mañana, alrededor de la una de la madrugada, me despertó un grupo de personas, una hermana de Inglaterra con sus hijos, que vinieron a cantarnos una serenata navideña, lo cual deleitó mi alma. Toda mi familia y huéspedes se levantaron a escucharla, y yo le agradecí a mi Padre Celestial por tan hermoso acto, y les bendije en el nombre del Señor . . . A las dos de la tarde había alrededor de cincuenta parejas sentadas a nuestra mesa para comer.

RÁBANOS PICANTES para NAVIDAD

Recuerdo que cuando vivíamos en Nauvoo, en 1846, mi padre preparaba la mejor salsa de rábanos picantes en la zona; y nuestros vecinos, que solían discutir por casi todo, en eso estaban de acuerdo. Cada vez que siento el olor particular de esos rábanos, recuerdo a mi padre y a nuestro hogar en Illinois.

Cuando comenzó el tiroteo y nuestro establo fue quemado, papá

C 3

nos reunió a todos. Con calma y palabras tranquilizadoras nos dijo que recordáramos que nuestro Padre Celestial nos guiaría y protegería. El resplandor de las llamas a nuestra espalda iluminó el camino en la oscuridad mientras escapábamos.

Esa noche nuestra familia se unió a muchos otros santos y comenzamos a caminar cargando lo que podíamos. Cuando llegamos a Council Bluffs, Iowa, a cientos de kilómetros de distancia, estábamos muy cansados pero conservábamos un buen espíritu. Sin embargo, muchos de nosotros nos sentíamos algo enfermos debido a las escasas raciones.

Papá fue llamado para unirse al Batallón Mormón y, después de una noche de oración seguida de un día de bailes y juegos, los hombres se marcharon.

Las semanas y los meses que siguieron fueron difíciles. Mi madre, la pequeña Amy, Ruth y yo, con la ayuda de algunos amigos maravillosos, de alguna manera logramos atravesar el río Misurí, de más de un kilómetro y medio de anchura, hasta Winter Quarters, en Nebraska. Allí nos instalamos en una casa que tenía piso de tierra y techo de paja, y que era bastante diferente de nuestra linda casa blanca de la granja, que habíamos dejado atrás.

La escasa comida, las largas horas de arduo trabajo, y especialmente la ausencia de papá hacían que todo resultara más difícil y desalentador. Pero cuando los ojos cansados de mamá se fijaban en los míos y me sonreía, ambos, con un gesto alegre, decíamos al unísono:

—¡Cuando llegue la primavera iremos al Oeste!

Luego ella comenzaba a citar los pasajes de Escritura favoritos de papá, y pronto todos estábamos cantando himnos.

Un día salí a cazar. Mientras seguía algunas huellas que conducían atrás de un viejo fuerte abandonado, una mata de hierbas atrajo mi atención; me detuve, me agaché y arranqué una planta de buen tamaño de rábano picante. Apreté la raíz y pude percibir el conocido y recordado aroma. Traté de contener las lágrimas

que me llenaban los ojos, mientras pensaba en papá que estaba tan lejos.

—¡Condenados rábanos! —murmuré.

Entonces me arrodillé y oré: "Por favor, protege a papá y ayúdanos a que pronto volvamos a estar juntos. Bendice a mamá, que cada día parece más débil. Y, por favor, ayúdame para que yo pueda guiar a mi familia sana y salva al Oeste."

Junté todos los rábanos que podía llevar y emprendí el regreso a casa con la primera carga.

Mamá se encontraba en casa de una vecina que estaba enferma, de manera que empecé a preparar los rábanos rallándolos como me había enseñado papá.

Cuando mamá llegó a la puerta y sintió el olor fuerte y familiar, su rostro se iluminó; miró a todos lados esperanzada, pensando por un instante que por algún milagro papá había vuelto a casa. Entonces se dio cuenta de que no era así y se sentó al borde de la cama sollozando.

Esa noche no comimos la salsa, que sólo sirvió para hacernos sentir más la ausencia de papá. Nadie habló mucho durante la comida, y las niñas no entendieron por qué a mamá se le salían las lágrimas.

Cuando nos levantamos a la mañana siguiente, ella ya había rallado y envasado todos los rábanos picantes, y decidimos guardarlos para cuando estuviéramos otra vez todos juntos con papá.

El otoño se tornó en invierno y los vientos helados soplaban río abajo. Los copos de nieve se introducían por las rendijas que había entre los troncos de las paredes más rápidamente de lo que nosotros podíamos tapar esas aberturas. Enfermedades y fiebre azotaron a los habitantes de Winter Quarters. Cuando llegó la primavera, había más de seiscientas nuevas tumbas en los lados de las colinas. La mayoría de ellas eran de niños que habían muerto.

En esa época vivíamos de lo que podíamos cazar y de moras disecadas. También teníamos trigo, leche, y de vez en cuando algunos huevos que nos daban los otros santos. Debido a que habíamos llegado al lugar estando la estación ya muy entrada, no había ningún tipo de cultivo. Nadie lo sabía entonces, pero fue a causa de la falta de verduras en nuestra dieta, así como de las condiciones precarias en que vivíamos, que tanta gente enfermó de malaria y toxemia.

La nieve se amontonaba y luego era barrida por el viento; la temperatura bajó hasta dieciocho grados bajo cero. Durante el día nos consolábamos y tratábamos de reanimarnos mutuamente. A causa de la enfermedad, muchos habían perdido hijos y otros seres queridos. Todos orábamos mucho, y el Espíritu era tan fuerte que cuando cantábamos "¡Oh, está todo bien!" (*Himnos de Sión,* 214), sabíamos que todo estaría bien.

La noche era más difícil. Mi mamá, mis hermanas y yo nos arrodillábamos para orar y luego nos arrebujábamos en nuestra cama. Noche tras noche yacía despierto en mi colchón hecho con heno de las praderas, escuchando la dificultosa respiración de mamá y rogando que pudiéramos llegar al Oeste en la primavera.

Ya desde el otoño todos habían estado hablando acerca de la Navidad como si fuera algo simbólico que

pondría fin a nuestros pesares. "Todo irá bien si podemos llegar hasta la Navidad." Pero cuando sólo faltaban uno o dos días, mamá estaba tan enferma y débil que apenas se podía levantar.

Ella había prometido que contribuiría con toda la comida que pudiéramos donar para que todos tuviéramos una fiesta de Navidad "apropiada". Al verse enferma, le preocupaba el no poder ayudar a cocinar.

A pesar de mis oraciones, cada vez me sentía más desalentado. Hacía meses que no sabíamos nada de papá, muchos de nuestros amigos estaban enfermos, y el número de tumbas en la colina aumentaba día tras día. Me estremecí de temor al pensar que mamá pudiera morir y papá ni siquiera lo supiera.

Esa Nochebuena salí a caminar a través del campo desierto y congelado, y allí me arrodillé. El viento soplaba con fuerza sobre mi cabeza, y podía oír el ruido seco de las ramas de los árboles golpeándose unas contra otras. Lágrimas heladas me rodaron por las mejillas.

"¿Cuántas oraciones son necesarias?" le pregunté angustiado al Señor. Repentinamente me sentí avergonzado, y recordé las palabras que había dicho mi padre cuando nuestro mundo ardía envuelto en llamas a nuestro alrededor, aquella noche, hacía ya mucho tiempo. Entonces me sentí humilde y oré pidiendo más fe.

El día de Navidad amaneció claro y brillante. Después de la reunión sacramental, nuestro festín de Navidad fue colocado sobre largas mesas; todo se veía muy adornado y tenía un olor delicioso. Mamá y yo nos sentíamos mal porque éramos los únicos que no habíamos contribuido con algo para la fiesta. De pronto, recordé la salsa de rábanos picantes que teníamos guardada y se lo susurré a mamá. Luego me escabullí sin que me vieran y corrí a casa a buscarla.

Cuando volví, todos estaban emocionados. En mi ausencia había llegado un hombre llamado Hyrum Randolph con un paquete de cartas que enviaban los hombres del batallón. Mamá había recibido tres, y todas estaban llenas de palabras de amor, esperanza y bendiciones.

¡Qué fiesta hermosa tuvimos! Quizás nunca habéis comido salsa de rábanos picantes con las tradicionales comidas de Navidad, pero es deliciosa. Mientras gozábamos de ese día, mamá y yo sentimos como si papá estuviera cerca de nosotros.

—Perdona, hijo, pero, ¿qué hay en esos recipientes? —preguntó el hermano Randolph.

—Salsa de rábanos picantes, señor. Yo mismo la preparé. Por supuesto que no es tan buena como la que hace mi papá.

—Bueno, bueno, es muy interesante —dijo él—. Me alegra saber que comes rábanos picantes. Sabes que hay quienes juran que ése es el mejor remedio que hay para la toxemia.

—¡Entonces, pasen los rábanos picantes! —exclamó uno de los presentes.

Yo dije en silencio una oración de agradecimiento y le sonreí a mamá.

—¡Cartas de papá y salsa de rábanos picantes para Navidad! —rió mamá.

—Sí —le contesté.

—¡Y cuando llegue la primavera iremos al Oeste! —exclamamos al unísono.

Antonio estaba con todos sus compañeritos del segundo año escolar que se habían agrupado en uno de los extremos del patio de la escuela. Los niños hablaban y lanzaban risitas de complicidad, y Antonio estaba entusiasmado.

Rita llevó el dedo a los labios en señal de silencio.

—Cállense —susurró—, la señorita Norma no tiene que oírnos.

—Tienes razón. Tenemos que planear algo —dijo Eduardo.

—¿A qué planes te refieres? —preguntó Antonio.

—Al del regalo de cumpleaños de la señorita Norma. Queremos darle una sorpresa —contestó Rita.

—Hagámosle un gran regalo —sugirió Pablo.

—Pero no tenemos dinero —le recordó Eduardo.

—Mi hermana trabaja en una panadería, y puede hacernos una torta grande —dijo Isabel.

—¡Entonces cada uno de nosotros puede traer una vela! —exclamó Pablo—; y así la señorita Norma tendrá muchas velas en la torta.

—Yo voy a traer una vela roja —dijo Rita.

—Y yo una verde —agregó Eduardo.

Luego los otros niños dijeron qué color de velas llevarían. Mejor dicho, todos los niños menos Antonio. En su casa no tenía velas de cumpleaños ni tampoco tenía dinero para comprar una. El niño se sintió triste. La señorita Norma era una maestra muy buena, y él la quería mucho.

Antonio se escurrió, alejándose del grupo de sus compañeros; no quería decirles que él no podría llevar una vela para la torta de la maestra. Iba arrastrando los pies por el arenoso camino desierto que lo conducía a su casa, tan preocupado y tan ensimismado en sus pensamientos que no prestó ninguna atención a las lagartijas que corrían para esconderse bajo

Un regalo para la Iglesia

las piedras, ni vio los capullos de artemisa y las florecientes plantas de yuca.

En su casa estuvo toda la tarde tan callado que su madre le dijo:

—Antonio, tú debes de tener algún problema.

Pero el niño no le contestó, y parecía muy melancólico.

A la mañana siguiente recogió su bolsita de la merienda y se despidió de su madre; pero no se sentía con ganas de ir a la escuela.

No tengo una vela para la torta de la señorita Norma, se dijo pensativo, *quizás pueda quedarme aquí, en el desierto, todo el día.* Al mirar a su alrededor, tratando de encontrar un lugar donde sentarse, vio las plantas de yuca con sus grandes varas de flores blancas. *Son hermosas,* pensó. Entonces se le ocurrió una idea. Cortó un gran tallo cubierto con hermosas flores blancas y lo llevó con cuidado a la escuela.

Cuando llegó, los niños ya estaban en clase. Atisbó por la puerta entreabierta y vio una gran torta adornada con las velas de todos colores que sus compañeros habían llevado. En ese momento Rita lo vio.

—¿Dónde está la vela, Antonio?

—Aquí —dijo y sacó el gran racimo blanco de flores de yuca.

Al hacerlo, se sintió tan avergonzado por su regalo que deseó desaparecer. Todos quedaron silenciosos. La señorita Norma miró a Antonio y a la flor.

—¡Antonio, ésa es una vela maravillosa! —exclamó—. A la yuca también se le llama "la vela del Señor".

Y tomó la vara de flores blancas que le ofrecían las manos extendidas.

Los niños aplaudieron.

—Antonio, la tuya ha sido una muy buena idea —le dijo más tarde Isabel.

Y Antonio sonrió feliz porque la señorita Norma se veía realmente hermosa de pie, sosteniendo la "vela" que él le había regalado.

ball, quien en ese entonces era Presidente del Quórum de los Doce, pues a los pocos días debía someterse a una intervención quirúrgica al corazón.

Mientras lo contemplaba sentado en la silla, con las manos de los Apóstoles sobre su cabeza, me preguntaba "¿Por qué? ¿Por qué un hombre que ha tenido que soportar todo lo que él ya ha soportado ahora tiene que pasar por una operación al corazón?" Sabía que el Señor lo podría curar en un instante si así lo hubiera deseado, y me preguntaba por qué no lo hacía. Pero ahora entiendo, como estoy seguro de que vosotros también lo entendéis; el Señor estaba preparando a un hombre, a un apóstol, para que fuera su Profeta. El quería un profeta y un presidente que le escuchara, que pudiera captar los susurros del Espíritu y estar alerta a ellos.

Estas son las razones por las cuales continuamente estamos enfrentándonos a las pruebas. Necesitamos estas experiencias para poder acercarnos más al Señor y aprender a depender de El en todas las cosas. Eso es lo que El desea de nosotros; más que cualquier otra cosa, quiere que lo conozcamos.

Quizás os sea difícil orar porque no estáis seguros de que el Señor esté escuchando; tal vez ni siquiera estéis seguros de que El esté en algún lugar; o quizás os sintáis culpables o indignos; pero cualquiera que sea la razón, vuestra comunicación no es lo que debería ser.

¿Os habéis arrodillado alguna vez a solas y pedido al Señor algo que haya sido realmente importante para vosotros, y luego os habéis levantado sintiendo que vuestra oración no recibió la contestación que esperabais? A mí me ha sucedido. ¿Habéis orado continuamente, varios días, por algo en especial y luego os habéis dado cuenta de que las cosas no resultaron como lo esperabais? Yo también lo he experimentado. En el pasado, en más de una oportunidad, me he levantado después de orar al Padre y me he preguntado con desesperación "¿Qué gano con orar? Ni siquiera me escucha", o "Quizás yo no sea digno", o "Es que no soy capaz de entender las respuestas".

Hace unos pocos años, después de una de estas experiencias desalentadoras relacionadas con la oración, estuve pensando en mi padre, que había fallecido un tiempo atrás. Recordé que antes yo podía recurrir a él para conversar sobre cualquier cosa y siempre estaba dispuesto a escucharme. No era un hombre perfecto, pero me escuchaba. Quiero que sepáis que cada vez que un hijo de nuestro Padre Celestial se arrodilla a conversar con El, El escucha. Una de las cosas de las que estoy más seguro en este mundo es que nuestro Padre Celestial escucha cada oración de sus hijos. Sé que nuestras oraciones llegan hasta el cielo, y, no obstante el error que hayamos cometido, El nos escucha.

También creo que nos contesta y que no ignora a sus hijos cuando se dirigen a El. El principal problema en nuestra comunicación con El es que no todos hemos aprendido a escuchar sus respuestas, o quizás no estemos preparados para escucharlas. Creo que podemos recibirlas si nos preparamos para ello.

A medida que avanzamos por el sendero de la vida, a menudo construimos un muro de piedras entre nosotros y el cielo, y lo hacemos con aquellos pecados de los

Cada vez que un hijo de nuestro Padre Celestial se arrodilla a conversar con El, El escucha.

cuales no nos hemos arrepentido. Por ejemplo, en nuestro muro puede haber piedras de diferentes tamaños y formas. Podría haberlas porque hemos sido poco amables con alguien; la crítica a los líderes o maestros puede agregar otra piedra al muro; la incapacidad de perdonar puede agregar otra; los pensamientos y las acciones vulgares pueden agregar algunas bastante grandes; la deshonestidad agregará otra; el egoísmo otra; etc.

A pesar del muro que edificamos frente a nosotros, cuando clamamos al Señor, El siempre envía sus mensajes desde el cielo; pero en vez de penetrar hasta nuestro corazón, se estrellan contra el muro que hemos formado y rebotan. Su mensaje no penetra y nosotros estamos listos para decir: "El no me escucha".

A veces este muro es formidablemente grande, y el gran cometido de nuestra vida es destruirlo, o, con otras palabras, limpiarnos purificándonos interiormente para poder ser susceptibles al susurro del Espíritu.

Permitidme dar algunos ejemplos. Supongo que todos hemos tenido alguien que nos ha hecho algo que no nos ha gustado y nos ha enojado. No podemos olvidarlo y no queremos acercarnos a esa persona. Esta es la característica de la persona que no perdona; sin embargo, el Señor se ha referido con palabras bastantes fuertes a las personas que no saben perdonar a sus semejantes (véase D. y C. 64:9-10). Hace muchos años tuve una experiencia con ese sentimiento de rencor. Alguien se había aprovechado de mí, y me disgusté con esa persona. No quería estar cerca de ella; si venía en dirección opuesta a la que yo iba, prefería cruzar la

calle; ni siquiera le dirigía la palabra. Mucho tiempo después que se terminó el problema, el mal sentimiento seguía como una llaga en mi alma. Esto me hizo tomar la decisión de orar pidiendo ayuda, hasta que pudiera lograr tener un mejor sentimiento hacia esa persona. Aquella noche me arrodillé y abrí mi corazón al Señor; sin embargo, al levantarme, todavía no me gustaba esa persona. A la mañana siguiente me arrodillé y oré pidiendo tener un sentimiento bondadoso hacia ella, pero al terminar la oración todavía no me gustaba. Así sucedió esa noche y la semana y el mes siguiente. Seguía sin que me gustara, a pesar de que había estado orando al respecto todas las mañanas y todas las noches. Continué orando, y finalmente empecé a rogar, no a orar solamente sino a implorar. Después de muchas oraciones, llegó el momento en que sin duda ni reservas supe que podía ir ante el Señor, si se me pidiera hacerlo, y que El sabría que por lo menos en ese caso mi corazón se había purificado. Había experimentado un cambio después de un buen período de tiempo, y quitado del muro la piedra que representaba aquel rencor.

La forma en que vivimos determina nuestra capacidad de captar la inspiración del Espíritu y escuchar las respuestas a nuestras oraciones. Repito nuevamente para evitar un malentendido: Nuestro Padre Celestial contesta nuestras oraciones, pero a menudo no estamos preparados para escuchar las respuestas. Algunas las recibimos de inmediato; otras demoran más, y es entonces cuando nos desalentamos.

Algún tiempo atrás me dieron una asignación que me llevó a Alemania. Antes del viaje había estado con una fuerte gripe y no estaba muy seguro de si quería viajar, pero sentí que era mejor hacerlo por todo lo que se había planeado y por toda la gente que dependía de mí. Después del vuelo desde Nueva York a Francfort, Alemania, estaba agotado y no me sentía bien; me encontraba solo y no hablaba alemán, así es que me registré en el hotel del mismo aeropuerto. Antes de ir a mi cuarto fui a la farmacia a comprar un medicamento para la garganta; éste venía en un recipiente de metal con un botón que, al apretarlo, rociaba el líquido en la garganta por intermedio de un tubo de plástico del largo de un dedo.

Me dirigí a mi habitación y me dispuse a descansar un rato; pero cuando traté de rociarme la garganta, el tubo de plástico se soltó, me pasó por la laringe y lo tragué. No podía sentirlo, pero sabía que tenía dentro un tubo de siete centímetros y medio de largo y no sabía qué hacer. Tosí, e hice todo lo que estuvo de mi parte para deshacerme de él. Pronto me empecé a preocupar, no porque pensara que iba a morir, pues estaba seguro de que la muerte estaba lejos todavía, sino porque sabía que había mucha gente esperándome en varios países por los que debería pasar durante las próximas tres semanas, y que si no solucionaba pronto ese problema terminaría en el hospital para que me sacaran el tubo por medio de una intervención quirúrgica. Necesitaba ayuda de inmediato. Me arrodillé al lado de mi cama y le dije al Señor que no tenía a dónde ir, no hablaba alemán, no conocía a ningún doctor, ni a nadie allí y que había gente esperándome en otras partes. Le pedí que por favor me sacara ese

Las oraciones . . . a veces se contestan rápidamente, pero en otras oportunidades se debe orar por mucho tiempo antes de poder lograr lo que se desea.

tubo. Me levanté al terminar la oración y en dos segundos el tubo salió. ¿Os dais cuenta? Hay respuestas que llegan de inmediato.

Hay otras oportunidades en que tal vez os preguntéis si alguna vez El contestará vuestras oraciones. Hace veintidós años nació nuestra cuarta hija, y después del nacimiento el doctor le dijo a mi esposa que no debía tener más hijos. Conversamos sobre esto y ella me dijo: "Siento que todavía hay otra criatura para nosotros", y por supuesto decidimos que tendríamos otro bebé.

Así pasó un año y el bebé no llegó; pasó otro y nada; hasta que finalmente, después de ocho años de oraciones, un día mi esposa me dijo: "¡No te imaginas! Vamos a tener otro bebé". Las oraciones, como podéis notar, a veces se contestan rápidamente, pero en otras oportunidades se debe orar por mucho tiempo antes de poder lograr lo que se desea.

A medida que aprendamos a escuchar al Espíritu y nos preparemos para recibir su inspiración, también debemos aprender a obedecer lo que El nos indique. Uno de los cometidos más grandes que debemos tener es vivir de tal modo que recibamos el mensaje, y luego tener la valentía de obedecerlo.

A pesar de las circunstancias a que os enfrentéis en la actualidad, os suplico que hagáis lo siguiente:

Esta noche, si os es posible, dirigíos a un lugar donde podáis estar a solas. Si no podéis estar a solas, haced de todas maneras lo que os sugiero.

Pensad en la Persona a la que estáis orando, porque muchas veces nos arrodillamos a orar tan rápidamente que no tenemos en cuenta *a quién* oramos. Con frecuencia tra-

to de traer a mi mente la imagen del Salvador. Es cierto que no estoy muy seguro de cómo es el Padre Celestial, pero el evocar a su Hijo me da una imagen para contemplar mientras me arrodillo.

Luego, cuando penséis en Aquel a quien estáis orando, habladle en voz alta, o si lo preferís, susurradle. Dirigíos a El como a vuestro Padre y decidle todo lo que deseáis. Sed sinceros con El y hablad de las cosas que deseáis hablar. Agradecedle por lo que El ha hecho por vosotros. Confiad en El, permitidle saber lo que hay en vuestro corazón. Pedidle ayuda; gozad de su Espíritu. Decidle que lo amáis. No sé cuántos de vosotros habréis orado en voz alta y en esa oración le habréis dicho al Señor que lo amáis; es una gran experiencia.

Después de que hayáis hablado con El, escuchadlo. Debéis escuchar cuidadosamente o podéis pasar por alto sus respuestas. A veces las personas oran por un minuto, o dos, o cinco, o quince, y luego ni siquiera escuchan por un segundo. Quizás suceda algo diferente si, después de orar, os mantenéis arrodillados junto a la silla o a la cama por un minuto, o dos, o cinco, o quince, hasta obtener ese sentimiento grato y cálido de que recibisteis una respuesta. Así sabréis que el Señor escuchó vuestra oración. Sabréis que está allí y que hay una forma que permite que sus mensajes os lleguen. Es una gran experiencia la que viven las personas que sienten el Espíritu.

Testifico que el Señor está en los cielos. Sé que nos escucha y nos contesta. También sé que debemos estar preparados para escucharlo. Sin la oración jamás conoceremos realmente al Padre Celestial y a su Hijo, el Salvador. Y sin la oración no podremos regresar a El.

Una de las armas más eficaces de Satanás es el orgullo; éste hace que un hombre o una mujer concentren tanta atención en sí mismos, que se hacen insensibles a su Creador o a sus semejantes. Esto es causa de descontento, divorcio, rebelión en los jóvenes, deudas familiares, y casi todos los otros problemas que tenemos.

Presidente Ezra Taft Benson

El amor de mi hermano mayor

por D. Brent Collette

Uno de los mayores gozos que he conocido en la vida, lo experimenté cuando mi familia entera se unió espiritualmente para solicitar del Señor la ayuda que yo tanto necesitaba, sosteniéndome con su fe en una época de intensa lucha. Por experiencia propia aprendí por qué nos ha colocado El en grupos sagrados llamados *familias*.

Cuando estaba en el penúltimo año de la escuela secundaria contraje una enfermedad a los riñones. En pocos años mi salud se había deteriorado a tal punto que mi condición se tornó crítica, y a pesar de contar con la mejor atención médica, la

afección finalmente me destruyó ambos riñones.

En enero de 1968 me internaron en el Centro Médico de la Universidad de Washington, donde informaron a mis padres que me encontraba tan grave que tal vez no viviría hasta el otro día. Mi padre y un amigo íntimo me dieron una bendición, y luego mi madre sacó de su cartera mi bendición patriarcal y me leyó varios pasajes. Me expresó su testimonio y después me la entregó.

—Tienes una gran misión que cumplir —me dijo suavemente—, y el Señor desea ayudarte. Pero tú también debes hacer tu parte, Brent.

Después, se inclinó y me besó.

Mi padre también me expresó su testimonio, me estrechó la mano y me dio un golpecito en el hombro.

–Que descanses –me dijo– Te veremos más tarde.

Me quedé solo en el silencioso cuarto del hospital, solo con mis pensamientos, mis recuerdos, y la bendición.

Al recordar el consejo de mi madre, traté de allegarme a mi Padre Celestial, orando anhelosamente como jamás lo había hecho. Al orar, volqué toda la amargura que sentía porque mi vida había fracasado en lograr su potencialidad; pero persistí, y al continuar orando ese sentimiento amargo fue desapareciendo y sentí como si me hubieran quitado de encima una tremenda carga. La paz volvió a mi alma y experimenté gran consuelo y la seguridad de que mi oración sería contestada. Sentí la certeza de que todo saldría bien.

Tardé unas dos semanas en recuperarme lo suficiente para salir del hospital, y pasaron siete meses más antes de que me pudieran hacer el primer tratamiento en una máquina de diálisis.* Pero aproveché bien ese tiempo, pues había decidido averiguar todo lo que pudiera del Evangelio de Jesucristo.

Mi primer proyecto fue leer el Libro de Mormón. Me pasaba horas estudiando este extraordinario libro de Escritura y obtuve un testimonio de su veracidad y un gran amor por su contenido; la vida cobró para mí un nuevo significado, como si se hubiera encendido una luz y pudiera ver y entender como nunca. Me sentía elevado, iluminado, guiado y espiritualmente vivificado. Al recordar ese período en la actualidad, lo veo como quizás el más importante de toda mi vida.

En aquellos primeros años de investigación con las máquinas de diálisis, el costo del tratamiento y la escasez de instalaciones apropiadas en los hospitales limitaban este procedimiento al alcance de muy pocas personas afortunadas; la decisión con respecto a quién recibiría el tratamiento estaba en manos del personal de los centros médicos especializados en enfermedades renales. Al presentar mi solicitud, me pareció que ésta carecía de las condiciones necesarias para que la aceptaran; pues, al fin y al cabo, yo era soltero y no tenía recursos económicos ni un trabajo fijo. Pero, por otra parte, contaba con algo que me alentaba mucho: una magnífica familia. Los médicos lo sabían y, pensaron que al contar yo con familiares tan unidos, éstos siempre me respaldarían, y que constantemente habría alguien junto a mí para cuidarme y atenderme. Esto hizo que consideraran mi caso para el tratamiento en una nueva máquina de diálisis experimental que se podía usar en la casa; y quizás, algún día, de que me hicieran un transplante de riñón.

Durante los tres años que estuve

*Diálisis: *Proceso por el cual se purifica la sangre mediante una máquina.*

usando la máquina aprendí mucho, y mi fe en el Señor aumentó al observar cómo su mano guiaba mi vida. Me sentía cerca de mi familia y, a pesar de verme obligado a depender de la máquina, amaba la vida como nunca, pues nunca me había sentido tan libre ni tan feliz. No obstante, anhelaba poder verme libre de mi "compañera" mecánica.

Esta meta, como muchas otras, se convirtió en el interés común de toda la familia; a menudo dedicábamos las noches de hogar y las entrevistas personales a analizar las otras alternativas y las razones que podrían justificar un transplante.

Recuerdo una semana inolvidable en la que toda la familia se reunió, después de un largo período de separación debido a misiones, casamientos y estudios que nos habían separado por varios años. Como un imán, la Navidad de 1970 nos volvió a juntar en el hogar paterno.

Durante esa semana pasamos gran parte del tiempo hablando sobre mi salud. Todos habíamos estado averiguando acerca de las posibilidades de un transplante, y cada uno de los miembros de la familia había ofrecido donarme uno de sus riñones.

Una tarde mientras jugaba al básquetbol (baloncesto) con mis hermanos, me hice a un lado por un momento para mirarlos jugar. Todos eran atletas fantásticos. Craig había sido candidato para el equipo de natación para los Juegos Olímpicos y ya tenía su propia familia; Barry había sido uno de los mejores jugadores de fútbol del estado y era un experto esquiador; y Kevin era uno de los mejores jugadores de básquetbol de escuela secundaria en todo el estado.

Los quiero mucho a todos, pensé mientras los ojos se me llenaban de lágrimas, *y agradezco con toda mi alma sus deseos de ayudarme, pero pienso que no debo aceptar.*

Al finalizar las vacaciones de Navidad Barry volvió a la universidad, y Craig y su familia, a su casa en California. Por mi parte, me ocupé activamente en labores misionales, y nuestra vida volvió a la normalidad.

Luego, una noche, sucedió algo inesperado y maravilloso durante nuestra oración familiar. Mi padre pronunció la oración, y después de orar, todos sabíamos la decisión que debíamos tomar. Con lágrimas en los ojos analizamos nuestros sentimientos; todos habíamos recibido la misma confirmación: debíamos proceder con el transplante de riñón.

Al mirar hacia atrás, me parece que esa decisión en sí debe de haber sido el milagro más grande de todos; la lógica y las opiniones personales ya no tenían importancia. Todos sabíamos lo que había indicado el Espíritu.

Esa misma noche hice una llamada de larga distancia a mi hermano Barry, que asistía a la universidad en la ciudad de Provo, Utah, y le hablé del transplante; le expliqué la respuesta que habíamos recibido a nuestra oración y le pedí que también él orara al respecto. Su respuesta fue que estaba listo, que él ya había orado muchas veces y lo único que esperaba era que yo me decidiera. A pesar de que le dije que podíamos esperar hasta que terminaran las clases, al día siguiente abandonó sus estudios y regresó a casa.

No obstante su buena voluntad, al hacer los exámenes necesarios, el equipo médico descubrió que, durante su misión en México, mi hermano había desarrollado inmunidad a una enfermedad parecida a la pulmonía, y temían que esto provocara en su organismo una reacción adversa a

los medicamentos que debían administrarle después de la operación. Como consecuencia, para gran desilusión de Barry, se decidió que era imposible hacerme el transplante de uno de sus riñones.

Unas dos semanas más tarde tuvimos otra de esas noches de hogar especiales y nuevamente recibimos la inspiración de continuar con los planes para la operación. Esta vez llamé a mi hermano mayor, Craig, y de nuevo recibí una respuesta afirmativa. A la semana siguiente, él y su esposa, con su hijito de un año, llegaron desde California. Esa misma tarde entré en el hospital y al otro día entró Craig. Los amigos de la familia pusieron nuestros nombres en la lista para la oración en seis templos, desde el de Londres hasta el de Los Angeles.

La noche anterior a la operación tuvimos nuestra noche de hogar en mi cuarto en el hospital. Hubo un momento en que traté de decir a mi familia que no me parecía que valiera la pena el riesgo y el sacrificio que tendría que enfrentar mi hermano al efectuarse el transplante. Pero mi padre me miró seriamente, puso su mano sobre mi hombro y suavemente me dijo:

—Hijo, todos sentimos que esto es lo que el Señor quiere, y tu hermano se siente muy orgulloso de poder hacerlo. Recuerda, Brent, todos volveremos a verte cruzar el parque corriendo y mostrando en tu cara una gran sonrisa.

La operación comenzó temprano al día siguiente; a las seis de la mañana la enfermera me dio un sedante. Ya muy avanzada la tarde abrí los ojos y vi a mis padres junto a la cama. Estaba otra vez en mi cuarto y tuve la certeza de que todo había salido bien. Recuerdo que esa noche vi a otros miembros de mi familia, pero estaba preocupado porque no habían puesto a Craig conmigo en el cuarto.

—¿Cómo está Craig? ¿Dónde está? —pregunté.

Una mano suave reposó sobre mi hombro y oí la voz de mi madre que me respondía:

—Craig está bien, Brent. Y tú también lo estás. No te preocupes.

Gracias, Padre Celestial. Gracias, hermano. Gracias, querida familia. Con estas palabras a flor de labios me dormí.

En los primeros días que siguieron a la operación, al ver las caras preocupadas de mis padres y hermanos, empezó a insinuarse dentro de mí la sospecha de que había algún problema con la condición de Craig. Al tercer día estaba seguro de que había muerto y nadie quería decírmelo. En realidad, no había muerto, pero se hallaba en un estado muy grave y estaba pasando por grandes dificultades para recuperarse de la operación. Sin embargo, al atardecer de ese día, mi padre y mi otro hermano lo llevaron hasta mi cuarto para que nos viéramos. Tenía el color de una banana madura, y haciendo un esfuerzo por sonreír, me dijo:

—¿Cómo estás, hermanito?

En aquel momento, al comprender el enorme sacrificio que había hecho y al notar su dolor, que trataba valientemente de disimular, supe lo que es el amor y lo que significa tener una familia como la mía.

Dos días más tarde los análisis mostraron que mi organismo estaba empezando a rechazar el nuevo riñón y todo pareció indicar que la operación había sido un fracaso; los médicos tomaron medidas drásticas que no produjeron ningún efecto. Por lo que sucedió después, es evidente que la ayuda más poderosa fue la oración. Profundamente grabado en mi alma se encuentra el recuerdo de las muchas noches en

que toda la familia se arrodillaba alrededor de mi cama y, uno por uno, oraban a nuestro Padre Celestial. Oí como mis hermanos le suplicaban sollozando que me salvara la vida. Después, en silencio, porque ninguno de nosotros podía hablar, nos dábamos la mano para darnos las buenas noches. Y buenas fueron verdaderamente, pues en ellas pudimos sentir intensamente el amor puro de Cristo.

Finalmente, mi organismo se sobrepuso al rechazo del riñón, y también Craig fue recuperando rápidamente su salud y fortaleza.

En la actualidad mis médicos me aseguran que soy uno de los casos más saludables de transplantes de riñón que conocen en la historia. Estoy casado con una mujer maravillosa y tenemos tres hermosos niños, dos varones y una niña. Craig, que ahora tiene tres hijos, lleva una vida completamente normal, rodeado de gente que todavía ignora el motivo por el cual hace ya varios años tuvo que hacer aquel viaje urgente hasta la ciudad de Seattle, en el estado de Washington (lugar donde se llevó a cabo la operación quirúrgica).

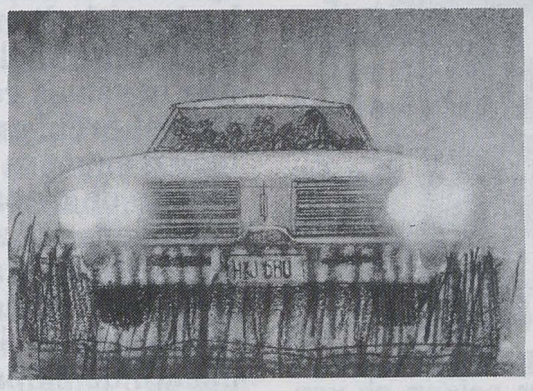
Yo puedo testificar que uno de los gozos más grandes de esta vida se siente cuando una familia se une espiritualmente para buscar la ayuda y el consuelo del Señor. Nunca ceso de asombrarme ante el amor que se manifestó para conmigo, y al pensar en mi familia pienso en el Señor, quien es el verdadero cabeza de nuestra gran familia en el evangelio; pienso también en su amor, su devoción y su disposición de sacrificarse por nosotros. Y siento que he adquirido un testimonio y un aprecio especiales por su expiación, porque sé lo que significa contar con el amor y el sacrificio de un hermano mayor.

Como miembros de la verdadera Iglesia de Cristo debemos permanecer firmes, en la actualidad y siempre, por los derechos humanos y la dignidad del hombre que es estirpe literal de Dios en el espíritu. No podemos justificar el separar nuestras creencias religiosas de nuestra vida diaria. La rectitud debe prevalecer en nuestra vida, al igual que en nuestros hogares. Tenemos que desarrollar el amor por Cristo y brindarle nuestra total dedicación y servicio en el establecimiento de su reino. Ser buenos cristianos significa que debemos ser respetuosos y honorables en todas nuestras relaciones con nuestros semejantes; debemos lograr una mayor capacidad para influenciar al mundo de manera tal, que vuelva a la rectitud y al amor puro de Dios.

Presidente Spencer W. Kimball

Una voz de advertencia en la oscuridad

por Isabelle Hanson



Era una calurosa noche veraniega, y tanto mi esposo como mis seis hijos se habían quedado dormidos en el automóvil. Yo había comenzado a conducir poco después de haber pasado Rock Springs, Wyoming, con el fin de que mi esposo descansara. El me había dicho que puesto que llegaríamos a la casa de mis suegros a medianoche, lo más conveniente sería seguir adelante. Nos dirigíamos hacia el estado de Idaho procedentes de Saint Louis, Misurí, donde mi marido cursaba estudios de odontología.

Poco después de haber cambiado de carretera y de haber tomado en otra dirección, llegamos a un desvío de tierra por el cual seguí, convencida de que nos conduciría nuevamente a la carretera; pero parecía empeorar a medida que lo recorríamos. De pronto, en la tranquilidad nocturna, pude oír una voz que muy claramente me dijo: "¡Detente!"

Como había estado conduciendo muy despacio, puse el pie en el freno y pude detener el auto casi inmediatamente. Siete pares de ojos, que hasta entonces habían permanecido cerrados, se abrieron rápidamente, y oí varias preguntas a la vez:

—¿Dónde estamos?

—¿Qué pasa?

—¿Por qué paramos aquí?

Mi única respuesta fue:

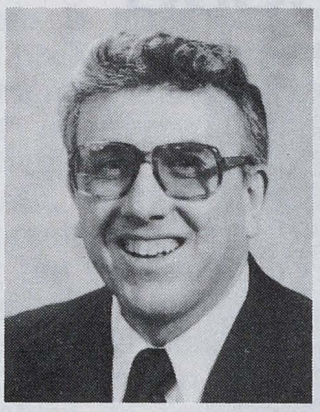
—Oí una voz que me dijo que me detuviera. Algo sucede.

Mi esposo tomó la linterna, salió del vehículo . . . y descubrió que las ruedas delanteras estaban al borde de un canal de agua.

Yo, por supuesto, quedé tan temblorosa que mi marido asumió la tarea de manejar, mientras nuestro hijo mayor lo guiaba. Al retroceder, nos dimos cuenta de que había un cartel pequeño que indicaba cómo regresar a la carretera principal; tan pequeño era que yo no lo había visto en la obscuridad. Mi esposo detuvo el auto, y ocho pares de ojos se cerraron para ofrecer una oración de gratitud.

PREGUNTAS Y RESPUESTAS

Estas respuestas se dan como ayuda y orientación para los miembros, y no como pronunciamiento de doctrina de la Iglesia.



Dale F. Pearson, Director del programa de estudiantes de la Universidad Brigham Young, y obispo en un barrio de Provo, Utah.

Creo que he hecho cuanto puedo para arrepentirme de una transgresión; sin embargo, todavía tengo un sentimiento de culpabilidad. ¿Qué más puedo hacer?

Probablemente sólo el obispo puede ayudarnos a determinar si hemos hecho todo lo necesario para arrepentirnos de alguna mala acción que hayamos cometido; a pesar de ello, el problema de sentirse culpable no siempre es sencillo. El sentimiento de culpabilidad puede ser una buena señal, recordándonos que hemos pecado y la necesidad de aplicar el plan de arrepentimiento del Señor. Sin embargo, el sentimiento de culpabilidad después de un arrepentimiento sincero puede ser extremadamente perjudicial, y algunas personas sufren más de lo necesario, o incluso cuando no han cometido ninguna falta por la cual puedan sentirse culpables.

Las personas a quienes he aconsejado, y que parecen tener el primer problema, o sea, que no pueden dejar de sentirse culpables aun después de haberse arrepentido de una transgresión, usualmente enfrentan otra dificultad: adolecen de una notoria falta de autoestima, y piensan que no pueden hacer nada para controlar su vida por motivo de que son personas muy indignas. Por ejemplo, una mujer que conozco intentó infructuosamente suicidarse después de meses de soledad desesperante, separada de su familia; se culpaba a sí misma de esa soledad diciendo: "Si fuera mejor madre, seríamos una familia más unida"; luego de atentar contra su vida, empezó a culparse en otra forma por su infortunio: "¿Cómo pude haber cometido tan horrible pecado?" A pesar de que su esposo, el obispo, y el presidente de estaca se esforza-

ron constante y amorosamente por hacerle comprender que Dios la amaba, ella se negó a rechazar el sentimiento de culpabilidad que la embargaba porque no creía ser digna del perdón. En cierto modo, el sentimiento de culpabilidad que tenía era su razón de vivir, ya que era la única manera que le permitía seguir castigando a la "indigna persona" en quien consideraba haberse convertido.

El segundo sentimiento perjudicial de culpabilidad, el sentirse culpable sin tener una verdadera razón, a menudo surge de un problema parecido de falta de autoestima, causado por la incapacidad de dirigir la propia vida. En una oportunidad aconsejé a una persona que adolecía de este problema; tenía cuarenta y cinco años y era un empresario de mucho éxito en los negocios, a pesar de que en realidad prefería trabajar con niños. Sin embargo, pensaba que no podía pedir a su familia que se sometiera al período de ajuste que tendrían que enfrentar todos si él cambiara de profesión. Como consecuencia, trató de trabajar lo menos posible porque no le gustaba su trabajo, y al mismo tiempo se dio cuenta de que estaba empezando a esquivar a su familia. Esta terrible situación le hizo sentirse sumamente culpable.

La solución para estos dos hermanos fue básicamente la misma: Comenzaron a hacer planes y a cumplirlos uno por uno. Cuando descubrieron que podían tomar decisiones, su autoestima aumentó y el sentimiento de culpabilidad disminuyó al ponerlo en la debida perspectiva.

Aquellos que todavía se sientan culpables por algo de lo que hace mucho tiempo se han arrepentido pueden hacerse estas preguntas:

1. ¿He completado todos los pasos necesarios del arrepentimiento (reconocimiento de la falta, remordimiento, confesión, restitución, etc.)?
2. ¿He pedido perdón al Señor?
3. ¿Le he permitido al Señor que tome mi carga, con fe en su poder de hacerlo y en su amor por mí?
4. ¿Me he perdonado, yo mismo, completamente?

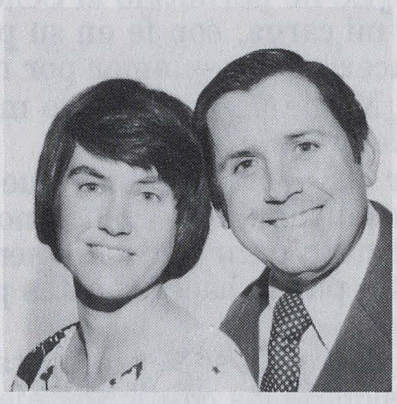
Por otra parte, alguien que se sienta culpable aun cuando no haya hecho nada para tener ese sentimiento, puede hacerse estas preguntas:

1. ¿Tiendo a ser extremista en mi visión de las cosas; por ejemplo, a considerarlas completamente perfectas o totalmente inicuas, en lugar de verlas como una mezcla de lo bueno y lo que no es tan bueno?
2. ¿Conservo una buena relación con el resto de mi familia? ¿Tengo buenos amigos de cuya amistad disfruto?
3. ¿Me siento realmente satisfecho conmigo mismo?
4. ¿Siento que el Señor verdaderamente me ama?
5. ¿Cuál es el verdadero motivo de este sentimiento de culpabilidad?

Al contestar sinceramente estas preguntas se pueden reconocer algunos de los aspectos específicos en los cuales necesitamos esforzarnos en forma sincera, y con un espíritu de meditación y oración. Frecuentemente, ayuda analizar esta situación con un amigo de confianza o con un líder de la Iglesia; otras veces puede ser de gran valor el consejo de un profesional.

El sentimiento de culpabilidad es normal; es la señal de peligro que centella cuando se ha incurrido en una transgresión de la cual es necesario arrepentirse. Pero cuando ese sentimiento persiste sin motivo, o

después de haber pasado por el arrepentimiento, resulta perjudicial y puede minar nuestra relación con nuestro amoroso Padre Celestial.



Sharon y Wayne Dequer, padres de tres hijos, pertenecen al Barrio Monrovia de la Estaca Arcadia, California.

Los domingos parecen ser largos y aburridos para nuestros niños pequeños. ¿Qué podemos hacer para lograr que el día de reposo sea productivo y feliz?

El Salvador enseñó claramente que el día de reposo es un día para distinguir las verdaderas necesidades físicas y espirituales de los deseos vanos. Los niños pequeños son por naturaleza activos, y debemos tener en cuenta sus necesidades cuando planeamos las actividades de ese día. En vez de hacernos la pregunta: "¿Debemos permitirles que sean tan activos durante el día de reposo?", quizás sería más apropiado preguntarnos: "*¿En qué manera* deben ser activos los niños el día domingo?"

Deseamos que nuestros hijos aprendan que el domingo es un día en el cual podemos tener actividades distintas de las que tenemos durante el resto de la semana. Por lo general, ellos pueden ver que el papá no va a trabajar ese día (aunque hay excepciones), ni corta el césped, y que la mamá no va de compras, no limpia la casa ni tampoco hace pan; nuestras acciones del domingo son diferentes, son más pasivas. ¿Cómo puede el día ser también diferente para nuestros niños?

Primeramente, dedicamos el domingo a estar con nuestra propia familia, en vez de salir a jugar con amigos o mirar televisión; por lo tanto, depende de los padres el que sea un día interesante y agradable. Para lograrlo, en vez de recalcar las cosas que no podemos hacer, comenzamos por enseñar a nuestros pequeños a que se hicieran y respondieran a la pregunta: "¿Es apropiado?"

Esta pregunta nos llevó a realizar actividades tales como leer, colorear, cantar y tocar instrumentos musicales. Sin embargo, éstas que parecían bastante apropiadas no fueron suficientes para cubrir todo el día con la actividad, de modo que pronto aprendimos a llevar a cabo otras: Ayudar a uno de nuestros hijos a "escribir" una carta o a servir de "secretario" mientras otro dictaba una página de su historia personal; a tener entrevistas con cada niño, y hablar y compartir ideas y pensamientos.

Creemos que los juegos creativos y tranquilos son apropiados para el día de reposo. La pregunta de si una actividad es apropiada o no puede contestarse fácilmente al ver la

cantidad de preparación o limpieza que ésta requiere. También escogemos juegos que son diferentes de los que nuestros hijos por lo general juegan con sus amigos. Decidimos, por ejemplo, que jugar en la tierra o en la arena no era apropiado, pero que los bloques de madera u otros juegos de construcción eran aceptables y podían relacionarse con las enseñanzas del evangelio. Así que, después de relatar la historia del arca de Noé o la del viaje de Lehi, cada niño puede construir su propia interpretación de la nave.

El secreto para hacer del domingo un día especial para nuestros niños parece radicar en el tiempo que pasamos con ellos. Por supuesto que hay otras actividades que exigen nuestra atención, pero si administramos nuestro tiempo sabiamente a fin de poder dedicarles ciertas horas, mucho es lo que podemos hacer. Muchas familias se han dado cuenta de que caminar hasta la capilla, aunque sea sólo parte del trayecto, ayuda a que los niños se mantengan quietos y tranquilos en sus sillas cuando llegan. Nosotros también hemos hecho un esfuerzo especial para que nuestros hijos se interesen en los servicios dominicales. En este aspecto también nos ha sido útil preguntarnos si es apropiado o no. Los juguetes que no son ruidosos y los libros para colorear son muy útiles para mantener ocupados a los pequeños; pero, por supuesto, deben ser vigilados, porque otros niños, e incluso los adultos, pueden encontrar que estas actividades distraen la atención. Siempre nos alegramos cuando encontramos un libro con motivos religiosos y lo usamos solamente en la iglesia o en otras oportunidades especiales. El niño pronto aprende que el libro es diferente de los otros libros que tiene y aprenderá a relacionarlo con las palabras *iglesia* y *reverencia*.

Pensamos que estas enseñanzas se deben comenzar lo antes posible. La atención de los niños de uno a tres años es muy corta, de manera que los alentamos comentando lo agradable que será cuando sean más grandes y puedan disfrutar de la reunión con el resto de la familia.

De vez en cuando sucede que tenemos que sacar de la capilla a uno de los niños. Cuando lo hacemos nos hemos dado cuenta de que es importante ayudarlo a que actúe como si estuviera aún dentro de ella, es decir, que se quede sentado y callado. De otra manera, salir de la reunión significaría una especie de "recompensa" por la mala conducta. Si amenazamos con castigarlos no les gustará ir a la iglesia; por lo tanto, lo que tratamos de hacer es decirles que si no se comportan como es debido, no podrán sentarse junto con la familia, alternativa que no es muy de su agrado.

Cuando nuestros niños comienzan a ser capaces de quedarse quietos sin colorear libros y sin jugar hasta después de repartida la Santa Cena, nosotros procuramos que los servicios dominicales tengan más sentido para ellos. Hacemos esto de varias maneras: Los animamos (incluso a los más pequeños) a que participen activamente cantando los himnos. Compartimos un himnario, permitiéndoles que lo sostengan, y les señalamos las palabras y las notas a medida que cantamos. En casa cantamos los himnos más conocidos y les enseñamos algunos que son especiales (uno de nuestros himnos favoritos es "Hijos del Señor venid", 212); de este modo, cuando se cantan en la iglesia representan algo especial para ellos. Algunos padres averiguan por adelantado cuá-

les son los himnos que se cantarán el domingo para ensayarlos con su familia a fin de que participen.

También es bueno animarlos a participar en otros actos que son propios de la reunión sacramental, tales como el relevo y sostenimiento de oficiales, y especialmente en participar de la Santa Cena. Incluso hay barrios que en forma regular incorporan en sus servicios historias para niños, lo cual contribuye a que éstos disfruten más de la reunión.

Es muy bueno después de la reunión hablar acerca de los discursos, aunque muchas veces es muy tarde y ya los han olvidado; de manera que lo que hacemos es susurrar al oído del niño algunos comentarios acerca del discurso que se está dando. Rechazamos terminantemente cualquier otra conversación. Es entonces cuando las historias de las Escrituras que les relatamos comienzan a tener significado para ellos, y empiezan a desarrollar la capacidad de escuchar dejando a un lado los libros para colorear y otras distracciones.

Al planear las actividades apropiadas para el día domingo debemos tener en cuenta el amor que el Salvador tiene por los niños y su declaración de que tenemos que ser como niños para heredar el reino de los cielos. ¿Vio El las cualidades exuberantes de los niños, la energía, la curiosidad y el entusiasmo como características que debían ser simplemente toleradas? ¿O más bien las vio como atributos divinos que debían ser encauzados? Teniendo en cuenta la visión del Salvador, podemos tener como claves, para ayudar a nuestros hijos a que descubran y compartan el gozo del día de reposo, actividades apropiadas, establecimiento de metas, y pasar momentos inolvidables en la familia.

El aguijón que punza, que se clava la carne, que hiere, cambia a menudo vidas que parecían desprovistas de significado y esperanza; este cambio llega a través de un proceso de refinamiento que a veces parece cruel y duro. De esta manera el alma puede llegar a ser como suave arcilla en las manos del Maestro para modelar una vida de fe, valor, belleza y fortaleza. A algunos, el fuego purificador les hace perder la creencia y la fe en Dios; pero aquellos con perspectivas eternas comprenden que tal purificación es parte del proceso de perfeccionamiento.

Elder James E. Faust

por JoAnn Jolley

Llamada a servir

Barbara Bradshaw Smith se mueve gentilmente entre las hermanas de la Iglesia, intercambiando saludos y abrazos cariñosos con mujeres de todo el mundo que la reconocen como Presidenta de un millón y medio de hermanas de la Sociedad de Socorro. No es raro que éstas se sientan atraídas por su decoro y dulce personalidad.

No todas las mujeres tendrán la oportunidad de conocer a la hermana Smith, aunque a ella le gustaría que así fuera.

Barbara tiene un profundo interés por las mujeres de la Iglesia, dice su esposo con satisfación; y es él quien reconoce una de las mayores cualidades de su esposa cuando comenta: *Uno de nuestros hijos ha dicho que cuando la llaman a ser-*

vir, toda la familia debería ser apartada con ella, porque todos estamos embarcados en el mismo servicio. Todos somos parte de lo que Barbara hace. En una forma u otra toda la familia, hijos, nietos, vecinos, amigos, y todos los que se relacionan con nosotros, terminan tomando parte activa en su llamamiento; y lo hacemos gustosos, en la misma forma en que ella nos ha apoyado y ayudado en los nuestros. Somos una familia muy unida.

La hermana Smith piensa que la Sociedad de Socorro, al igual que su familia, cumple su propósito principal cuando *aprendemos a apreciar las bendiciones del Señor, a sonreír, a dedicarnos tiempo unos a otros, y a regocijarnos en este corto período que tenemos en la vida mortal. Debe ser un tiempo para servir y para regocijarnos, con el Espíritu de Dios a nuestro alrededor; y si lo permitimos, El nos acompañará.*

El Señor siempre me ha bendecido, dice. *No he tenido una vida negativa; ha sido una experiencia maravillosa y placentera. Claro que he tenido problemas, pero he sentido siempre que el Señor me ama y me ayudará a resolverlos.*

Su hija, Catherine Faulkner, dice: *Sus múltiples proyectos nunca fueron un problema para ella; a decir verdad, siempre nos hizo sentir parte de esas experiencias.*

Es una persona muy accesible, comenta la hermana Mayola R. Miltenberger, secretaria-tesorera general de la Sociedad de Socorro. *Todos aquellos que van a verla se sienten bienvenidos.*

La hermana Marian R. Boyer, Primera Consejera en la presidencia de la Sociedad de Socorro, agrega: *La he visto llegar tarde a reuniones importantes a causa de su interés por el bienestar de otros.*

La hermana Shirley W. Thomas, Segunda Consejera en la presidencia, dice: *Es siempre muy gentil; las personas la buscan para conocerla mejor y encontrar en ella fortaleza para su propia vida.*

Todo comienza en el hogar:

Nunca está demasiado ocupada para dedicarse a su familia, dice su hija Sherilynn Alba, la menor de los siete hijos del matrimonio Smith, actualmente casada y con dos hijos. *Así era cuando estábamos creciendo, y es así hoy día. Siempre que la necesitamos, está presente. No puedo imaginarme el no tenerla para buscar su opinión y sus consejos.*

Tiene un verdadero don para percibir las cosas buenas, dice otra de sus hijas, Lillian Alldredge. *Cuando yo era pequeña, me llevaba a todas partes con ella, y me hablaba, y yo me sentía útil e importante.* (Su interés y su preocupación por sus nietos es igual.) *El otro día,* agrega, *les pregunté a mis hijos (el mayor tiene 14 años), qué dirían de la abuela Smith si les pidieran un breve comentario acerca de ella; y me contestaron: "Se toma el tiempo necesario para estar con nosotros."*

El tiempo es muy valioso para la presidenta general de la Sociedad de Socorro porque tiene muchas cosas que hacer. Aún así, se esfuerza para poder incluir entre sus actividades reuniones familiares, viajes al templo, fiestas de cumpleaños para los nietos e invitaciones de sus hijos para comer con ellos.

Nos ayudamos los unos a los otros, dice el hermano Smith. *Si uno tiene un problema, todos lo compartimos; si alguno logra un triunfo, es como si todos lo lográramos; cuando alguno de nosotros recibe un llamamiento, los demás compartimos la responsabilidad dentro de lo apropiado.*

El esposo de la hermana Smith, con quien está casada desde hace

"Barbara, he venido a llamarla para que sirva como Presidenta de la Sociedad de Socorro de la Iglesia."

casi cuarenta años, sirve actualmente como Representante Regional de la Iglesia, y describe cómo se han ayudado mutuamente a través de los años compartiendo responsabilidades eclesiásticas y cívicas de gran importancia. Cuando ella fue llamada a servir en la Sociedad de Socorro, recibió inmediatamente el apoyo de su marido.

El presidente Kimball vino a nuestro hogar y le dijo: "Barbara, he venido a llamarla para que sirva como Presidenta de la Sociedad de Socorro de la Iglesia". Luego se volvió hacia mí y me dijo: "¿Douglas, apoya usted a su esposa en este llamamiento?" En ese momento sentí que el Presidente de la Iglesia me estaba haciendo un llamamiento, el de apoyar a mi esposa. Ese era mi cargo. Le dije al presidente Kimball que Barbara me había apoyado en mis llamamientos durante treinta y cinco años y que sería un honor para mí apoyarla en ése tan importante; y esto he tratado de hacer.

La mayoría de las mujeres de la Iglesia han escuchado o leído los discursos de la hermana Smith, y han observado la manera práctica y amable en que se desenvuelve al dirigir una charla fogonera o al hacer algún comentario a la prensa. Obviamente es una persona que inspira respeto; pero es cuando expresa con convicción sus sentimientos ante una pequeña congregación que uno siente su ternura y amor. Cuando toma la mano de una de las hermanas entre las suyas y le dice: "Es un placer para mí conocerla", aquella hermana sabe que lo que le ha dicho es cierto. Es muy fácil querer a Barbara Smith. Su hija Lilian dice:

Nos enseñó a dejar una habitación o un lugar en mejores condiciones que cuando lo encontramos, y

su actitud hacia las personas es igual.

La hermana Smith tiene hondas convicciones con respecto a la Sociedad de Socorro y a las mujeres en general. A continuación aparecen algunos de sus comentarios acerca de varios aspectos de interés para las mujeres Santos de los Ultimos Días en todo el mundo.

La reorganización de la mesa directiva de la Sociedad de Socorro de estaca

"Hemos cambiado algunas de las responsabilidades de la mesa directiva de estaca para que las consejeras tengan a su cargo los programas de la Sociedad de Socorro, y la presidencia pueda dedicarse directamente a las hermanas sobre quienes preside. Esperamos que este cambio fortalezca a las hermanas miembros de la Sociedad de Socorro. El enfoque se ha ensanchado para dar mayor ímpetu al trabajo de la Sociedad de Socorro. Se ha asignado a las hermanas miembros de la mesa directiva para que supervisen muchos aspectos que anteriormente eran responsabilidad de la presidenta. Todas las personas en la mesa trabajan directamente con uno de los aspectos de interés: 1) activación y obra misional, 2) cursos de estudio y programa de desarrollo de la maestra, 3) ciencia del hogar y la guardería, 4) capacitación de líderes, 5) música y recreación, 6) adultos solteros y transición, 7) bienestar, 8) maestras visitantes y servicio caritativo. Los barrios están siguiendo el mismo patrón, y eso nos complace mucho. Si tenemos más personas trabajando con los mismos fines obtendremos mejores resultados."

El potencial de la Sociedad de Socorro.

"Creo que ninguna de nosotras realmente se da cuenta de la organización tan maravillosa que es la Sociedad de Socorro. Una de las razones por las que el Señor nos la ha dado es para que podamos adquirir el conocimiento y la inteligencia necesarios para comportarnos apropiadamente en estos días. Y no es solamente el conocimiento que se adquiere por medio del aprendizaje académico, sino el que obtenemos cuando el Espíritu nos guía. Estamos en las fases preliminares. Tenemos buenos cimientos porque en el pasado hemos tenido mujeres buenas y fuertes. Nuestra gran responsabilidad hoy día es obtener conocimiento para poder recibir las bendiciones del cielo."

Los principios del evangelio

"No hay nada que me gustaría inculcar más en las mujeres de la Iglesia que la importancia de aprender todos los principios del evangelio para que los aplicaran a sus propias circunstancias. El Señor no nos ha dado diferentes Escrituras, unas para las personas solteras y otras para las casadas. Sin embargo, muchas veces una persona soltera dice: '¿Por qué no tenemos lecciones que se apliquen más a nosotras?' Pero la aplicabilidad no puede ser más para unos que para otros. *Todas* tenemos que aplicar a nuestras propias circunstancias los principios del evangelio. Este es un precepto universal. Lo triste es que nos limitamos a nosotras mismas con nuestra falta de comprensión en lugar de decir: '¿Por qué no aplicas *tú* ese principio a mis necesidades?, podríamos decir: '¿Cómo puedo *yo* aplicar este principio en mi vida?' El Señor quiere que aprendamos a aplicar estos principios en todo lo que hacemos."

Las Mujeres Jóvenes que empiezan a asistir a la Sociedad de Socorro

"Quiero que ellas sepan lo maravillosa que es la Sociedad de Socorro. Sé que algunas nunca han tenido

ningún contacto con esta organización, pero espero que dediquen el tiempo necesario para descubrir la gran fortaleza de las mujeres mayores y que también se den cuenta de que pueden aportar mucho a esta sociedad. Pertenecerán a ella por el resto de su vida; no es un llamamiento pasajero, sino que es una organización que el Señor ha creado para fortalecerlas. Pueden sacar todo el provecho que quieran de la Sociedad de Socorro, y además pueden dar mucho de sí.

Si me preguntaran qué puedo decir a las líderes acerca de estas jovencitas, les diría que deben darles responsabilidades inmediatamente. Deben llamarlas para trabajar en diferentes puestos; necesitan aprender y tienen mucho que dar. Ya puedo ver a nuestras jóvenes trabajando en las presidencias, o como maestras, o formando parte de comités. Puedo verlas convirtiéndose en miembros útiles de la gran hermandad de la Iglesia."

La Sociedad de Socorro y la obra misional

"Varios presidentes de misión, así como líderes del sacerdocio y de la Sociedad de Socorro, me han dicho que si ésta no incluye en sus actividades a las nuevas hermanas cuando están investigando la Iglesia o cuando son recién bautizadas y les brinda todo lo que tiene que ofrecer, a menudo ellas se retiran. Pero si la Sociedad se interesa por estas hermanas y las tiene en cuenta en todo lo que hace, ellas adquieren la habilidad de fortalecer a sus familias, y recibirán la estabilidad que necesitan durante este período en que se están acostumbrando a todas las cosas nuevas que van a ir formando parte de su vida. Casi nunca se retiran de la Iglesia si han sentido el cariño y el interés de la Sociedad de Socorro.

"Si la Sociedad de Socorro se interesa por estas hermanas y las tiene en cuenta en todo lo que hace, adquirirán la habilidad para fortalecer a sus familias, y recibirán la estabilidad que necesitan durante este período en que se están acostumbrando a todas las cosas nuevas que van a ir formando parte de su vida."

El hogar como fuente de inspiración para hacer lo bueno

"Todo lo que se lleva a cabo en el hogar hace que éste sea una fuente de inspiración para hacer lo bueno; es allí donde opera el sacerdocio, donde los niños reciben buenos ejemplos, donde empieza el servicio caritativo, y donde se aprenden y se viven todos los principios del evangelio. El hogar nos ayuda a desarrollar y a progresar, a desechar lo malo; y nos da el poder para obtener las bendiciones eternas."

Las malas influencias en el mundo de hoy

"Creo que el mayor mal a que nos enfrentamos son los esfuerzos para destruir el hogar, ya sea por medio del divorcio, del maltrato de los niños, de la inmoralidad y la depresión. Todas estas cosas amenazan con destruir el hogar y minan el autorrespeto. Debemos fortalecer el hogar para que no sucedan todas estas cosas. Los hogares en los que los padres están separados o divorciados privan a los hijos de una de las fuentes de fortaleza más importantes para un individuo: el ejemplo del esposo y la esposa trabajando en unión.

La Sociedad de Socorro trabajando con el sacerdocio

"Los dos necesitan comprender que la otra organización tiene puntos fuertes, responsabilidades especiales y un propósito importante en esta Iglesia organizada por Dios. Deben esforzarse por hacer resaltar mutuamente aquellas cosas que traerán mayores bendiciones para todos. Por ejemplo, yo creo que el sacerdocio necesita el apoyo de la Sociedad de Socorro para poder tener éxito; debemos orar por los líderes del sacerdocio, y debemos estar siempre dispuestas a ayudarlos en lo que sea necesario. Eso es especialmente significativo cuando prestamos servicio caritativo. Las mujeres tenemos muchas oportunidades de ser caritativas, y cuando ponemos esto en práctica estamos apoyando al sacerdocio. Quisiera ver esto más a menudo."

Seamos "guardianas de nuestras hermanas"

"Una buena forma de servirnos unas a otras es buscar las buenas cualidades en lugar de las faltas (véase D. y C. 88:124). De esa manera podemos ayudar a todas a ser mejores. La sociedad actual es egocentrista y hay una tendencia a encontrar defectos en todas las personas. Me gustaría que esa actitud desapareciera y, en cambio, escuchar que todos dijéramos: "Usted es especial".

La caridad, el amor puro de Cristo

"Caridad no es solamente hechos o palabras; es también la motivación para hacer estas cosas. Creo que Jesucristo nos ayuda a comprender el significado de hacer lo bueno; y cuando comprendemos por qué debemos tratar de reconocer las necesidades de otros y ayudarlos, nos elevamos un poquito de lo mediocre. Cuando tratamos de ser caritativos estamos tratando de asemejarnos al Salvador. Creo que la caridad empieza a cimentarse cuando servimos a los demás y nuestras obras son una bendición para ellos."

Las oraciones de la presidencia por las hermanas de la Iglesia

"No se puede orar por las hermanas todos los días sin sentir un gran amor por ellas. Pido al Señor que bendiga a todas las hermanas; que se unifiquen y que comprendan que la Sociedad de Socorro existe para ayudarles y para ofrecerles todas las oportunidades que necesitan para su desarrollo personal. Sobre todo, es mi oración que puedan amarse las unas a las otras."

La Sociedad de Socorro me ayuda a progresar

por Patricia W. Higbee

Tal vez hubiera continuado disfrutando de la Sociedad de Socorro sin darme cuenta de la forma en que me ha ayudado, si no hubiera sido por lo que sucedió una mañana fea y gris y por un comentario perspicaz que hizo mi hijita.

Al lavar los platos aquella mañana, miré hacia afuera por la ventana de la cocina. El cielo estaba cubierto de nubes oscuras y empezaba a nevar. Normalmente, un día así me hubiera hecho sentir triste; sin embargo, recordé las palabras de un himno favorito y comencé a tararear. Desde la mesa mi hija me dijo:

—¡Hoy debe ser día de la Sociedad de Socorro!

—¿Cómo supiste? —le pregunté—. ¿Me viste leyendo el manual?

—No, mamita —rió al contestar—. Es que estás cantando.

—¿Cantando? ¿Qué tiene que ver que yo cante con el día de la Sociedad de Socorro? —le interrogué.

Me miró cautelosamente esperando mi reacción y me dijo:

—Los demás días estás de mal humor.

Tengo que admitir que la mañana no es la parte del día que me gusta más; sin embargo, espero que mi hijita haya exagerado al decir eso. Pero a pesar de su corta edad, se percató de que asistir a la Sociedad de Socorro me hace feliz. Eso me hizo pensar en *por qué* siento tanto entusiasmo con respecto a esta organización.

La hermandad y el servicio mutuo

La Sociedad de Socorro me ofrece disfrutar de una variedad de amistades. En las reuniones me complazco al conocer y aprender a apreciar a mujeres de toda edad, cuyo talento, inclinaciones políticas, historias, ideas y pasatiempos son muy distin-

tos de los míos. Al conocer mejor a estas hermanas, siento mayor deseo de servirles así como también a sus familias.

Ya que la Sociedad de Socorro enseña que el servir al prójimo es una de las razones principales de su existencia, mis propios sentimientos con respecto al servicio han mejorado. Por ejemplo, hace unos años un hermano de nuestro barrio me mencionó que su esposa y varios de los hijos tenían gripe. Me compadecí y le pregunté, a fuerza de hábito, si podía ayudarles en algo. Me sorprendió cuando me respondió:

—Sí, puede traernos la cena mañana por la noche.

El día siguiente me lo pasé quejándome de que estaba desperdiciando mi tiempo al preparar una comida que el hermano mismo, estando bien de salud, podía preparar. ¡Qué contraste tan grande entre el sentirme así y el gozo que tuve hace poco mientras preparaba la cena para la familia de una hermana que estaba en proceso de recuperarse de una operación!

¿Qué sucedió entre estas dos experiencias que me hizo cambiar de actitud? Las lecciones de la Sociedad de Socorro con respecto al servicio caritativo me han ayudado; pero el ejemplo del servicio que prestan de buen grado las hermanas del barrio ha sido de mayor influencia. Hay tantas hermanas interesadas en servir que en ciertos momentos parece que hay que esperar turno.

La Sociedad de Socorro me da la oportunidad de mejorar los talentos que ya tengo, descubrir otros nuevos y aun de aprender a hacer cosas para las cuales demuestro muy poca aptitud. Por ejemplo, sentí gran satisfacción recientemente cuando alguien citó las palabras de Brigham Young: "Dejad que las prendas que adornan vuestra persona sean obra de vuestras manos." (*Discourses of Brigham Young*, Salt Lake City, Deseret Book Co., 1977, pág. 214.) Ahora siento placer al coser ropa para mis hijos y para mí misma, aun cuando de joven no me gustaba hacerlo y nunca tuve talento para ello. Muchas de las habilidades que he desarrollado son resultado de las demostraciones que he presenciado en la Sociedad de Socorro.

No sé cantar; de hecho, cuando yo era jovencita, una de mis amigas dejaba de cantar cuando nos sentábamos juntas en la capilla, para que todos supieran que quien desafinaba era yo. Pero una vez, en un barrio se necesitó mi colaboración para tomar parte en un pequeño coro que iba a cantar en una reunión de preparación de la estaca. Al cantar aquel día, me di cuenta por primera vez de lo que significa entonar loas al Señor. Aunque todavía no canto bien, como resultado de las prácticas que se llevan a cabo en la Sociedad de Socorro, he sentido una felicidad que tal vez nunca hubiera conocido.

Muchas de las cosas que hacemos con nuestros hijos y que tienen éxito son resultado de ideas que otras hermanas han expresado en la Sociedad de Socorro. Por ejemplo, una contó que había criado a su familia durante años muy difíciles económicamente. Tuvieron que trabajar en el huerto para cultivar suficientes verduras para la familia, pero al mismo tiempo entretenía y enseña-

ba a sus hijos por horas contándoles historias relacionadas con el evangelio. Leía el Libro de Mormón, la Biblia, u otros libros de la Iglesia por la noche, y el próximo día podía narrarles las historias detalladamente. Sus esfuerzos alimentaron en sus hijos un gran amor hacia el evangelio y, al mismo tiempo, aprendieron a amar el trabajo. Ahora nosotros también relatamos historias relacionadas con el evangelio mientras trabajamos, pasamos algunos breves momentos especiales juntos, o mientras viajamos.

La espiritualidad fortalecida

Tal vez haya otros grupos en los cuales pudiera disfrutar de hermandad, desarrollar mi femineidad y mis talentos, así como aprender. Sin embargo, para mí hay una esfera final de influencia con la que ningún otro grupo puede compararse a la Sociedad de Socorro: el ahínco espiritual.

Cuando me fui a estudiar lejos de mi hogar, siendo aún una jovencita, y me enteré de que la Sociedad de Socorro se llevaba a cabo el domingo por las mañanas, rehusé participar creyendo que era sólo para mujeres mayores. Sin embargo, antes de que terminara el ciclo escolar, lo que más extrañaba cuando iba a visitar a mi familia era la espiritualidad que sentía al asistir a la Sociedad de Socorro. Aprendí a ayunar y a orar y a sentirme cerca del Señor, especialmente al preparar mis lecciones.

Ahora, cuando no estoy en armonía con el Señor, recuerdo aquellos días y siento consuelo al saber que puedo acercarme a El nuevamente si procuro hacerlo. La Sociedad de Socorro está organizada, planeada y se lleva a cabo por medio de la inspiración. Mi asistencia semanal me ayuda a vivir las leyes de Dios y a recibir su ayuda.

Hace algunos años tuve una conversación que influyó en mí para que me comprometiera a ser fiel en mi asistencia a la Sociedad de Socorro. Acababa de dejar mi breve carrera de maestra y estaba disfrutando de quedarme en casa. Mi amiga me preguntó:

—Si no regresas a tu trabajo, ¿no crees que estarás desperdiciando todos tus estudios?

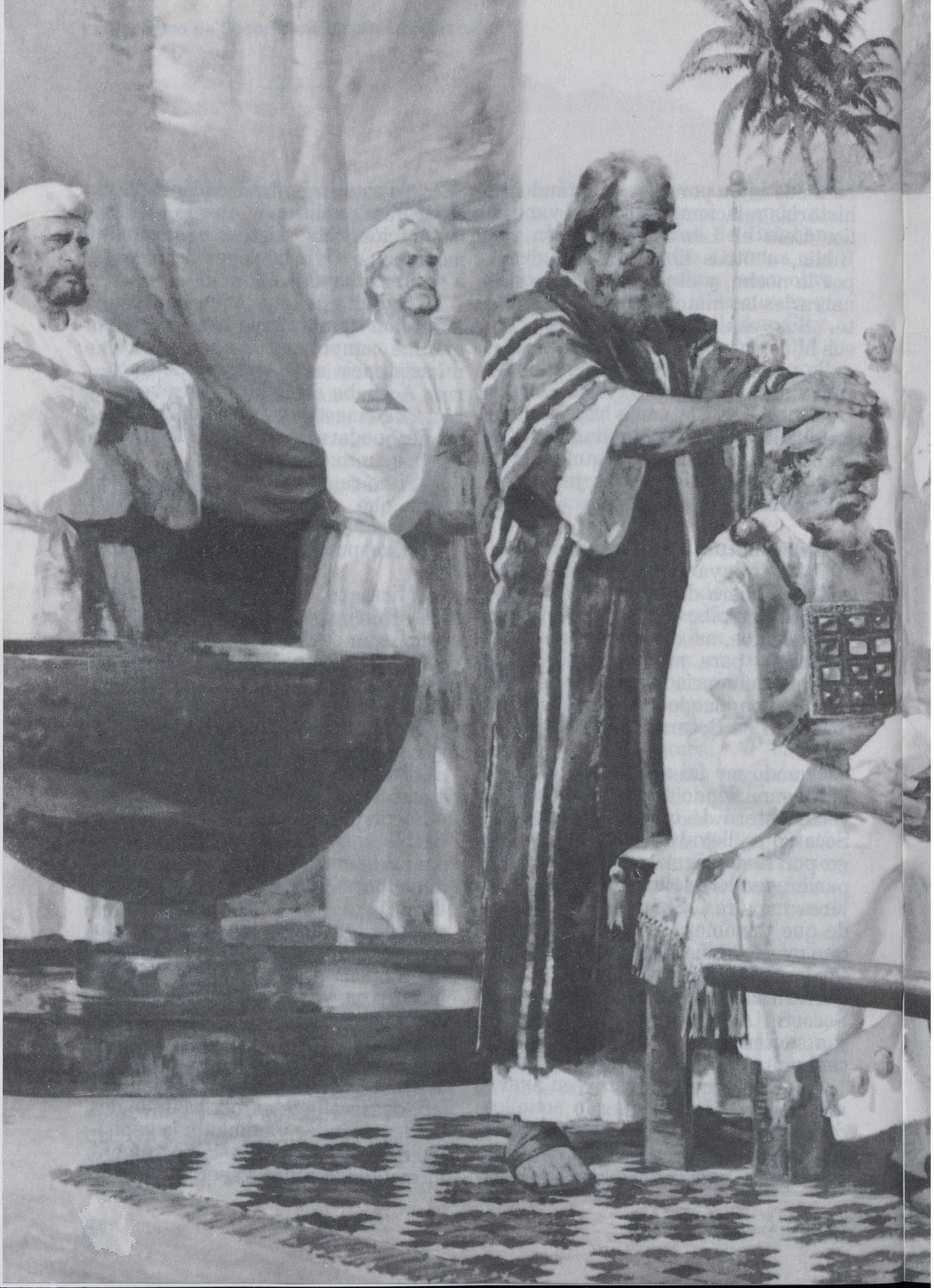
Mis respuestas no la convencieron.

—Mira, te conozco —me insistió—. A ti no te gusta cocinar ni coser. Aun de joven nunca te gustó cuidar niños como a las demás. Eres una buena estudiante y te gusta la actividad. Te gusta estar con la gente. Te aburrirás después de pasar algunos años dedicándote a la casa.

—Bueno —le respondí con un aire de suficiencia—, tengo la Sociedad de Socorro.

—No me puedes decir que una reunión semanal te dará lo que necesitas fuera del hogar —protestó ella.

Desde entonces he descubierto que ambas tuvimos razón durante aquella plática. Me ha sido más difícil de lo que yo había pensado sentirme contenta en el hogar; pero el pertenecer a una organización que fomenta la hermandad y el deseo de prestar servicio, estimula la femineidad, desarrolla talentos, incita el deseo de aprender y aumenta la espiritualidad, me hace feliz. Y ciertamente, me ayuda a progresar.



Aarón

por Victor Ludlow

La mayoría de los poseedores del Sacerdocio Aarónico no saben que hace mucho tiempo Aarón y su hermano Moisés establecieron uno de los más grandes modelos de liderazgo en el sacerdocio. Es cierto que la mayoría de las veces las funciones sacerdotales de Aarón fueron eclipsadas por las experiencias proféticas de su hermano más joven. Moisés sacó a Israel de la servidumbre y estableció la dispensación mosaica; sin embargo, Aarón rindió un servicio tan hermoso a Dios que una parte del Sacerdocio del Señor lleva su nombre.

Hace un cuarto de siglo que yo recibí el Sacerdocio Aarónico. Desde entonces, he intentado aprender y aplicar los mismos principios de liderazgo del sacerdocio que Aarón practicó en forma tan perfecta. En mi memoria hay grabados diez principios en particular:

1. Aceptar a Dios. Cuando niño, Aarón vio cómo su hermano menor, Moisés, era milagrosamente salvado de la muerte y luego elevado a una posición de realeza y lujo antes de escapar de Egipto. Aarón permaneció en la esclavitud, lo cual habría

sido fácil motivo para volverse en contra de Dios y la religión hebrea; pero, por el contrario, él se acercó más al Señor. No existe un registro que diga cómo obtuvo su testimonio; sin embargo, cuando tenía ochenta años, "Jehová dijo a Aarón: Vé a recibir a Moisés al desierto. Y él fue" (Exodo 4:27). La fe que tenía en Dios le fortaleció para sobrellevar las grandes dificultades que él y Moisés tuvieron que enfrentar.

Irónicamente, los primeros problemas fueron causados por su propio pueblo. El Señor dio poder a Moisés para realizar milagros que ayudaran a convencer al pueblo de que él era su libertador (véase Exodo 4:1-9); estas señales, junto con el testimonio de Aarón, convencieron a los israelitas de que debían permitir que ambos hermanos les representaran ante Faraón (véase Exodo 4:29-31). Pero cuando Faraón se enojó y aumentó la carga de trabajo al pueblo, los israelitas se volvieron contra ellos. Moisés expresó su pena y sus dudas al Señor (véase Exodo 5:20-23), pero no hay evidencias de que su fe ni la de Aarón se hayan debilitado.

Recuerdo algunos momentos en que mi propia fe fue puesta a prueba. Asistí a una escuela secundaria en el estado de Indiana, y los estudiantes que no eran miembros de la Iglesia constantemente ponían a prueba mis creencias. La situación llegó hasta el punto en que mi única defensa fue hacer lo que Moisés y Aarón hicieron, es decir, acercarme más al Señor. Me hice el razonamiento de que, ya que no se puede probar lo contrario, es evidente que Dios existe. Di también por sentado que El puede comunicarse conmigo y que lo haría. Con estas ideas, y con la fe de que el testimonio de mis padres tenía que fundamentarse en algo verdadero, oré fervientemente. Como consecuencia de toda esa intensa lucha, recibí mi propio testimonio de la existencia de Dios.

2. La formación del carácter. Un aspecto impresionante de la vida de Aarón fue la manera en que aceptó sin reservas a su hermano menor como profeta. Moisés nunca había sido un esclavo hebreo; además, había vivido cuarenta años fuera de Egipto. Por motivo de su edad y experiencia, Aarón pudo haberse considerado muy superior para sacar a los hebreos de la cautividad; sin embargo, aceptó a su hermano desde el principio como Profeta del Señor. Cualquier hombre habría dejado que la amargura y los celos le pusieran en contra del profeta, pero esto no sucedió con Aarón.

El enfrentó un sinnúmero de tentaciones al respecto. Quizás conociera las profecías de José, el hijo de Jacob, quien había profetizado que habría un vidente llamado Moisés que sería criado por la hija del rey. No se conoce ninguna promesa profética ni bendición patriarcal especial de Aarón que haya quedado registrada; hubiera sido fácil dejarse consumir por la indiferencia y los celos; sin embargo, continuamente estuvo mejorando su vida y su carácter, hasta que él mismo representó al Señor como un gran siervo suyo.

Recuerdo haber tenido esa misma mezcla de sentimientos, en escala mucho menor, siendo maestro en un barrio de Provo. Cuando se relevó de su cargo al presidente del quórum de élderes, pensé que yo sería la persona adecuada para ocupar tal posición. Sin embargo, se llamó a

otro joven para el puesto. No puse en tela de juicio su capacidad ni su dignidad, sino que medité en cuanto a mí mismo, analizando mi dignidad y preparación, ¿era yo la persona que debía ser? Resolví mantener mi vida siempre en orden y mejorar, a fin de estar listo para cualquier llamamiento eclesiástico que me pudieran ofrecer.

Como Santos de los Ultimos Días, deberíamos ser lo suficientemente sensibles para reconocer nuestras debilidades, y para poder superarlas antes de que ellas sean más fuertes que nosotros. Aarón nos dio el ejemplo.

3. Ejercicio correcto de la autoridad. Los poseedores del sacerdocio tenemos un doble desafío al tener que establecer armonía entre el orgullo y la humildad que sentimos como tales. Como individuos debemos mantener un equilibrio entre el orgullo que debemos sentir por ser hijos de Dios y la humildad que debemos tener como seres mortales llenos de debilidades. De la misma manera, como poseedores del sacerdocio, debemos ser capaces de ejercer esta autoridad sin dejar que nos domine la tentación de aspirar a oficios más altos.

En esto Aarón nos da también un ejemplo. No existe ninguna evidencia de que él haya aspirado a tener el oficio profético que su hermano tenía; por otra parte, tampoco fue débil ni pasivo al recibir esa autoridad. Cuando se le mandó hablar al Faraón en nombre de Moisés, él asumió su responsabilidad y actuó dentro de su llamamiento (véanse Exodo 4:30; 5:1-4; 6:13; 7:1-2, 6-10, 19-20; 8:5-6, 16-17; 10:3; 11:10).

Aarón no cumplió con su liderazgo cuando se le dejó a cargo de los israelitas en el Monte de Sinaí. Mientras su hermano estaba en la cumbre del monte, él perdió el control sobre el pueblo, que insistió en que debía hacerle un becerro de oro (véanse Exodo 24:14; 32:19-24). Sin embargo, luego que Moisés los reprendió, Aarón y los levitas mataron a todos aquellos que rehusaron seguir al Señor (véase Exodo 32:26-29). Después de eso, a menudo tuvo que soportar las murmuraciones de los israelitas, pero nunca más les permitió sublevarse.

Las experiencias que él tuvo en el Monte de Sinaí me recuerdan de experiencias similares que tuve como líder de grupo en un pelotón de soldados del ejército en California.

Nuestro pelotón se estaba preparando para tener una inspección especial, y luego de asear los cuarteles, los hombres salieron para limpiar su equipo. El sargento nos llamó a los cuatro líderes de grupo y nos condujo al cuartel para mostrarnos algunas tareas que aún quedaban por hacer; luego me pidió que llamara a algunos de mis hombres para completar el trabajo, así que abrí una de las ventanas y llamé a tres de ellos:

—¡El sargento Carrington desea que vengan a terminar un trabajo! — les dije.

Cuando me volví, él me preguntó:

—¿Qué les dijo a sus hombres?

—Les dije que usted quería que vinieran a terminar un trabajo.

El entonces me dijo:

—¡No!, le dije que *usted* les diera órdenes a sus hombres de terminar ese trabajo. Así que ya sabe lo que tiene que hacer.

En el lenguaje militar del sargen-

to, la expresión "ya sabe lo que tiene que hacer" significaba hacer cien veces un ejercicio físico determinado, que era muy cansador.

Me sentí frustrado y avergonzado; pero luego de algunas horas, comencé a apreciar lo que me había enseñado. Yo era el líder del grupo y tenía la autoridad para mandarlos al cuartel a hacer sus tareas; en cambio, había puesto por delante el nombre del sargento como símbolo de autoridad y para impresionar a los hombres a fin de que hicieran su trabajo.

En Doctrina y Convenios, sección 58, versículos 26 al 28, aprendemos que no debemos ser mandados en todas las cosas sino que debemos "hacer muchas cosas de . . . propia voluntad". Debemos honrar nuestros llamamientos haciendo uso de nuestro propio libre albedrío y nuestro propio valor, en vez de escudarnos en la autoridad de otras personas para que nos den su apoyo o nos ayuden a resolver nuestros problemas.

4. El desarrollo de talentos. Al honrar Aarón el llamamiento que había recibido para hablar al pueblo de Israel y a Faraón, desarrolló los talentos y los dones espirituales que necesitaba para cumplir con su mayordomía. Por ejemplo, aprendió cómo recibir revelaciones (véanse Exodo 12:1; Levítico 10:8; 11:1; 13:1; Números 18:1), y finalmente vio a Dios en el Monte de Sinaí (véanse Exodo 19:24; 24:9-10). El desarrolló tan bien sus talentos que se dio su nombre a un importante don espiritual, el "don de Aarón". En esta dispensación se le prometió a Oliverio Cowdery que recibiría este don (véase D. y C. 8:6-11).

Aarón fue el portavoz de Moisés, tal como éste fue el Profeta o portavoz del Señor. Como portavoz de Moisés y del Señor, Aarón era el responsable de comunicar los mensajes del Señor y de enseñar a los israelitas (véanse Levítico 10:11; Deuteronomio 33:10). Muchos profetas, incluyendo a Moisés y Enoc, tuvieron temor de sus llamamientos y les preocupaba su posible falta de habilidad para transmitir el mensaje en forma adecuada. Un profeta no sólo tiene que entender la palabra de Dios, sino que tiene que saber comunicarla a los demás. El talento para expresarse que tenía Aarón le permitió cumplir con esta tremenda responsabilidad.

5. La fortaleza para soportar contrariedades. Aarón experimentó muchos contratiempos durante su ministerio. Fue testigo de la iniquidad de los israelitas cuando adoraron el becerro de oro, y más tarde vio morir a miles de ellos por motivo de plagas y castigos divinos (véanse Números 11, 14, 16); y sufrió tragedias y contratiempos personales. A dos de sus cuatro hijos los mató un fuego enviado por el Señor (véase Levítico 10:1-2), y su hermana fue atacada por la lepra (véase Números 12:10). Al pasar por todas estas pruebas, él "calló" (véase Levítico 10:3) y pidió perdón por sus propias debilidades (véase Números 12:11). En una oportunidad, los israelitas le acusaron de que se estaba tomando demasiada autoridad (véase Números 16:3); en otra, tanto él como Moisés fueron castigados por no haber dado ante el pueblo de Israel el debido crédito al Señor cuando El hizo salir agua de la roca; se les dijo que el castigo sería que

no entrarían en la Tierra Prometida con los israelitas (véase Números 20:12-20). Su vida estuvo llena de frustraciones y de recompensas tardías. Pero en vez de debilitarse, enojarse y volverse en contra del Señor, Aarón se convirtió en un líder más fuerte y finalmente cumplió con su mayordomía.

Tal como él, muchos de nosotros debemos aprender a mantener la fe en la justicia de Dios y vivir en forma digna, a fin de ser merecedores de bendiciones de las cuales ni siquiera sospechamos. Recuerdo a un buen muchacho de Alemania, a quien yo y mi compañero enseñamos diligentemente, ayunando y orando por él. Desde el comienzo sus padres le negaron el permiso para ser bautizado, y más tarde perdió interés en la Iglesia; sin embargo, quince años después, luego del rompimiento de su matrimonio, entró nuevamente en contacto con la Iglesia; y cuando por motivo de negocios tuvo que viajar a Chicago, dedicó tiempo para ir a Salt Lake City, donde tuve el inmenso placer de bautizarlo.

6. El cumplimiento de la mayordomía. El llamamiento de Aarón requería que cumpliera asignaciones meticulosamente detalladas, especialmente en lo que tenía que ver con el tabernáculo (véanse Exodo 28, 39) y el llevar a cabo los variados sacrificios (véase Levítico 5-7).

El capítulo diez de Levítico registra un episodio en el cual dos de los hijos de Aarón hicieron algo indebido, ofreciendo "fuego extraño" en el altar del tabernáculo y fueron muertos por el Señor. Aparentemente habían estado bebiendo más de la cuenta, ya que más tarde el Señor les mandó a Aarón, sus hijos, y las generaciones de sacerdotes levitas que les seguirían a abstenerse de bebidas alcohólicas mientras oficiaran en el tabernáculo o enseñaran (véanse los versículos 8-11). A la muerte de sus dos hijos, se les mandó a Aarón y a sus dos hijos restantes que no mostraran compunción y que no participaran de los servicios fúnebres (véanse los versículos 6, 7). También se les mandó que comieran el resto de los sacrificios de carne que quedaron sobre el altar (véanse los versículos 12-15). Aarón y sus hijos cumplieron al pie de la letra estos estrictos mandamientos.

Actualmente, aquellos que sirven en el Sacerdocio Aarónico aprenden procedimientos precisos para bendecir y repartir la Santa Cena, llevar a cabo el bautismo y otras ordenanzas. Como poseedor del Sacerdocio Aarónico y más tarde como líder en sus programas, llegué a apreciar la necesidad de hacer todas estas sagradas ordenanzas en forma correcta y precisa, tal como nuestros líderes lo han estipulado, aun cuando no comprendamos el porqué de ciertos procedimientos.

7. El servicio que se brinda. Aarón dedicó cuarenta años de su vida, talentos y energías al servicio del sacerdocio. Las principales responsabilidades que él dirigía eran las siguientes:

a. Adoración en el tabernáculo (véanse Levítico 24:5-9; Exodo 30:7-8, 30).
b. Juzgar ciertos casos (Levítico 13, 14).
c. Cuidar de los artefactos y utensilios del tabernáculo, especialmente del arca del convenio (Números 4:5-20).

d. Lavamientos o bautismos (Exodo 40:12).
e. Sacrificios y ofrendas (Levítico 6:12; 15-22; Exodo 29:38-44).
f. Enseñanza de la ley y los convenios (Levítico 10:9-11).
g. Cuidar del tabernáculo, incluyendo su transportación (Números 3:5-10, 23-27).
h. Tocar las trompetas de plata en señal de guerra o celebraciones religiosas (Números 10:1-8).

Al leer las Escrituras podemos darnos una idea del tiempo y el esfuerzo que debe de haber puesto Aarón, a través de los años, para cumplir con estas responsabilidades. En ninguna parte aparece registrado que él se haya quejado del trabajo excesivo, de tener demasiados llamamientos, o de que necesitara más tiempo para disfrutar de otras cosas. Trabajó cada minuto de su vida para el reino de Dios hasta el día de su muerte.

Me avergüenzo de pensar en las veces que vacilé en pasar algo de tiempo extra y esforzarme un poco más con los diecisiete maestros de mi barrio en Provo, durante la época en que fui el asesor del quórum. Es cierto, tenía una familia que estaba aumentando, un nuevo trabajo y otras responsabilidades, pero necesitaba que alguien me recordara la obligación que tenía para con aquellos jóvenes. A medida que los fui conociendo y estimando, sus problemas y contratiempos llegaron a ser como míos. Gradualmente me encontré sirviendo, no por obligación, sino por un verdadero espíritu de amor y preocupación.

Aarón supervisó un complejo sistema de ofrendas y sacrificios y actualmente también nosotros tenemos muchas oportunidades de sacrificarnos dando de nosotros mismos. Otras responsabilidades, la edad avanzada o nuestras ocupaciones diarias no deberían ser excusas para no servir al Señor y ayudarle a edificar el reino de Dios. Por más que sirvamos, nunca estaremos dando más de lo que nuestro Padre Celestial o el Salvador nos dan.

8. **La ayuda a los líderes.** A Moisés y Aarón se les nombra tantas veces juntos en las Escrituras que parece que eran inseparables. Recordemos que los primeros libros del Antiguo Testamento fueron escritos por Moisés; esto nos da una idea del tipo de apoyo fiel que Aarón representaba para su hermano. Moisés, líder de su dispensación y Profeta del Señor, debe de haberse sentido verdaderamente apoyado, no sólo por la presencia infalible de Aarón, sino también por su concienzudo servicio. Gracias a su diligente trabajo se completó un plan religioso para dirigir la vida de los israelitas. Esto no sólo les proveyó del debido ambiente religioso, sino que también alivió considerablemente a Moisés de otras preocupaciones de modo que pudiera concentrarse en aquellas responsabilidades que no podía delegar.

Los presbíteros en el Sacerdocio Aarónico pasan por dificultades similares a medida que se esfuerzan por apoyar al presidente de su quórum, que es el obispo; cuando ellos cumplen con su deber, éste dispone del tiempo para concentrar sus esfuerzos en otros problemas que necesitan su atención. También los consejeros y otros oficiales pueden aliviar al obispo de muchas preocupaciones y permitirle servir mejor como

"juez en Israel" y consejero espiritual del barrio.

9. El deber de instruir. Una responsabilidad importante que se le asignó al Sacerdocio Aarónico ha sido la de enseñar, exponer, exhortar, "e invitar a todos a venir a Cristo" (véanse Levítico 10:11; Deuteronomio 33:10; D. y C. 20:46-59). Aarón enseñó sus deberes a los sacerdotes y a los levitas y preparó a su hijo Eleazar para ser sumo sacerdote. A la muerte de Aarón, la transición se hizo sin ningún incidente, lo que demostró cuan bien preparados estaban estos hombres para continuar las funciones sacerdotales.

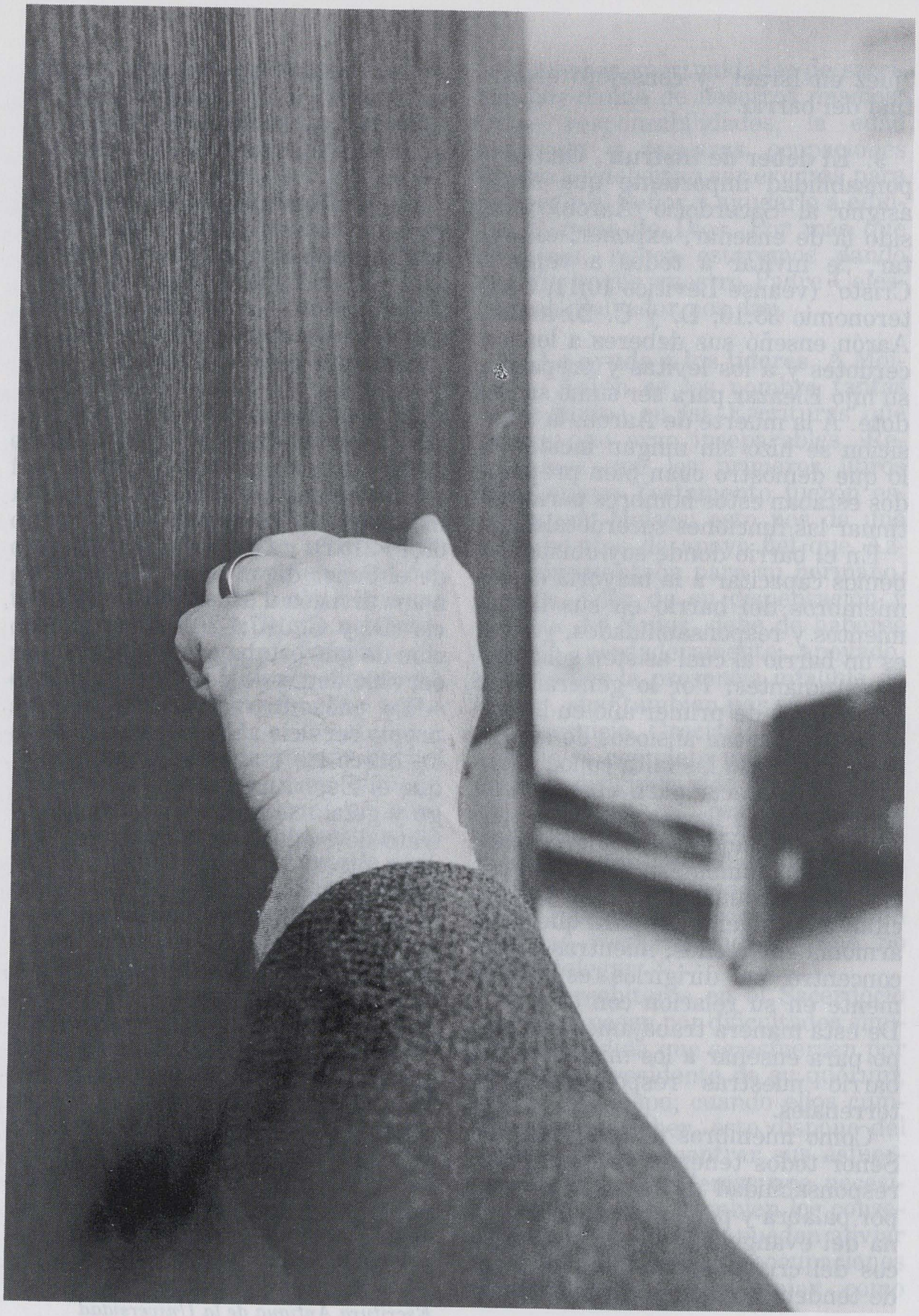
En el barrio donde soy obispo debemos capacitar a la mayoría de los miembros del barrio en sus llamamientos y responsabilidades, ya que es un barrio al cual asisten solamente estudiantes. Por lo general, son estudiantes de primer año en la universidad y están ansiosos de servir; pero a menudo les falta conocimiento y experiencia para cumplir con algunos de los llamamientos del barrio. Mis consejeros son líderes hábiles; ellos administran en forma eficaz los programas del barrio y capacitan a los miembros para que haya armonía entre ellos, mientras yo me concentro en dirigirlos espiritualmente en su relación con el Señor. De esta manera trabajamos en equipo para enseñar a los miembros del barrio nuestras responsabilidades terrenales.

Como miembros de la Iglesia del Señor todos tenemos la importante responsabilidad de enseñar a otros por palabra y por precepto la doctrina del evangelio y los valores básicos del cristianismo. En una época de tendencias mundanas y de desintegración familiar, debemos permanecer fieles a nuestros valores, de manera que podamos enseñar a otros a vivir como hijos de Dios.

10. Evaluación del progreso. El Señor reconoció el devoto servicio que rindió Aarón, no sólo durante la vida de éste, sino después también. Dios confirmó la autoridad del Sacerdocio de Aarón haciendo que su vara floreciera milagrosamente (véase 9:22-24). Le dio el sacerdocio a través de Moisés (Levítico 8:4-13), luego le prometió que su justa posteridad tendría el derecho para poseerlo para siempre. (Exodo 29:9; Números 18:1; Crónicas 23:13; D. y C. 68:16-21; D. y C. 84:26-27). Más tarde el Señor dio el nombre de Aarón a una división u orden de su sacerdocio (D. y C. 107:1-20), como indicación de que estaba complacido con el servicio dedicado de Aarón.

Yo encuentro difícil evaluar mi propio servicio al Señor; para hacerlo, busco las maneras sutiles en las que el Espíritu me inspira, me dirige y guía; examino mis bendiciones; trato de evaluar el servicio que rindo a otros; sin embargo, la mejor medida del servicio sacerdotal que brindo se refleja verdaderamente en mi familia. Si amo y honro el sacerdocio, mi familia estará más inclinada a hacer lo mismo. El ejemplo de Aarón nos muestra la forma excelente en que puede honrarse el sacerdocio, y él es un modelo para las futuras generaciones de poseedores del sacerdocio y sus familias. Si cumplimos con nuestro servicio de la manera eficaz y sincera con que lo hizo Aarón, tendremos la satisfacción de saber que estamos cumpliendo con nuestro deber.

Victor L. Ludlow, Profesor Adjunto de Escritura Antigua de la Universidad Brigham Young.



El regalo de Navidad

por Layne H. Dearden

Tres de los médicos internos ya me habían dicho que estaba bastante bien como para salir del hospital al día siguiente, que era el día antes de Nochebuena, y volver después de pasadas las fiestas. Estaba seguro de que el Dr. Sherman, jefe del personal de esa sección, me daría la confirmación de estas gratas nuevas cuando pasara al final del día haciendo su recorrido habitual. Finalmente apareció y se detuvo al lado de mi cama. Su examen fue rutinario, de hecho, demasiado rutinario.

—Estás bien, muy bien —me tranquilizó, y se volvió para salir de la habitación.

Pero no dijo ni una palabra acerca de mi salida del hospital para Navidad. Con temor le pregunté:

—Yo me iré mañana por unos días, ¿no es así?

Lo único que dejó ver su sorpresa fue la forma en que sus cejas grises se arquearon un poco más. Lentamente me contestó:

—Lo siento, hijo, pero no irás a ninguna parte, al menos por dos semanas más.

Su voz era amable, pero también firme y determinada. Quedé sin habla mientras él salía del cuarto. Lo único en lo que había estado pensando durante los últimos días ya no tendría lugar; mi esperanza había sido pisoteada, había sido aplastada.

¡Aquello no era justo! ¡Nada era justo! Había estado en la misión por más de un año cuando ocurrió el primer contratiempo. Estaba contento con mi llamamiento, y enseñar el evangelio en la ciudad de Nueva York era un gran desafío, además de ser emocionante. Más adelante comenzó también a ser productivo cuando nuestro trabajo fue recompensado con el éxito. Y había sido bendecido con buena salud; al menos había estado sano hasta dos semanas atrás cuando repentinamente el brazo derecho se me paralizó por unos minutos y no pude hablar por más de dos horas.

Nadie sabía lo que me había pasado, de manera que para averiguarlo, me llevaron a aquel hospital en el Bronx, un barrio de Nueva York. Tampoco en el hospital parecían saber qué era lo que me había sucedido. Sentía conversaciones susurradas acerca de parálisis, apoplejía, tumores y síndromes. Docenas de análisis que no llegaron a ninguna conclusión me dejaron exhausto y más enfermo que cuando había entrado en el hospital. No era justo que me estuvieran haciendo perder el tiempo allí cuando había investigadores que tenían que aprender; y ante todo, no era justo que hubiera aparecido esa misteriosa enfermedad.

Llamaba a mi casa casi todas las noches para tranquilizar a mi familia diciendo que todo estaba bien y que no había nada de qué preocuparse. Mi madre quería estar conmigo, pero yo sabía que mis padres no podían hacer esos gastos y me habría sentido aún más cohibido por tener que estar en el hospital si ella hubiera venido. De manera que cuando les hablaba por teléfono, hacía bromas acerca de mi misteriosa enfermedad y con cuidado me hice el indiferente para que no se preocuparan tanto por mí.

El pequeño hospital del Bronx, famoso por sus trabajos de investigación en problemas neurológicos, debía ser el lugar más desolado y triste de la tierra; estaba seguro de eso después de haber pasado sólo una noche en el lugar. Cuando los días se convirtieron en semanas, mis sufrimientos se hicieron más soportables con la esperanza de poder salir para las fiestas de Navidad. El pensar en la emoción y las actividades de Navidad me aliviaban el aburrimiento y la incomodidad.

"No irás a ninguna parte al menos por dos semanas más." Las palabras del Dr. Sherman permanecían en mi mente y me llenaban de nostalgia. Cuando era niño, muchos meses antes soñaba con la Navidad; siendo ya un joven, encontré que aquellas cosas que me daban placer cuando era niño habían sido reemplazadas sólo en parte con un aprecio más profundo por mi familia y mis amigos, y con más amor por Jesucristo.

Permanecí inmóvil en la cama al menos por quince minutos antes de cambiar de posición y estirarme lo suficiente para alcanzar la radio y encenderla; ésta había sido mi única distracción en aquella solitaria habitación desde mi llegada al hospital; pero aun escucharla me ensombrecía más el humor. Mi desilusión había sido reemplazada con el resentimiento y el enojo, y me sentía totalmente desdichado. Lo sentía dentro de mí, algo obscuro que salía de lo más profundo de mi interior cambiando mi personalidad.

Callado, escuchaba obstinadamente la radio, prefiriendo esto a los conocidos ruidos provenientes del corredor y de la cocina contigua. Parecía que todas las estaciones se habían puesto de acuerdo para transmitir canciones de Navidad —voces alegres proclamando gozo al mundo, cantantes que me recordaban una y otra vez que no hay lugar mejor que el hogar para pasar las fiestas.

Yo no estaba lleno de gozo. Yo no estaba en casa. Ni siquiera me dejarían salir para ver a mis compañeros misioneros y a los miembros amigos que tenía allí en Nueva York. Para mí ese año no habría celebración de la Navidad.

El 23 de diciembre pasó muy lentamente y llegó el 24; ya era la Nochebuena. El hospital estaba silencioso. A muchos de los pacientes se les había permitido ir a su casa para las fiestas, pero a mí no; yo

estaba solo y me sentía triste, pequeño e insignificante.

Estaba acostado melancólicamente escuchando los villancicos en la radio, burlándome de ellos mentalmente, y deseando fervientemente que la noche pasara con rapidez. Como a las ocho sentí que alguien llamaba a la puerta, y en seguida vi entrar en mi cuarto a Ed Cazakoff, uno de los recientes conversos a quienes yo había ayudado a enseñar. Tenía los brazos cargados de paquetes, y su rostro estaba iluminado por una gran sonrisa. Me saludó con un alegre "¡Feliz Navidad!", puso a un lado los paquetes y me dio un fuerte apretón de manos.

Me sorprendió que no estuviera con su familia esa noche. No sólo era Nochebuena sino que también era Hannukah, un día especial para las familias judías. El había tenido muchos problemas familiares a causa de que se había convertido al cristianismo y al evangelio restaurado, de manera que pasaba todo el tiempo posible con su familia para demostrarles su continuo amor y lealtad.

Su rostro estaba radiante mientras me hablaba. Su calidez, su entusiasmo y su sensibilidad lo hacían parecer más joven, cuando en realidad tenía veinticuatro años. Sonreía constantemente mientras hablaba de su trabajo en la Iglesia, de lo que gozaba con el evangelio, y de su preocupación y amor por nuestros amigos y por su familia. Hablamos por varias horas, escuchamos las canciones navideñas, y abrimos los regalos que me había llevado. Algunos provenían de él mismo; otros habían sido enviados por diferentes amigos.

Después que se marchó, me quedé pensando en las horas que tendría que pasar esperando el tren subterráneo para volver a su casa en esa noche invernal.* Miré a mi alrededor, a la habitación que antes me había parecido tan triste; papeles de colores asomaban del cesto, en la silla solitaria había una pequeña pila de regalos, y sujetándose alrededor de mi cama había una hilera de bastoncitos de azúcar rojos y blancos. Pero más que el cambio en la habitación, yo debo de haber tenido un estado de ánimo muy diferente; mi corazón estaba conmovido, su radiante felicidad me había enternecido el alma. Hasta aquel momento había estado pensando sólo en las situaciones pasajeras, cuando debería haber agradecido a Dios por las ricas bendiciones de las que podía gozar eternamente.

Aquélla había sido la primera Nochebuena de Ed como cristiano, y me la había dedicado a mí. Su sinceridad e interés me habían dado el ejemplo de lo que tiene que ser el verdadero cristiano. Se había sacrificado y preocupado por mí. El tenía una profunda comprensión del significado de la Navidad, que yo había ignorado; los placeres que lamentaba haber perdido no tenían realmente importancia, pues eran artificiales y sin fundamento.

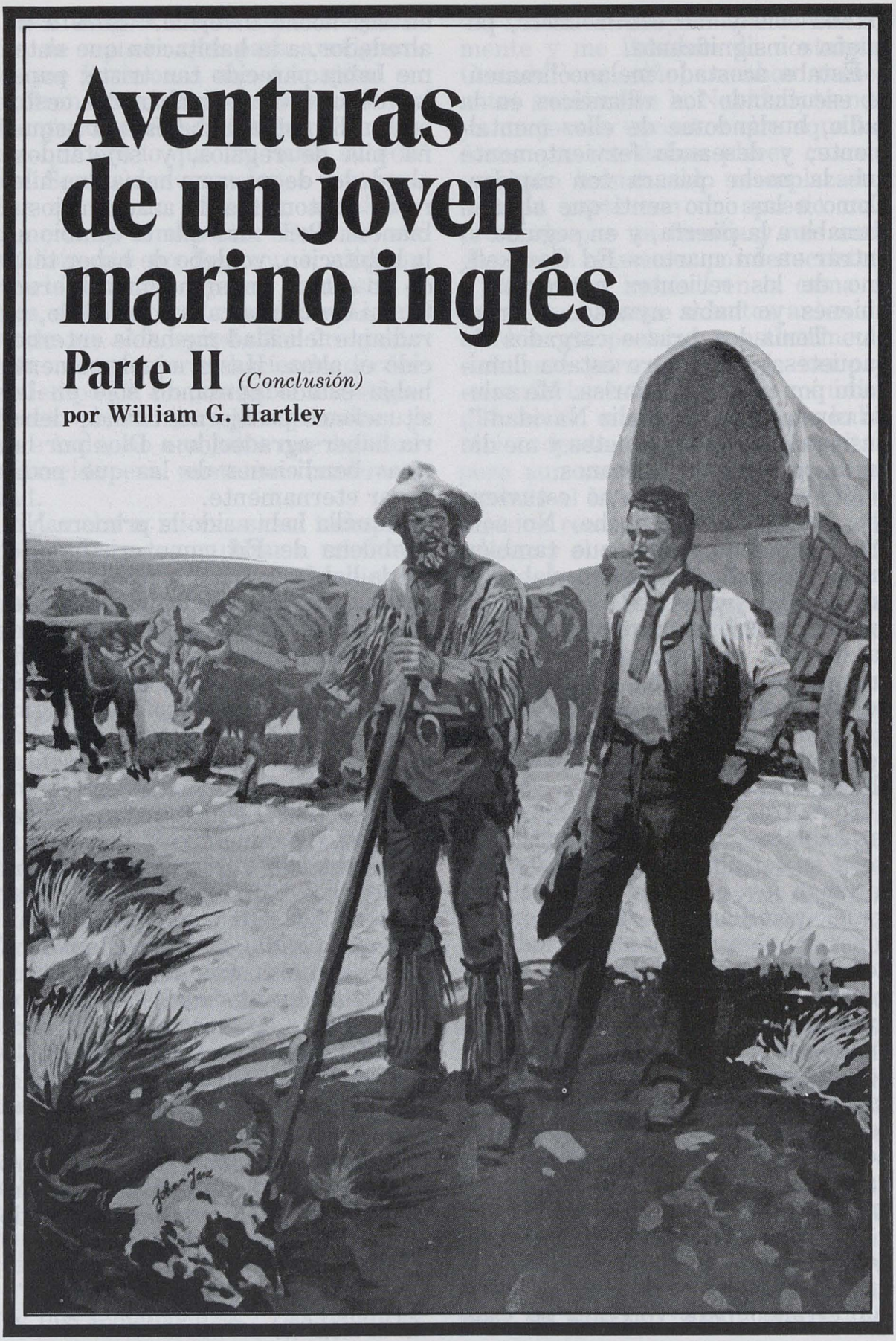
Durante las horas siguientes permanecí acostado en la oscuridad escuchando los villancicos que transmitían en la radio, con una humilde y nueva comprensión de su significado. Pensé en una noche de muchos años atrás, en una tierra al otro lado del mar; me deleité recordando la vida del Niño nacido esa noche, y me emocioné ante el espíritu del día que se aproximaba. Me quedé dormido sintiendo una gran paz dentro de mí, y agradecido por los presentes de Navidad que me habían dado dos de mis hermanos.

**En los Estados Unidos diciembre es un mes de invierno.*

Aventuras de un joven marino inglés

Parte II *(Conclusión)*

por William G. Hartley



La adolescencia de William Wood terminó mientras servía en la Marina Británica. Así que, después de sus experiencias en las guerras de Crimea y China, y un viaje de tres años alrededor del mundo a bordo de la nave *Retribution*, el joven marino disfrutaba de estar nuevamente en su hogar en la Isla de Sheppey, cerca de la desembocadura del río Támesis. Se desahogó y reanudó sus relaciones con sus parientes, quienes no habían estado de acuerdo con que se uniera a La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días cinco años atrás.

Elizabeth Gentry

Dos semanas después de haber llegado a casa, William buscó la rama de la Iglesia en el lugar. Su hermana lo acompañó pensando que él solamente iba a dar un paseo, pero terminaron en una reunión mormona en Sheerness, la cual se llevó a cabo en un "pequeño cuarto del piso superior de un edificio ubicado en un callejón oscuro y sucio". William fue muy bien recibido por el presidente de la rama y por los pocos miembros que lo habían conocido antes de partir. Le pidieron que dirigiera la palabra a los de la congregación y compartiera con ellos sus experiencias marinas. Su hermana se quedó muy sorprendida al saber que todavía profesaba la fe mormona y al oírle predicar.

Para complementar la paga de ochenta libras esterlinas que recibía por el servicio que había prestado en la marina real, William tomó un empleo como carnicero, y trabajó para el señor Blaxall, el mismo carnicero de Maldon que años atrás lo había despedido del trabajo por haberse unido a los Santos de los Ultimos Días. Allí en Maldon trabajó durante un año, tratando de alcanzar dos metas: la de emigrar a Sión y la de encontrar una esposa.

En 1862 el marinero conoció a Elizabeth Gentry, hija del presidente de la Rama de Maldon, la cual entonces tenía dieciséis años, y se enamoró de ella. La madre se había convertido en 1853, Elizabeth había sido bautizado en 1854 y el padre, que era herrero, al año siguiente. El hermano Gentry y William se habían convertido el mismo año, y antes de que William se alistara en la marina, los dos habían prestado servicio como presbíteros en los servicios que se llevaban a cabo en los alrededores de Maldon.

Cuando William y Elizabeth se comprometieron, pidieron al élder Francis M. Lyman, misionero encargado de ayudar a los santos que deseaban emigrar a Sión, que les aconsejara en cuanto a los planes que tenían al respecto. El élder Lyman, quien después formaría parte del Consejo de los Doce, les aconsejó que se unieran a la compañía que él estaba organizando en ese tiempo.

En Londres los jóvenes se unieron a otros santos que emigraban, y el

grupo se dirigió a Liverpool, en donde abordaron el viejo velero *William Tapscott*, que los agentes de emigración de la Iglesia habían alquilado para transportarlos al continente americano. La compañía en que ellos viajaban era una de las más numerosas que atravesaron el Atlántico, ya que se componía de unas ochocientas personas procedentes de las Islas Británicas, Dinamarca y Suecia.

"Fue un espectáculo muy interesante", comentó William, "ver a los santos abordar el velero transportando toda clase de utensilios caseros atados con un cordel, algunos llevando sus colchones de paja, paquetes y canastas llenas de comida sobre la cabeza, mientras que otros llevaban muebles viejos o la amarillenta fotografía de alguno de sus antepasados."

A William le pareció extraordinaria la forma ordenada en que los santos, divididos en barrios a bordo del barco y dirigidos por varios élderes, se acomodaron para el viaje.

"No creo que un número similar de personas fuera de la Iglesia se hubiera comportado en la misma forma", comentó el veterano de la vida abordo de naves; "solamente el Espíritu de Dios puede producir tal armonía."

El barco zarpó del muelle de Liverpool el 13 de mayo de 1862. A cada familia se le asignaron maestros de barrio y el élder Lyman le pidió a William que se hiciera responsable del bienestar de siete de los emigrantes, entre los que se encontraba Elizabeth. Por lo tanto, él se encargó de conseguir las raciones para ellos, de que alguien cocinara sus alimentos, y les prestó otros servicios indispensables.

El lento viaje, que duró seis semanas, fue bastante difícil; pero luego de cruzar el océano en medio de varias tormentas, llegaron a Castle Garden, estado de Nueva York. Después que los santos pasaron las inspecciones de sanidad, abordaron un tren hacia Saint Louis, Misurí; sin embargo, les fue imposible seguir la ruta normal hacia aquella ciudad. Ya que en todas partes se estaba extendiendo la guerra civil, las circunstancias no eran favorables para el viaje, y tuvieron que desviarse a menudo. En una oportunidad se vieron obligados a viajar a bordo de un tren de carga que había transportado cerdos y no había sido limpiado después; los santos recordaron aquel viaje en tren durante muchos días.

Cuando llegaron al río Misurí, abordaron un pequeño barco a vapor que llegó a Council Bluffs, Iowa, cuando la noche había avanzado ya, y tuvieron que desembarcar en la oscuridad, en medio de una gran confusión. Al amanecer, los viajeros localizaron su equipaje y luego se reunieron en el campamento de migración de la Iglesia. Allí fueron organizados en compañías de diez, cincuenta y cien personas, bajo la dirección del élder Joseph Young. Dado que William era veterano militar, fue nombrado capitán de los hombres encargados de vigilar y proteger el campamento.

Había que preparar las carretas y los bueyes, cargar el equipaje, comprar y empacar los alimentos y adiestrar a los hombres que conducirían las carretas. Mientras se encontraban en medio de estos preparativos, se desató una terrible tormenta acompaña-

da de vientos muy fuertes, lluvias torrenciales y grandes relámpagos. El ganado se soltó y salió en estampida causando grandes daños; por lo menos dos de los santos murieron, víctimas de los rayos, y muchos otros recibieron serias heridas. Los torrentes abrieron hondonadas de tres metros en algunos lugares. Fue en estas circunstancias que William tuvo que ayudar a una de las hermanas a dar a luz a un varoncito bajo una carpa semidestruida. Tanto la madre como el niño siguieron siendo sus amigos toda su vida en Utah. La compañía necesitó dos o tres días para recuperarse de los daños causados por la tormenta, y muchos de los santos nunca recuperaron las pertenencias que habían sido arrastradas por las corrientes de agua.

Un hermano de apellido Cooper, al darse cuenta de la habilidad de William para manejar el ganado, lo contrató para que entrenara a sus bueyes y luego los condujera hacia Utah. Como pago por sus servicios, ofreció transportarlos a él y a Elizabeth hasta Sión. Sin embargo, unos días después, el hermano Cooper les anunció que no tenía intenciones de llegar hasta Sión, sino que quería que le ayudaran a cultivar terrenos cerca de allí. Cuando William se negó a ayudarlo, les ordenó que bajaran de la carreta y los dejó abandonados en el camino, sin comida ni agua.

Afortunadamente, los élderes Lyman y Charles C. Rich pasaron por donde ellos estaban esa noche e hicieron arreglos para que Elizabeth viajara por cuarenta dólares con una familia de apellido Wardell. Sin embargo, el élder Lyman pidió a William que volviera con él a Florence para ayudar con el tren de carga de D. F. Kimball; él accedió a esta petición de mala gana.

"Creo que aquélla fue la prueba más dura que tuve que soportar: dejar a mi amada y regresar. Sin embargo, accedí y me despedí de ella, le di media libra esterlina de oro, que era todo el dinero que tenía y emprendí mi camino, con el corazón cargado de tristeza y preocupación. El hermano Rich me vio llorando y me dijo que tuviera fe, que todo saldría bien."

Algo muy divertido sucedió la primera noche que pasó en el campamento. Cuando se preparaban para dormir, William introdujo la mano en su bolsa de viaje para sacar su ropa de dormir, pero en su lugar encontró una pieza de ropa interior de mujer, adornada con encajes. Sus compañeros estallaron en carcajadas, ya que él había tomado la maleta de su novia en lugar de la propia. A la larga tal vez fue él quien viajó más cómodamente, ya que, mientras los otros tenían que dormir en el duro suelo, él colocaba su hamaca marina entre dos ruedas de las carretas, y en las noches lluviosas se cubría con un pedazo de lona.

A medida que pasaban los días, tanto el paisaje como el viaje mismo se volvían más tediosos. Cerca de Chimney Rock, ahora en Wyoming, algunos de los bueyes se enfermaron y murieron, obligando así a los viajeros a hacer viajes más cortos cada día. William empezó a pensar que jamás llegaría a Utah para unirse con Elizabeth.

Finalmente, un sábado en octubre, la compañía descendió de las colinas que rodean a Salt Lake City, y todos quedaron maravillados por el hermoso atardecer sobre el Gran Lago Salado y por la espléndida ciudad

que se desplegaba ante sus ojos. Al acercarse a la ciudad, alguien que estaba dentro de una cabaña a la orilla del camino llamó a William y le indicó que se acercara; era la hermana Wardell, con quien Elizabeth había viajado a Utah. William se apresuró a acercarse a la cabaña, pero su alegría quedó inmediatamente destruida cuando ella le dijo que Elizabeth ya no lo amaba y que pensaba contraer matrimonio con un polígamo de la localidad.

"Fue para mí como un golpe de rayo", decía él al recordar aquello. Decepcionado, continuó su viaje hasta el fondo del valle y regresó esa noche a casa de la familia Wardell. La hermana Wardell trató de convencerlo de que se casara con su hija, pero él no estaba interesado. Estaba resuelto a ganarse otra vez el amor de Elizabeth.

Unos amigos procedentes de Maldon vivían en Centerville, así que a principios de la semana siguiente William caminó los diecinueve kilómetros hasta aquella ciudad para buscarlos. Llegó de noche y recibió la agradable sorpresa de encontrar a sus amigos y también a su novia, la cual estaba durmiendo en un viejo sofá, luciendo muy buen aspecto a pesar de sus harapos. Cuando Elizabeth despertó, su alegría al verlo no tuvo límites. Luego le explicó que la señora de Wardell había querido casarla con su hijo y que cuando ella se negó a hacerlo, la echó de la casa y se quedó con todas sus pertenencias hasta que William pagara los gastos de su viaje. La señora de Wardell había inventado la historia de que Elizabeth ya no lo quería con la esperanza de que él se casara con su hija.

William regresó a Salt Lake City y condujo su carga hasta Springville, en donde recibió su paga de tres meses. Entonces regresó a pie hasta Salt Lake City, pagó los cuarenta dólares a la señora de Wardell, recuperó sus pertenencias y las de Elizabeth y regresó a Centerville. Dos semanas después, los jóvenes se casaron.

Tras varios años de arduo trabajo la joven pareja adquirió una hermosa casa de ladrillo y un próspero negocio de carnicería, lo que les permitió pagar en 1867 el pasaje de la familia de Elizabeth hasta Utah. Pero al año siguiente abandonaron todo para cumplir una difícil misión de colonización en Arizona. Cuatro años después, regresaron empobrecidos a Utah y tuvieron que vivir en un cobertizo de madera construido en la ladera de una colina, desde donde podían divisar su antigua casa.

Pronto recuperaron su posición, y en 1880 William tuvo que dejar el negocio y la familia otra vez para cumplir una misión de predicación en su propia tierra. Al final de aquella misión, William escribió:

"Prediqué el evangelio a mis seres queridos, a mi madre, mi padre, mi hermano y mi hermana; y aunque ninguno de ellos aceptó mi mensaje, no han podido refutar la doctrina, y se han dado cuenta de que no soy lo que pensaron de mí hace veintisiete años. Todos mis queridos parientes me han tratado con mucha bondad, al igual que a los élderes que los han visitado en diferentes oportunidades. Sé que Dios los bendecirá por eso."

Seis años después de regresar de su misión, su amada Elizabeth, que tenía entonces cuarenta y dos años, dio a luz al décimotercer hijo de

ambos, pero murió junto con el bebé pocos días después. Con el correr del tiempo, William se volvió a casar y se trasladó con su familia a Canadá, en donde el apellido Wood se convirtió en sinónimo de éxito en el negocio de cría de ganado y empaque de carne. Su hijo Edward fue presidente de estaca y presidente del Templo de Alberta durante muchos años.

Un año antes de morir, William escribió la impresionante historia de su vida con la esperanza de que su ejemplo como converso a la Iglesia, marinero, pionero y misionero enseñara a los jóvenes de la Iglesia que "si se ven obligados a abandonar la tierra en donde recibieron el evangelio, no deben dejarse vencer por la tentación de hacer nada inmoral . . . Siempre deben orar al Señor, y ya sea que El los haya llamado para predicar el evangelio o que se encuentren rodeados por los horrores de la guerra, nunca deben olvidar de ofrecer una oración en silencio a nuestro Padre Celestial. El nunca nos olvidará".

Creación

por Heraclia G. de Maldonado

Qué hermoso es tu cielo con sus
(estrellas,
aun con sus tormentas y sus truenos.
Qué hermosa la distancia de tus
(mundos
y tus nuevos horizontes con sus
(velos.

Qué hermoso es comprender que
todo es tuyo:
Las montañas, los montes y los
(mares;
las hierbas de los campos y las flores
que con distintos colores nos atraen.

Tenemos tu camino libremente,
a seguirlo me enseñaste con amor;
y te doy gracias por tantas
(bendiciones
que aplacaron mis penas y dolor.

Yo también soy tuya, Padre eterno.
Tú me enviaste de aquel mundo
(muy lejano,
y aquí estoy para probarme en este
(mundo,
y recibir después la gloria que he
(ganado.

La hermana Maldonado es de la Rama 1 de Tres Arroyos, República Argentina, y al enviarnos esta colaboración, contaba con 80 años de edad.

Miriam

por Layne T. Derrick

Cuando era misionero en la hermosa ciudad de Quito, capital de Ecuador, conocí a una joven miembro de la Iglesia que fue para mí un ejemplo de lo que significa darse enteramente a la tarea de convertir a nuestros semejantes al evangelio. Su casa era de las más humildes y pobres de Quito; su corazón era uno de los más grandes que he conocido.

Nunca olvidaré el día en que la conocí. Era muy pequeña, y su pelo, de color castaño claro, le formaba ligeras ondas alrededor del cuello. Lo que la diferenciaba de otras personas como ella es que no tenía dientes, lo cual no hubiera sido tan extraño si se tratara de una anciana; pero Miriam tenía sólo diecinueve años.

—¿Qué le pasó que no tiene dientes? —le pregunté a mi compañero cuando salimos de su casa.

—Yo también me lo he preguntado —me replicó—. Pero nunca he oído nada al respecto.

Por el momento nos olvidamos de aquello y nos dedicamos con ahínco a la obra misional. Pero una semana después de nuestra primera visita, volvimos a su casa. Me enteré entonces de que su padre, el hermano Sánchez, había muerto hacía un año, y su muerte había creado grandes dificultades a la familia. La hermana Sánchez tenía que trabajar muchas horas como lavandera para poder mantener a sus hijos y, como consecuencia, Miriam se había visto obligada a dejar los estudios para cuidar a sus hermanos mientras la madre trabajaba. Además, habían tenido que mudarse de la casa en que vivían a otra más pequeña, de un solo cuarto, la que nosotros conocimos. Por supuesto, nos preocupó mucho su bienestar, y les prometimos que iríamos seguido a visitarlos.

El día al que me refiero había en la casa una amiga de Miriam, llamada Rosa, que no era miembro de la Iglesia, y a quien la joven nos sugirió le habláramos sobre el evangelio. Empezamos con la primera charla, pero muy pronto comprendimos que Rosa no estaba muy interesada; a pesar de ello, le preguntamos si podíamos ir a su casa y explicar nuestro mensaje al resto de su familia. Ella respondió afirmativamente, y arreglamos para ir un día determinado.

Al día siguiente fuimos otra vez a la casa de Miriam y le pedimos que nos acompañara a visitar a la famila de su amiga. Nos sorprendió mucho que no quisiera ir, y más aún las

débiles excusas que nos presentó. Dándonos cuenta claramente de que debía de tener una razón más poderosa que las que presentaba, insistimos en que nos la dijera. Entonces nos contó todo.

El vecindario donde vivía su amiga era el mismo donde su familia había vivido antes de la muerte del padre. Después que ésta ocurrió, la gente del barrio comenzó a molestar a su madre, burlándose de ella y haciendo correr rumores maliciosos.

—Una noche decidí poner punto final a aquello —nos dijo—, y salí a defender a mi madre. Pero varias personas del vecindario se juntaron y me dieron una paliza que jamás olvidaré. Me pegaron mucho en la cara y me rompieron todos los dientes.

Después de contárnoslo, pareció más tranquila y nos dijo que si realmente lo deseábamos, ella nos acompañaría. Nos impresionó mucho su valor, y tuvimos la impresión de que debía ir con nosotros.

Llegó el día de la visita, y nos dirigimos a casa de los Sánchez a buscar a Miriam. Su madre estaba esperándonos en la puerta, e inmediatamente vimos la desaprobación en sus ojos.

—No quiero que mi hija vuelva a ese horrible barrio —nos dijo con resolución.

Nos quedamos sin saber qué decir; pero la joven habló, dándole testimonio a su madre de que sabía que había una razón especial para que nos acompañara. Finalmente, la hermana Sánchez consintió a regañadientes, pero nos arrancó la promesa de que la llevaríamos sana y salva de regreso.

Desafortunadamente, la familia de Rosa no estaba interesada en el evangelio. Al salir de la casa, Miriam empezó a hablarnos sobre los otros residentes del vecindario, entre ellos un hombre con el cual había estado de novia por un tiempo, demasiado apegado a las cosas del mundo y tenía algunos malos hábitos. Al oírla, sentí la inspiración del Espíritu e insistí en que nos llevara a verlo. Aunque con grandes titubeos, aceptó y nos condujo hasta la casa donde Luis vivía con sus padres y su hijo. El mismo contestó a nuestro llamado y, si bien pareció bastante sorprendido al vernos, escuchó con atención nuestro mensaje; después nos dijo que recientemente había sentido el deseo de conocer la verdadera Iglesia de Dios, sin saber todavía cuál era ni cómo encontrarla, y que ya había dado los pasos necesarios para llegar al arrepentimiento, aunque aún no estaba satisfecho. Luego agregó que el corazón le decía que éramos representantes de la verdadera Iglesia de Dios. Una semana más tarde lo bautizamos.

Con la constante ayuda de Miriam, y también la de Luis, bautizamos cerca de veinticinco personas del vecindario durante las seis semanas siguientes. Siempre recordaré cuando decidimos hablar con aquellos que habían atacado a Miriam, dejándola tan maltrecha; ella nos ayudó a enseñar el evangelio a aquellas familias, como si nada hubiera pasado, y muchas de esas personas se convirtieron a la Iglesia.

Por su profunda fe en el Señor y en su poder protector, la joven había superado su temor y nos había ayudado a predicar aun a los que la habían marcado de por vida. Muchas de aquellas personas honraron su nombre por haber sido capaz de perdonar y haberles llevado el mensaje del Evangelio de Jesucristo.

Nota del editor: *No mucho tiempo después, Miriam murió por complicaciones surgidas de una apendicitis, pero dejó para todos los que la conocíamos el gran ejemplo de su excelente obra misional.*

Canto de una abuela

por Gladys M. de Brunetto

Acá hay un niño dormido,
dormidito entre mis brazos,
y es como si yo acunara
la realidad del milagro.

Mi cariñosa vigilia
celosa su sueño vela.
Y una sonrisa traviesa
en sus labios aletea.

¿Qué cosa piensan los niños?
¿Qué ven sus sueños tan blancos?
Una dulzura inefable
me va llenando las manos.

Y en la punta de mis dedos
se hace caricia y me gana
una sonrisa que es llanto
y una tibieza que es lágrima.

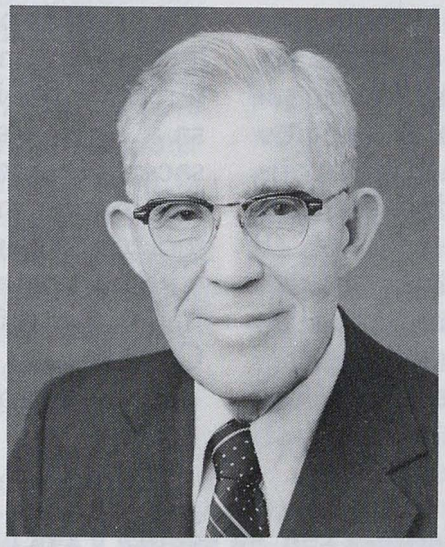
¡Mi niño, niñito mío!
¡Cómo quisiera guardarte!
¡Cómo quisiera que el mal
no fuera nunca a tocarte

Y apartar de tu camino
las espinas que te esperan!
Mas . . . ¡ay! que la vida es tuya,
y tuyas serán las pruebas.

Hoy te tengo entre mis brazos
y eres mi luz y mi estrella,
un tibio copo de carne
en los brazos de tu abuela . . .

La hermana Brunetto, de nacionalidad uruguaya, está actualmente radicada en Chile.

Noticias de la Iglesia



El élder S. Dilworth Young

Falleció el élder S. Dilworth Young

El élder S. Dilworth Young, miembro emérito del Primer Quórum de los Setenta de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días, falleció el 9 de julio pasado en un hospital de Salt Lake City, Utah.

Los médicos diagnosticaron un problema cardíaco que le causó la muerte. Había sido hospitalizado el 5 de julio, después de cinco días de haber vuelto de Los Angeles, California, donde había cumplido con su esposa una misión de dos años y cuatro meses dirigiendo el Centro de Visitantes del Templo de Los Angeles.

El élder Young sirvió como Autoridad General de la Iglesia desde el 6 de abril de 1945, cuando fue sostenido miembro del Primer Consejo de los Setenta, y era presidente mayor de este consejo el 3 de octubre de 1975, cuando fue sostenido como presidente y miembro del Primer Quórum de los Setenta recién reorganizado.

Como miembro del Primer Consejo de los Setenta, presidió la Misión de New England desde 1947 hasta 1951, y viajó por estacas y misiones de la Iglesia dando consejo y guía a los líderes y a los miembros.

El élder Young fue autor de muchos libros, incluyendo algunos para niños.

En una conferencia general efectuada en 1978 testificó diciendo: *Aquel que obedece los mandamientos y busca la virtud y una vida recta encontrará "la perla de gran precio" del conocimiento del Hijo de Dios, quien es nuestro Salvador, y al hacerlo, obtendrá gozo. Si además ama y sirve a sus semejantes, agregará una cadena de perlas y encontrará la vida eterna en presencia de su Padre Celestial y del Salvador".*

Ex sacerdote católico se convierte al mormonismo

SANTIAGO, REPUBLICA DOMINICANA

Un escarpado camino de desilusiones fue lo que condujo a Félix Sequi Martínez muy cerca de la desesperación intelectual, antes de que encontrara la paz de la que indudablemente ahora goza.

Para un hombre de su altura intelectual era extraño que asistiera a la "feria de la salud" patrocinada por los mormones y realizada en un centro comercial; pero eso fue lo que comenzó a establecer una diferencia en su vida.

Nació en una comunidad rural en Valencia, España; a los doce años ingresó en un seminario católico, tomó los hábitos de una orden religiosa a los diecisiete y fue ordenado sacerdote a los veinticuatro años. A esto siguieron doce años de estudios teológicos para graduados en Roma y luego una asignación para ir a Panamá a enseñar en la Universidad Católica.

Bien parecido, de ojos castaños,

El hermano Félix Sequi Martínez con su esposa y sus hijos, Maribel y Jaime

nos cuenta su historia con voz clara y decidida:

Estaba desilusionado y puse una barrera a todos mis pensamientos sobre religión. En 1970 traté de orientar nuevamente mi vida; abandoné la carrera sacerdotal y comencé a asistir a la universidad en Puerto Rico para estudiar filosofía. Llegué aquí (a la República Dominicana) en 1972, y me casé en 1973. Esto me daba más estabilidad, pero todavía estaba espiritual e intelectualmente confuso. Las clases de humanidades que enseñaba hicieron poco para desenmarañar mis pensamientos.

En esta zona hay cuatro o cinco iglesias y muchos misioneros, y otras personas religiosas llamaron a mi puerta; pero no les presté atención. Ya había sido demasiado engañado.

Hace un año supe que se realizaría una "feria de la salud" en un centro comercial de las inmediaciones. Fuimos a verla; mi esposa enseña principios de salud en una escuela secundaria y queríamos oír lo que iban a decir. No tenía idea de qué denominación representaba, pero nos sentimos impresionados sobre lo que dijeron acerca de una vida limpia y buenos hábitos de salud.

Los misioneros nos preguntaron dónde vivíamos y si podían visitarnos. Esos jóvenes tan amables y educados despertaron nuestra admiración, de manera que les permitimos venir a nuestra casa. En ese momento no nos hablaron de religión y yo no sabía que eran misioneros de la Iglesia.

Dos semanas después llegaron. Al finalizar esa primera reunión me sentí como si hubiera recibido más de lo que podía o quería tener. Lo que me impresionó no fueron las cosas que me enseñaron; tenía argumentos en contra de su filosofía y muchas reservas. Pero me sentí conmovido por su sinceridad y su testimonio.

Esto llevó mucho tiempo, tres meses, debido a mis conocimientos religiosos y filosóficos; y ya se sabe que por lo general, si una persona no acepta el mensaje en el término de dos semanas, los misioneros dejan de enseñarle. Después de tres meses ellos me dijeron: "Le hemos ofrecido todo lo que tenemos"; pero yo les rogué: "No se den por vencidos; sigan visitándome".

Al final, los testimonios de tres personas fueron lo que me convenció: la hermana Ada W. Davis, esposa del presidente de la misión; el élder Gallegos, líder de zona; y la hermana Bush, una conversa católica que llegó a la misión sin saber mucho español. El presidente de la misión le había dicho: "No se preocupe por eso; todo lo que debe hacer es dar su testimonio cada vez que tenga la oportunidad de hacerlo y hará un gran bien con ello".

Estoy convencido de que todo esto fue preparado por nuestro Padre Celestial, pues estoy seguro de que no habría escuchado a los misioneros si éstos hubieran llamado a mi puerta; pero me siento muy feliz de haber encontrado la verdad. ¡Le debo tanto a la Iglesia por haber abierto la puerta a la nueva vida que está ante mí!

Si alguna vez hubiera tenido alguna duda de que ésta es la Iglesia verdadera, la visita del presidente Kimball al país ha confirmado completamente mis creencias. (Tomado del *Church News*, junio 6 de 1981.)

Indice anual de *Liahona* para 1981 Volumen 7

POR TEMA

Tema, título, autor Mes/Pág.

A

Adversidad

Cuando enfrentamos la adversidad (disc.), Marvin J. Ashton Feb/114
Mi mayor conflicto, Charles W. Barrett Ab/7
¿Sobrellevamos nuestras pruebas, Steve D. Hanson Ju/18

Amistad

Ayer enemigos, hoy hermanos, Shawn Bell y Matt Taylor Jul/34

Amor

Amaos unos a otros (disc.), F. Burton Howard, ... Ag/116
El cuidado de los nuestros (disc.), H. Burke Peterson Ag/136
El regalo de Navidad, Layne H. Dearden Dic/53
Extendamos nuestro amor a . . . (disc.), Jack H. Goaslind Ag/94
"La religión pura y sin mácula . . ." (disc.), Thomas S. Monson Ag/77
Los grandes mandamientos, N. Eldon Tanner Ab/2
"Que os améis unos a otros" (disc.), James M. Paramore Ag/90
Servimos lo que amamos (disc.), Marvin J. Ashton Ag/31

Arrepentimiento

¿Arrepentirme a mi edad?, Michael V. Lee Ab/29
El arrepentimiento (disc.), Marion G. Romney Feb/92

Autoestima

El valor de una persona (disc.), James E. Faust Ag/8

Autoridad

Las llaves del reino (disc.), David B. Haight Feb/146

Autosuficiencia

Cómo satisfacer nuestras necesidades (disc.), M. Russell Ballard Ag/145
La preparación personal y familiar (disc.), L. Tom Perry Ag/149
Las bendiciones de la autosuficiencia (disc.), Mark E. Petersen Ag/99
Los principios básicos de los Servicios de Bienestar (disc.), Marion G. Romney Ag/154
Principios de la salvación temporal, Marion G. Romney Nov/1

B

Bendición patriarcal

Las bendiciones patriarcales, LeGrand Richards Sept/38

Bendiciones

"Así que ya no sois extranjeros . . ." (disc.), Derek A. Cuthbert Feb/45
El cumplimiento de una bendición, Hans-Wilhelm Kelling Mar/13
Sus frágiles manos, Anna Greta Malm Ab/17

Biografías

Aventuras de un joven marino inglés, William G. Hartley (Primera parte) Nov/23
Aventuras de un joven marino inglés, William G. Hartley (Segunda parte) Dic/48

Blasfemia

La boca blasfema, Spencer W. Kimball Sept/1

C

Consejos a los jóvenes

Catorce razones para seguir al Profeta, Ezra Taft Benson Ju/1
La decisión más importante (disc.), Boyd K. Packer Feb/35
"Porque éste es un día de amonestación", Dean L. Larsen Mar/33
Tres conceptos que debemos meditar, Hugh W. Pinnock Mar/15
"Vestíos de toda la armadura de Dios . . ." (disc.), Spencer W. Kimball Feb/186

Consejos a los líderes

Bosquejo de un líder de la Iglesia, Mark E. Petersen Sept/18
El obispo está al frente del plan de Bienestar (disc.), Thomas S. Monson Feb/175
Enseñemos a los hijos de Dios, N. Eldon Tanner Mar/1

Consejos a los maestros

"Señor, bendice a la maestra de mi hijo", Gladys C. Farmer Ju/14

Consejos a los miembros

Amemos lo que Dios ama, Dennis R. Peterson Mar/17
La mejor época (disc.), George P. Lee Feb/129
"Que partas tu pan con el hambriento . . ." (disc.), Victor L. Brown Ag/58
Sigamos sus pasos y El nos guiará, Vaughn J. Featherstone Jul/16
Superemos nuestros errores, Lowell L. Bennion Jul/47

Una promesa gloriosa, Marion G. Romney Jul/1
"Y la verdad os hará libres", James E. Faust Jul/30
". . . y si creéis todas estas cosas . . ." (disc.), Spencer W. Kimball Feb/152

Consejos a las mujeres
El vínculo de la caridad (disc.), Barbara B. Smith Mar/52
La doctrina del reino (disc.), Shirley W. Thomas Mar/61
La maternidad y la familia (disc.), Mary F. Foulger Mar/57
La mujer sola (disc.), Addie Fuhriman Mar/59
Organizaos (disc.), Marian R. Boyer Mar/63
Sed buenos seguidores (disc.), Barbara B. Smith Feb/168
Sed leales a vuestra organización (disc.), Spencer W. Kimball Mar/50
Una hermandad sin fronteras (disc.), Boyd K. Packer Mar/66

Consejos a los padres
Expliquemos la muerte a los niños, Jon M. Taylor Ma/13
Las grandes responsabilidades de los padres (disc.), Ezra Taft Benson Ag/53
No dos solos, sino tres juntos, Aksel Tanner Ab/33

Consejos al sacerdocio
"A éstos haré mis gobernantes" (disc.), James E. Faust Feb/68
El juramento y convenio del sacerdocio (disc.), Marion G. Romney Feb/84
"En cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos . . ." (disc.), Spencer W. Kimball Ag/74
"La religión pura . . ." (disc.), Spencer W. Kimball Feb/89
Purifiquemos nuestro espíritu (disc.), H. Burke Peterson Feb/74
Una generación real (disc.), Robert L. Backman Feb/79

Constancia
La dama de los 4,800 kilómetros, E. Dale LeBaron Oct/19

Convenios
Los convenios del evangelio (disc.), Marion G. Romney Ag/70

Conversión
Ecos de verdad provenientes de China, P'an K'uan I Ab/15
La historia de un miembro nigeriano, Anthony Uzodimma Obinna Ju/10

Crucigramas Sept/58

D

Deber
Aprenda todo varón su deber (disc.), Joseph B. Wirthlin Feb/137

Determinación
"Hombres así no pueden ser vencidos", Vaughn J. Featherstone Ab/41

Discernimiento espiritual
"Mirad, pues, cómo oís", John A. Green Sept/35

Diezmo
El diezmo, Marion G. Romney Ene/1
El pagar el diezmo obra milagros, Keith Moore Mar/36
La ley del diezmo (disc.), Spencer W. Kimball Feb/154
Pobreza y fidelidad, Martha P. Tayson Jul/25
"Probadme ahora en esto", Spencer W. Kimball Oct/1

E

Editorial
¿Y qué de los años por venir?, Larry Hiller Ab/9

Ejemplo
Milagros entre los lamanitas (disc.), Gene R. Cook Feb/133

Escrituras
Examine su conocimiento de las Escrituras, John A. Tvedtnes Jul/37

Espíritu Santo
"Dile que yo te envié", Kathleen Scott Nov/17
La respuesta, Sue Ann Crockett Sept/30
La voz del Espíritu, Marion G. Romney Ma/1
Una voz de advertencia en la oscuridad, Isabelle Hanson Dic/21
"Vuestro compañero constante", Spencer J. Condie Mar/5

Esta es su sección
"Apurad el paso" (Obra misional), Carlos A. Morales Mar/45
"Asombro me da . . ." (Fe), Cleria Espinoza Jul/54
Carta a un maestro (Enseñanza), Mario A. Rodríguez Ju/47
Creo, porque sé, (Conversión), Miguel J. Moreno Sept/60
Dedicaos a la obra (Obra misional), Heber Mallo Ab/44
Escuchar la voz del Espíritu (Espíritu Santo), Miguel A. Peduzzi Ju/46
Evidencias del Libro de Mormón, Milton R. Hunter Ene/44
Israel de Brasil (Conversión), Birgit B. Frederiksen Ene/47
La fe del hermano Cuenca (Fidelidad), Fred R. Gladden Jul/51
La sorpresa de mamá (Amor), Irene Asturias Ma/44
Los descendientes de José Ab/45
No te sientas triste (Gratitud), Sandra Riffo Ene/48
Una larga espera (Nacimiento), Heber Ferraz-Leite Ludzik Ma/46
Si fuera poeta (Prosa poética), Soledad Pérez Sept/49

F

Familia
El amor de mi hermano mayor, D. Brent Collette Dic/16

Familia eterna
La familia puede ser eterna (disc.), Spencer W. Kimball Feb/4
Los valores morales y sus recompensas (disc.), Royden G. Derrick Ag/107

Tema, título, autor	Mes/Pág.
Fe	
"Fe en el Santo de Israel . . ." (disc.), Loren C. Dunn	Ag/37
¿Hay para Dios alguna cosa difícil? (disc.), Douglas W. DeHaan	Feb/172
"Naceré en el mes de febrero", Florence B. Nielsen	Sept/26
Raimundo y el autobús, Kathleen C. Ellis	Sept/28
Fidelidad	
Las capillas para los santos, Ronald C. Barker	Nov/18
"Por sacrificios se dan bendiciones", Carma T. y Roy A. Prete	Nov/20
H	
Habladurías	
El chisme: La trampa de Satanás, Gene R. Cook	Sept/6
Hermanamiento	
Fortalezcamos a los menos activos, A. Theodore Tuttle	Oct/10
Seamos todos hermanos (disc.), Neal A. Maxwell	Feb/23
Historia de la Iglesia	
Adán el arcángel (disc.), Mark E. Petersen	Feb/27
El poder de las montañas (disc.), J. Thomas Fyans	Feb/109
Personas honestas que han contribuido a . . ., William G. Hartley	Jul/39
Seis meses de progreso (disc.), Spencer W. Kimball	Ag/4
I	
Influencia	
Por medio de nosotros . . . (disc.), M. Russell Ballard	Feb/41
Israel (Casa, pueblo de)	
El recogimiento de Israel en la tierra . . . (disc.), Marion G. Romney	Ag/22
J	
Jesucristo	
"Conoced al Pastor" (disc.), Robert E. Wells	Feb/19
Jesús de Nazaret, Spencer W. Kimball	Dic/1
M	
Mandamientos (Los Diez)	
El librito, Jacque Felshaw	Oct/26
Matrimonio	
Cómo lograr una buena relación matrimonial, Val R. Christensen	Nov/9
El valor del matrimonio (disc.), Boyd K. Packer	Ag/17
Yo cambié mi matrimonio, (Autor anónimo)	Sept/15
Metas	
Tomad la decisión de decidiros (disc.), Rex D. Pinegar	Feb/142
Miriam, Layne T. Derrick	Dic/54
Mujeres Jóvenes (Discursos especiales)	
Cuatro jovencitas presentan el lema para este año	Nov/41
La siembra y la cosecha de la vida, Elaine Cannon	Nov/37
"No te avergüences de dar testimonio", Spencer W. Kimball	Nov/35
Somos hijas de Dios, Camilla E. Kimball	Nov/36
Trazad vuestro curso en la vida, Marvin J. Ashton	Nov/44
N	
Navidad	
En honor al Señor, Joy S. Lundberg	Dic/9
Noche de hogar	
Comentémoslo	Ma/16
Noticias de la Iglesia	
Avances del Instituto Ezra Taft Benson, Luis V. Espinoza	Sept/54
Campamento para las Mujeres Jóvenes	Oct/46
Creación de nuevas estacas	Sept/61
Ex sacerdote católico se convierte al mormonismo	Dic/58
Falleció el élder S. Dilworth Young	Dic/57
Fue creada una misión en la República Dominicana	Ma/48
Fue dedicado el primer templo de la Iglesia en el Oriente	Ab/47
La Iglesia crece rápidamente en Portugal, Gerry Avant	Jul/59
La Primera Presidencia llama a nuevos Representantes Regionales	Ab/47
Las estacas aumentan en "las tierras del Libro de Mormón"	Oct/43
Nuestra nueva Autoridad General	Oct/38
Nueva estaca en Bolivia	Ju/48
Organización de la primera estaca en Puerto Rico	Ju/48
Organización de nuevas estacas	Mar/46
Organización de nuevas estacas	Jul/61
Organización de nuevas estacas	Oct/41
Pareja de aimaraes llamada para la misión	Oct/40
Segundo en la carrera de sillas de ruedas	Oct/41
Una conferencia para los miembros de habla hispana	Mar/47
Un diseño antiguo para una construcción moderna	Oct/42
Un hombre de 116 años y su familia se unen a la Iglesia	Ma/47
Un uruguayo ha sido llamado a servir	Ma/47
O	
Obediencia	
La obediencia (disc.), Teddy E. Brewerton	Ag/111
Obra genealógica	
Volved los corazones (disc.), Hartman Rector	Ag/120
Obra misional	
El campo misional de Jacob Spori, Denton Y. Brewerton	Ene/11
Experiencias misionales de Mischa Markow, William H. Kahr	Ene/15
Guiados a través de aguas turbulentas, Kelikupa Kivalu	Ab/18
Nuestro preciado tesoro (disc.), Rex C. Reeve	Feb/51

Sed misioneros, LeGrand Richards Mar/37
Somos llamados a esparcir la luz (disc.), Jacob de Jager Ag/13

Oración
Cuando oramos a la manera del Señor, Stephen L. Law Sept/46
Ora, escucha y medita, H. Burke Peterson Dic/10

Orientación familiar
Nuestro gran maestro orientador, Sharon Elwell Oct/7

P

Perdón
"A vosotros os es requerido perdonar" (disc.), Gordon B. Hinckley Feb/120
"Perdónalos, te lo ruego" (disc.), Vaughn J. Featherstone Feb/56

Poesías
A un misionero, Marta B. S. de Brocca Ab/46
Canto de una abuela, Gladys M. de Brunetto Dic/56
Creación (poesía), Heraclia G. de Maldonado Dic/53
El camino de la madre, Pablo Cortez Oct/47
El hogar eres tú, Olivia Rojas O. Ma/20
Gracias, Sara Esther Coustés Ju/45
He encontrado la paz, María Luz Limón Ju/45
Mi más valioso baluarte, Olivia Rojas O. Ju/44
Oh, Padre, Alicia Peláez Gary Ene/49
¿Quiéres ser maestra visitante?, Irma de Mackenna Mar/49
Un himno al Señor (poesía), Jorge I. González Dic/69

Preguntas y respuestas
Arrepentimiento, Dale F. Pearson Dic/22
Cómo nos acercamos a Jesucristo, Roy W. Doxey Ene/5
¿Cómo puede el Salvador ser nuestro consejero?, Dean Jarman .....Jul/ 7
Cuándo no debemos participar del sacramento, Larry Hiller Mar/10
Curaciones, William E. Berrett Oct/22
La personalidad de Dios en la Biblia, H. Dean Garrett Ab/12
La primogenitura, Daniel H. Ludlow Sept/32
Los niños y el día de reposo, Sharon y Wayne Dequer Dic/24

Preparación
La familia de la fe (disc.), J. Richard Clarke Feb/162
"Preparad todo lo que fuere necesario" (disc.), Victor L. Brown Feb/156
Preparaos para los días de tribulación (disc.), Ezra Taft Benson Feb/61
"Todo lo que el hombre sembrare" (disc.), L. Tom Perry Feb/9

Presidencia de la Iglesia
El documento de José Smith III . . . (disc.), Gordon B. Hinckley Ag/26

Profecía
Un tesoro de valor incalculable (disc.), Gordon B. Hinckley Ag/28

Profetas
El llamamiento de los profetas (disc.), LeGrand Richards Ag/48

Propósito de la vida
Nuestra vida: Una gran prueba (disc.), Franklin D. Richards Ag/84

R

Relaciones humanas
Eliminemos la contención, A. LaVar Thornock Ene/8

Restauración
El Señor Dios de la restauración (disc.), Bruce R. McConkie Feb/97

Revelación
Cómo obtener revelación personal, Bruce R. McConkie Ma/4
Ni se agregarán ni se quitarán palabras (disc.), Howard W. Hunter Ag/104
"Sobre esta roca . . ." (disc.), Bruce R. McConkie Ag/124

S

Sacerdocio Aarónico
Aarón, Victor Ludlow Dic/37
Vosotros sois diferentes (disc.), David B. Haight Ag/64

Sacrificio
Sacrificio (disc.), Spencer W. Kimball Ag/134

Salud
Para mantenerse sano (consejos) Sept/8

Sección para los jóvenes
Amanecer (Inspiración del Espíritu Santo), Loren C. Dunn Nov/33
Aun los payasos lloran (Ejemplo), Anya C. Bateman Ene/37
Concierto de medianoche (Obra misional), Diana M. Brown Sept/48
Descubrí el poder del sacerdocio (Bendiciones de salud), A. Hamer Reiser Oct/34
El mandamiento firme y dulce (Castidad), Neal A. Maxwell Ma/38
El orgullo de Emily (Humildad), William C. Hartley Sept/44
El pequeño misionero (Obra misional), Orvil Zollinger Nov/30
El regreso de nuestro padre (Fe), Deanne P. Smith Ju/9
¡Es fácil ser misionero! (Obra misional) Ju/29
Laberintos (Perseverancia), Maxwell T. Stone Ma/36
La confesión (Transgresiones), J. Richard Clarke Oct/36
La misión: tiempo ganado (Obra misional), Rosemary Peck Ene/30
La tormenta (Fe), Keith Brown Oct/28
La vaca "gentil" (Bendiciones), Rhoda L. Behunin Sept/51
1.450 kilómetros . . . descalzo (Adversidad) Ma/29
Misionero celestial (Fe y valor), John Jarvis Ju/40
Una embarcación destartalada (Arrepentimiento), David Hammond Ju/33
Una luz al mundo (Ejemplo), Victor L. Brown Ju/37
Un cuaderno de apuntes . . . o como se llame (Registros), Janet Brigham Ma/33

Sección para los niños
Aferraos a la barra de hierro (Evangelio), F. Burton Howard Ma/22
Alma Elizabeth en su nueva tierra (Pioneros), William G. Hartley Jul/C5
Buenos ejemplos (Obra misional), Paul H. Dunn Nov/C9
De amigo a amigo (Familia), Robert L. Backman Ab/22
De amigo a amigo (Autoridades Generales), Joleen Meredith Oct/C6
Donde está papá . . . allí está mi hogar (Familia), Agnes Kempton Ju/24
El cactus, la cruz y la Pascua (Pascua), Jeffrey R. Holland Mar/21
El cambio (perdón), Claudia Remington Ene/24
El campeón de las canicas (Honradez), Laurie J. Wilson Ma/25
El perro fantasma (Valor), Laure W. Thorton Jul/C1
El regreso de la langosta (Zoología), Sherwood B. Idso Sept/C4
El señor de los paraguas (Invenciones), Frances Altman Nov/C1
Gemelos (Entretenimiento), Lynn Titleman Oct/C5
Hormiguero de vidrio (Ciencia) Ene/21
John Taylor (Biografía) Mar/27
Joseph F. Smith (Biografía) Nov/C7
La esperanza en la punta de un cordel (Amistad), Andrea H. Chatwin Sept/C1
La familia de Miguel (Tenacidad), Betty Lou Mell Ab/24
La oración, Susan Piele Mar/24
La señal salvadora (Fe), Iris Syndergaard Nov/C3
Lorenzo Snow (Biografía) Sept/C8
Muñequita va por el mundo (Entretenimiento) Ab/21
Para tu diversión (Rompecabezas) Ene/28
Para tu diversión (Pasatiempo) Mar/28
Para tu diversión (Juego, chiste) Ab/28
Para tu diversión (Juegos, chistes) Jul/C8
Rábanos picantes para Navidad (Gratitud), Ted Sheil Dic/C3
Recuerdos del Profeta sobre la Navidad (José Smith) Dic/C1
Sucedió en Parowan (Historia de la Iglesia), Olive W. Burt Oct/C1
Truenos sobre los llanos (Oración), Dian Saderup Ju/21
Una ciudad infantil en Helsinki, Barbara Horngreen Ju/27
Un regalo para la maestra (Amor), Virgina G. Jones Dic/C7
Wilford Woodruff (Biografía) Ma/21
Y ahora, ¿qué camino debo tomar? (Oración), Rex C. Reeve Ene/22

Servicio
¡Descarrilamiento!, Carole Osborne Cole Jul/22
El legado de mi abuelo, Kathleen Lubeck Ene/29
Una batalla ganada, Constance Polve Mar/29

Servicio al Señor
Al servicio del Señor (disc.), Spencer W. Kimball Ag/132

Servicios de Bienestar
El programa del Salvador (disc.), Marion G. Romney Feb/182

Sociedad de Socorro
Esforzaos por alcanzar las estrellas (disc.), Barbara B. Smith Ag/141
La Sociedad de Socorro me ayuda a progresar, Patricia Higbee Dic/33
Llamada a servir, JoAnn Jolley Dic/27

Sostenimiento de oficiales
Conferencia General de octubre de 1980 ..... Feb/33
Conferencia General de abril de 1981 ..... Ag/159

T

Templos
La Casa del Señor (disc.), Robert L. Simpson Feb/14

Tenacidad
Esperé cuarenta años para ser bautizada, Bessie L. Yoakum Ma/10

Testimonio
La bendición de un testimonio (disc.), N. Eldon Tanner Feb/7
Obtengamos un testimonio de Jesucristo, Bruce R. McConkie Jul/4
Testimonio (disc.), Angel Abrea Ag/42
Yo sé que El vive (disc.), N. Eldon Tanner Ag/82

V

Verdad
Luz y verdad (disc.), Thedore M. Burton Ag/44

POR AUTOR

A

Abrea, Angel
Testimonio Ag/42

Altman, Frances
El señor de los paraguas (Sección niños) Nov/C1

Ashton, Marvin J.
Cuando enfrentamos la adversidad (disc.) .. Feb/114
Servimos lo que amamos (disc.) Ag/31
Trazad vuestro curso en la vida (disc.) Nov/44

Asturias, Irene
La sorpresa de mamá (Esta es su sección) Ma/44

B

Backman, Robert L.
De amigo a amigo (Sección niños) Ab/22
Una generación real (disc.) Feb/79

Ballard, M. Russell
Cómo satisfacer nuestras necesidades (disc.) Ag/145
Por medio de vosotros (disc.) Feb/41

Barker, Ronald C.
Las capillas para los santos Nov/18

Barrett, Charles W.
Mi mayor conflicto Ab/7

Bateman, Anya
Aun los payasos lloran (Sección jóvenes) Ene/37

Behunin, Rhoda L.
La vaca "gentil" (Sección jóvenes) Sept/51

Bennion, Lowell L.
Superemos nuestros errores Jul/47

Benson, Ezra Taft
Catorce razones para seguir al Profeta Ju/1
Las grandes responsabilidades de los padres (disc.) Ag/53
Preparaos para los días de tribulación (disc.) Feb/61

Berrett, William E.
Curaciones (Preguntas y respuestas) Oct/22

Boughner, Howard
Joseph F. Smith (Sección niños) Nov/C7

Boyer, Marian R.
Organizaos (disc.) Mar/63

Brewerton, Denton Y.
El campo misional de Jacob Spori Ene/11

Brewerton, Teddy E.
La obediencia (disc.) Ag/111

Brigham, Janet
Un cuaderno de apuntes . . . o como se llame (Sección jóvenes) Ma/33

Brocca, Marta S. B. de
A un misionero (Poesía) Ab/46

Brown, Diana M.
Concierto de medianoche (Sección jóvenes) Sept/48

Brown, Keith
La tormenta (Sección jóvenes) Oct/28

Brown, Victor L.
"Preparad todo lo que fuere necesario" (disc.) Feb/156
"Que partas tu pan con el hambriento . . ." (disc.) Ag/58
Una luz al mundo Ju/37

Brunetto, Gladys M. de
Canto de una abuela (Poesía) .....Dic/ 56

Burt, Olive
Sucedió en Parowan (Sección niños) Oct/C1

Burton, Theodore M.
Luz y verdad (disc.) Ag/44

C

Cannon, Elaine
La siembra y la cosecha de la vida (disc.) Nov/37

Clarke, J. Richard
La confesión (Sección jóvenes) Oct/36
La familia de la fe (disc.) Feb/162

Cole, Carole O.
¡Descarrilamiento! Jul/22

Collette, D. Brent
El amor de mi hermano mayor Dic/16

Condie, Spencer J.
"Vuestro compañero constante" Mar/5

Cook, Gene R.
El chisme: La trampa de Satanás Sept/6
Milagros entre los lamanitas (disc.) Feb/133

Cortez, Pablo
El camino de la madre (Poesía) Oct/47

Coustés, Sara E.
Gracias (Poesía) Ju/45

Crockett, Sue Ann
La respuesta Sept/30

Cuthbert, Derek A.
"Así que ya no sois extranjeros . . ." .(disc.) ..Feb/45

CH

Chatwin, Andrea H.
La esperanza en la punta de un cordel (Sección niños) Sept/C1

Christensen, Val R.
Cómo lograr una buena relación matrimonial ..Nov/9

D

Dearden, Layne H.
El regalo de Navidad Dic/45

DeHaan, Douglas W.
¿Hay para Dios alguna cosa difícil? (disc.) ..Feb/172

Daquer, Sharon y Wayne
Los niños y el día de reposo (Preguntas y respuestas) Dic/24

Derrick, Layne T.
Miriam ..... Dic/ 54

Derrick, Royden G.
Los valores morales y sus recompensas (disc.) Ag/107

Doxey Roy W.
Cómo nos acercamos a Jesucristo (Preguntas y respuestas) Ene/5

Dunn, Loren C.
Amanecer (Sección jóvenes) Nov/33
"Fe en el Santo de Israel . . ." (disc.) Ag/37

Dunn, Paul H.
Buenos ejemplos (Sección niños) Nov/C9

E

Ellis, Kathleen C.
Raimundo y el autobús Sept/28

Elwell, Sharon
Nuestro gran maestro orientador Oct/7

Espinoza, Cleria
"Asombro me da . . ." (Esta es su sección) Jul/54

Espinoza, Luis V.
Avances del Instituto Ezra Taft Benson.....Sept/54

F

Farmer, Gladys C.
"Señor, bendice a la maestra de mi hijo" Ju/14

Faust, James E.
"A éstos haré mis gobernantes" (disc.) Feb/68
El valor de una persona (disc.) Ag/8
"Y la verdad os hará libres" Jul/30

Autor, título — **Mes/Pág.**

Featherstone, Vaughn J.
"Hombres así no pueden ser vencidos" Ab/41
Sigamos sus pasos y El nos guiará Jul/16
"Perdónalos, te lo ruego" (disc.) Feb/56

Felshaw, Jacque
El librito Oct/26

Ferraz-Leite, Heber
Una larga espera (Esta es su sección).....Ma/46

Foulger, Mary F.
La maternidad y la familia (disc.) Mar/57

Frederiksen, Birgit B.
Israel de Brasil (Esta es su sección) Ene/47

Fuhriman, Addie
La mujer sola (disc.) Mar/59

Fyans, J. Thomas
El poder de las montañas (disc.) Feb/109

G

García Borregón, Rafael
Crucigrama (Esta es su sección).....Sept/58

Garrett, H. Dean
La personalidad de Dios en la Biblia (Preguntas y respuestas) Ab/12

Gladden, Fred R.
La fe del hermano Cuenca (Esta es su sección) Jul/57

Goaslind, Jack H.
Extendamos nuestro amor a los hijos de . . . (disc.) Ag/94

González, Jorge I.
Un himno al Señor (poesía) Dic/69

Green, John A.
"Mirad, pues, cómo oís" Sept/35

H

Haight, David B.
Las llaves del reino (disc.) Feb/146
Vosotros sois diferentes (disc.).....Ag/64

Hammond, David
Una embarcación destartalada (Sección jóvenes) Ju/33

Hanson, Isabelle
Una voz de advertencia en la oscuridad Dic/21

Hanson, Steve D.
¿Sobrellevemos nuestras pruebas? Ju/18

Hartley, William G.
Alma Elizabeth en su nueva tierra (Sección niños) Jul/C5
Aventuras de un joven marino inglés (Primera parte) Nov/23
Aventuras de un joven marino inglés (Segunda parte) Dic/48
El orgullo de Emily (Sección jóvenes) Sept/44
Personas honestas que han contribuido a la causa del Señor Jul/39

Hiller, Larry
¿Cuándo no debemos participar del sacramento? (Preguntas y respuestas) Mar/10
¿Y qué de los años por venir? Ab/1

Higbee, Patricia W.
La Sociedad de Socorro me ayuda a progresar.....Dic/33

Hinckley, Gordon B.
"A vosotros os es requerido perdonar" (disc.) Feb/120
El documento de José Smith III y las llaves del reino (disc.) Ag/26

Holland, Jeffrey R.
El cactus, la cruz y la Pascua Mar/21

Horngreen, Barbara
Una ciudad infantil en Helsinki (Sección niños) Ju/27

Howard, F. Burton
Aferraos a la barra de hierro (Sección niños) .Ma/22
Amaos unos a otros (disc.).....Ag/116

Hunter, Milton R.
Evidencias del Libro de Mormón (Esta es su sección) Ene/44

Hunter, Howard W.
Ni se agregarán ni se quitarán palabras (disc.) Ag/104

I

Idso, Sherwood B.
El regreso de la langosta (Sección niños) ...Sept/C4

J

Jacobs, Dee V.
¡Es fácil ser misionero! (Sección jóvenes) Ju/29

Jager, Jacob de
Somos llamados a esparcir la luz (disc.).....Ag/13

Jarman, Dean
¿Cómo puede el Salvador ser nuestro consejero? (Preguntas y respuestas) Jul/27

Jarvis, John
Misionero celestial (Sección jóvenes) Ju/40

Jolley, JoAnn
Llamada a servir Dic/27

Jones, Virginia G.
Un regalo para la maestra (Sección niños) .Dic/C7

K

Kahr, William H.
Experiencias misionales de Mischa Markow .Ene/15

Kelling, Hans-Wilhelm
El cumplimiento de una bendición Mar/13

Kempton, Agnes
Donde está papá . . . allí está mi hogar (Sección niños) Ju/24

Kimball, Camilla E.
Somos hijas de Dios (disc.) Nov/36

Kimball, Spencer W.
Al servicio del Señor (disc.) Ag/132
"En cuanto lo hicisteis a uno de éstos . . ." (disc.).....Ag/74
Jesús de Nazaret Dic/1
La boca blasfema.....Sept/1

La familia puede ser eterna (disc.) Feb/4
La ley del diezmo (disc.) Feb/154
"La religión pura . . ." (disc.) Feb/89
"No te avergüences de dar testimonio" (disc.) Nov/35
"Probadme ahora en esto" Oct/1
Sacrificio (disc.) Ag/134
Sed leales a vuestra organización (disc.) Mar/50
Seis meses de progreso (disc.) Ag/4
"Vestíos de toda la armadura de Dios" (disc.) Feb/186
". . . Y si creéis estas cosas . . ." (disc.) Feb/152

Kivalu, Kelikupa
Guiados a través de aguas turbulentas Ab/18

Knight, Hal
1.450 kilómetros descalzo (Sección jóvenes) Ma/29

L

Larsen, Dean L.
"Porque éste es un día de amonestación" Mar/33

Law, Stephen L.
Cuando oramos a la manera del Señor Sept/46

LeBaron, E. Dale
La dama de los 4.800 kilómetros Oct/19

Lee, George P.
La mejor época (disc.) Feb/129

Lee, Michael V.
¿Arrepentirme a mi edad? Ab/29

Limón, María luz
He encontrado la paz (Poesía) Ju/45

Lubeck, Kathleen
El legado de mi abuelo Ene/29

Ludlow, Daniel H.
Primogenitura (Preguntas y respuestas) Sept/32

Ludlow, Victor
Aarón Dic/37

Lundberg, Joy S.
El honor al Señor Dic/9

M

Mackenna, Irma de
¿Quieres ser maestra visitante? (Poesía) Mar/49

Maldonado, Heraclia G. de
Creación (poesía) Dic/53

Mallo, Heber
Dedicaos a la obra (Esta es su sección) Ab/44

Malm, Anna-Greta
Sus frágiles manos Ab/17

Maxwell, Neal A.
El mandamiento firme y dulce (Sección jóvenes) Ma/38
Seamos todos hermanos (disc.) Feb/23

McConkie, Bruce R.
Cómo obtener revelación personal Ma/4
El Señor Dios de la restauración (disc.) Feb/97
Obtengamos un testimonio de Jesucristo Jul/4
"Sobre esta roca . . ." (disc.) Ag/124

Mell, Betty Lou
La familia de Miguel (Sección niños) Ab/24

Meredith, Joleen
De amigo a amigo (Sección niños) Oct/C6

Monson, Thomas S.
El obispo está al frente del plan de bienestar (disc.) Feb/175
"La religión pura y sin mácula" (disc.) Ag/77

Moore, Keith
El pagar el diezmo obra milagros Mar/36

Morales, Carlos A.
"Apurad el paso" (Esta es su sección) Mar/45

Moreno García, Miguel J.
Creo, porque sé (Esta es su sección) Sept/60

N

Nielsen, Florence B.
"Naceré en el mes de febrero" Sept/26

O

Obinna, Anthony Uzodimma
La historia de un miembro nigeriano Ju/10

P

Packer, Boyd K.
El valor del matrimonio (disc.) Ag/17
"La decisión más importante" (disc.) Feb/35
Una hermandad sin fronteras Mar/66

P'an K'uan I
Ecos de verdad provenientes de China Ab/15

Paramore, James M.
"Que os améis unos a otros" (disc.) Ag/90

Pearson, Dale F.
Arrepentimiento (Preguntas y respuestas) Dic/22

Peck, Rosemary
La misión: tiempo ganado (Sección jóvenes) Ene/30

Peduzzi, Miguel A.
Escuchar la voz del Espíritu (Esta es su sección) Ju/46

Peláez Gary, Alicia
Oh, Padre (Poesía) Ene/49

Pérez, Soledad
Si fuera poeta . . . (Esta es su sección) Sept/59

Perry, L. Tom
La preparación personal y familiar (disc.) Ag/149
"Todo lo que el hombre sembrare" (disc.) Feb/9

Petersen, Mark E.
Adán, el arcángel (disc.) Feb/27
Bosquejo de un líder de la Iglesia Sept/18
Las bendiciones de la autosuficiencia (disc.) Ag/99

Peterson, Dennis R.
Amemos lo que Dios ama Mar/17

Peterson, H. Burke
El cuidado de los nuestros (disc.) Ag/136
Ora, escucha y medita Dic/10

Autor, título	Mes/Pág.
Purifiquemos nuestro espíritu (disc.)	Feb/74
Piele, Susan	
La oración	Mar/24
Pinegar, Rex D.	
Tomad la decisión de decidiros (disc.)	Feb/142
Pinnock, Hugh W.	
Tres conceptos que debemos meditar	Mar/15
Polve, Constance	
Una batalla ganada	Mar/29
Prete, Roy A. y Carma T.	
"Por sacrificios se dan bendiciones"	Nov/20
R	
Rector, Hartman (hijo)	
Volved los corazones (disc.)	Ag/120
Reeve, Rex C.	
Nuestro preciado tesoro (disc.)	Feb/51
Y ahora, ¿qué camino debo tomar? (Sección jóvenes)	Ene/22
Reiser, A. Hamer	
Descubrí el poder del sacerdocio (Sección jóvenes)	Oct/34
Remington, Claudia	
El cambio (Sección niños)	Ene/24
Richards, Franklin D.	
Nuestra vida: Una gran prueba (disc.)	Ag/84
Richards, LeGrand	
El llamamiento de los profetas (disc.)	Ag/48
Las bendiciones patriarcales	Sept/38
Sed misioneros	Mar/37
Un tesoro de valor incalculable (disc.)	Feb/125
Riffo, Sandra	
No te sientas triste (Esta es su sección)	Ene/48
Rodríguez, Mario A.	
Carta a un maestro (Esta es su sección)	Ju/47
Rojas, Olivia	
El hogar eres tú (Poesía)	Ma/20
Mi más valioso baluarte (Poesía)	Ju/44
Romney, Marion G.	
El arrepentimiento (disc.)	Feb/92
El diezmo	Ene/1
El juramento y convenio del sacerdocio (disc.)	Feb/84
El recogimiento de Israel en la tierra de su herencia (disc.)	Ag/22
La voz del Espíritu	Ma/1
Los convenios del evangelio (disc.)	Ag/70
Los principios básicos de los Servicios de Bienestar (disc.)	Ag/154
Los Servicios de Bienestar: El programa del Señor (disc.)	Feb/182
Principios de la salvación temporal	Nov/1
Una promesa gloriosa	Jul/1
S	
Saderup, Dian	
Truenos sobre los llanos (Sección niños)	Ju/21
Scott, Kathleen	
"Dile que yo te envié"	Nov/17
Sheil, Ted	
Rábanos picantes para Navidad (Sección niños)	Dic/C3
Simpson, Robert L.	
La Casa del Señor (disc.)	Feb/14
Smith, Barbara B.	
El vínculo de la caridad (disc.)	Mar/52
Esforzaos por alcanzar las estrellas (disc.)	Ag/141
Sed buenos seguidores (disc.)	Feb/168
Smith, Deanne P.	
El regreso de nuestro padre (Sección niños)	Ju/9
Stone, Maxwell T.	
Laberintos	Ma/36
Syndergaard, Iris	
La señal salvadora (Sección niños)	Nov/C3
T	
Tanner, Aksel	
No dos solos, sino tres juntos	Ab/33
Tanner, N. Eldon	
Enseñemos a los hijos de Dios	Mar/1
La bendición de un testimonio (disc.)	Feb/7
Los grandes mandamientos	Ab/2
Yo sé que El vive (disc.)	Ag/82
Taylor, Jon M.	
Expliquemos la muerte a los niños	Ma/13
Tayson, Martha P.	
Pobreza y fidelidad	Jul/25
Thomas, Shirley W.	
La doctrina del reino (disc.)	Mar/61
Thornton, Laurie W.	
El perro fantasma (Sección niños)	Jul/C1
Titleman, Lynn	
Gemelos (Sección niños)	Oct/C5
Tuttle, A. Theodore	
Fortalezcamos a los menos activos	Oct/10
Tvedtnes, John A.	
Examine su conocimiento de las Escrituras	Jul/37
W	
Wells, Robert E.	
"Conoced al Pastor" (disc.)	Feb/19
Wilson, Laurie J.	
El campeón de las canicas (Sección niños)	Ma/25
Wirthlin, Joseph B.	
Aprenda todo varón su deber (disc.)	Feb/137
Y	
Yoakum, Bessie L.	
Esperé cuarenta años para ser bautizada	Ma/10
Z	
Zollinger, Orvid	
El pequeño misionero (Sección jóvenes)	Nov/30

Un himno al Señor

por Jorge Isaac González

La luz del día duerme entre los cerros,
ya las campanas elevan su voz,
y en los semblantes refleja la luz
que al mundo trajo nuestro Redentor.

Como palomas a los cuatro vientos
viaja en la noche un himno de amor
que ha germinado en el corazón
para cantarle gracias al Señor.

Ya no estremece el fragor de batallas,
hoy es la noche de tregua al rencor
hoy los soldados que ayer combatieron
van a encontrarse en fraternal amor.

Más fuerte aún en su manso rebaño
late el mensaje de nuestro Pastor.
¡Qué hermoso sería si cada día
fuera Navidad y reinara su amor!

Que todo el año nos cubra tu mano
pido en mi ruego, pequeño Jesús,
para que se haga verdad en nosotros
tu vida de gloria aun en la cruz.

El hermano González pertenece a la Estaca Melo, Uruguay.

El personal de *Liahona* desea a todos los lectores paz y gozo en esta Navidad y un feliz y próspero 1982.

L.D.S. CHURCH
ATION SERVICES DEPT
LIBRARY
NOV 2 4 1981